



CUÁNTO ES SIEMPRE



Memorias y reflexiones del taller de fotografías y relatos del proyecto Sueño Rodante, año 2020. Una experiencia de artes y educación para abordar el tema del conflicto armado colombiano.

CUÁNTO ES SIEMPRE

Memorias y reflexiones del taller de fotografías y relatos del proyecto Sueño Rodante, año 2020. Una experiencia de artes y educación para abordar el tema del conflicto armado colombiano.

**SIC
SEMPER**
ediciones

sicsemper.co

Agradecimientos:

Agradecemos el apoyo de las directivas de la Institución Educativa INEM Jorge Isaacs de Cali para la realización de este proyecto. A las madres, a los padres y a los familiares, y claro, a las chicas y a los chicos que asistieron a los encuentros, para conversar, hacernos preguntas, escucharnos y proponer rutas sensibles y comprensivas, a través de las palabras y las imágenes, hacia las historias de guerra y violencia de nuestro país.

Gracias especiales a María Juliana Soto, Diana Marcela Ríos, Juan Camilo Parra, Xochilán Rojas, Ana Carolina Muriel.

Docentes Institución Educativa INEM

Jorge Isaacs:

Aura Violeta Guevara Figueroa
Aura Margoth Morán Morán
Carmen Elisa Ortiz Ocampo

Docente Universidad del Valle:

Miguel Tejada Sánchez

Estudiantes participantes:

Alejandra Martínez Vargas
Andrea Vélez
Isaac Bañol
José David Rentería Hurtado
Karol Cardona
Karolyne Gualdrón
Linibec Vásquez
Madelein Segovia
Mariana Vélez
Miguel Guitérrez Vega

Edición:

Sic Semper ediciones

Corrección de estilo:

Violeta Olarte Rebellón

Diseño gráfico y diagramación:

Cuántika Studio (Juliana López Vargas, Juan Sebastián Martínez)

ISBN: 978-958-53603-0-3

Cali, Colombia
2021



Esta publicación circula con una licencia Creative Commons BY-NC (Atribución, No comercial). Comparte, copia, transforma, siempre y cuando no hagas uso comercial de este material y cites la fuente.



**SIC
SEMPER**
ediciones

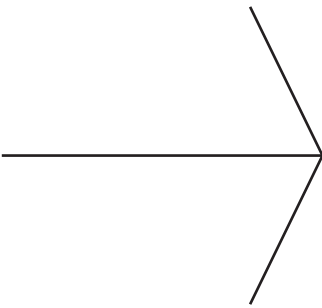
CONTENIDO

7	Introducción
7	Habitar el lenguaje en clave de cooperación: otras posibilidades para aprender
10	¿Por qué será que la gente dice eso?
15	Ejercicio 1
	Autorretratos
31	Ejercicio 2
	Collage
52	Ejercicio 3
	Postal
61	Conclusiones
61	El problema (no solo) es la fotografía

HABITAR EL LENGUAJE EN CLAVE DE COOPERACION: OTRAS POSIBILIDADES PARA APRENDER

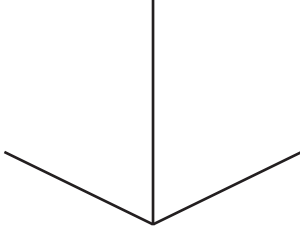
CARMEN ELISA ORTIZ OCAMPO
AURA MARGOTH MORÁN MORÁN
AURA VIOLETA GUEVARA FIGUEROA

Docentes Institución Educativa INEM Jorge Isaacs, Cali



El INEM Jorge Isaacs, una Institución Educativa Oficial de Cali que atiende a cerca de seis mil estudiantes en un total de siete sedes, es el escenario en el que se desarrolla el *Sueño Rodante, el bus de las mil y una historias*. Este proyecto de intervención alrededor de la construcción colectiva de nuevos imaginarios de biblioteca escolar pretende reflexionar sobre el fortalecimiento de las prácticas de producción textual y gestión cultural en la escuela, a partir de un proceso colectivo de resignificación de un bus escolar abandonado como un espacio letrado, que pueda conectar a la comunidad educativa con dinámicas de libre acercamiento al lenguaje.

Alineado a la posibilidad de entender los espacios bibliotecarios desde una perspectiva amplia, el *Sueño Rodante* propone pensarlos más allá de la lectura e incluir en ellos la producción textual como una práctica que, además, involucra la oralidad, la escritura y, en general, las prácticas artísticas y la gestión cultural, como elementos fundamentales de su quehacer. Reconocer en estos elementos la posibilidad que tienen para integrarse y desarrollarse eficazmente desde los diferentes campos del conocimiento, ha contribuido a la generación de espacios pedagógicos en los que los textos son más que palabras, y las relaciones posibles con estos son tan diversas como los sujetos que habitan dichos espacios.



Desde el año 2018, gracias a un trabajo cooperativo entre estudiantes, docentes, administrativos, directivos del INEM e instituciones culturales de la ciudad, se ha llevado a cabo un número importante de actividades que le otorgan al Sueño Rodante la posibilidad de contar con una agenda cultural; una serie de procesos formativos encaminados a fortalecer la consolidación de un grupo base que le permita al proyecto mantenerse a través del tiempo. Entre las temáticas abordadas, tanto en las actividades dirigidas al público como en los talleres de formación están: la promoción de lectura, la conmemoración de fechas importantes, la escritura de crónicas, la elaboración de radio cuentos, la creación de afiches a través de serigrafía, la creación de planes de lectura dirigidos a estudiantes de transición y básica primaria de las sedes del INEM y la creación de clubes virtuales de lectura.

La sistematización de las experiencias pedagógicas vivenciadas durante los dos primeros años del Sueño Rodante, contribuyó a resaltar la importancia de trabajar en la creación de un módulo de formación que pudiera desarrollarse de manera ordenada a lo largo del año lectivo. Además, evidenció el deseo expresado por los miembros del grupo base, de explorar diversas prácticas del lenguaje no verbal como la representación pictórica y la fotografía.

Fue justo durante la planificación del año 2020, en la que se tuvo en cuenta la importancia de pensar una meta mucho más grande respecto a la formación de sujetos sociales capaces de ser críticos con su entorno e incidir en él de manera propositiva, cuando ocurrió la magia del trabajo colectivo y surgió la idea que le dio vida a un proceso formativo de ocho meses, con diez estudiantes y tres docentes pertenecientes al grupo base, quienes voluntariamente decidieron emprender este camino, cuyo resultado tienen ustedes hoy en sus manos.

¿Cómo pensar la historia de la guerra en Colombia desde la escuela? Este fue el interrogante planteado por Miguel Tejada, profesor de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad del Valle. Para responder a esta pregunta se llevó a cabo un proceso formativo a través del cual se establecieron relaciones que permitieron conectar los lenguajes verbal, escrito y fotográfico para reconocer la guerra como una realidad que afecta a todos de diferentes formas, y frente a la que se deben sentar posturas críticas que contribuyan a reflexionar en torno al propósito común de alcanzar esa paz tan anhelada por el pueblo colombiano.

El inicio del proceso coincidió con la declaración de emergencia sanitaria ligada al Covid-19, razón que llevó al equipo a afrontar retos relacionados con las nuevas formas de trabajo virtual y cómo estas debían ser empáticas con las situaciones personales y familiares de cada uno de los integrantes. De manera colectiva, se establecieron acuerdos que permitieron al grupo reunirse cada martes durante tres horas, en estas jornadas se abordaron textos de diversos géneros y formatos alusivos al tema de la guerra; se realizaron conversatorios con fotógrafos profesionales de la ciudad; se generaron reflexiones y discusiones grupales alrededor de las lecturas realizadas y se crearon los planes de trabajo para las propuestas fotográficas y escritas que cada integrante presentaría al final del taller.

El hilo conductor propuesto fue permitiendo encontrar una mirada amplia acerca de la guerra, esta se fortaleció a través del entender cómo el lenguaje escrito y visual posibilita conocer el mundo e interpretar sus fenómenos. El ejercicio de exploración literaria y fotográfica propuesto pretendía no solo descifrar símbolos, sino ser capaces de crearlos desde la posibilidad de expresar lo que suscitan los hechos violentos, el dolor y la barbarie que significa la guerra. A partir de ser consciente del papel que cada uno desempeña en la historia del conflicto en Colombia, la lectura, la escritura y la fotografía, se convirtieron en puentes para establecer conexiones emocionales y reflexivas; para reconocer y comprender las posturas de diferentes actores sociales; para no lanzar juicios de valor apresurados y así llegar a concluir que la guerra nos toca a todos, no solo a aquellos que la viven de manera directa.

En cada uno de los encuentros virtuales, el esfuerzo estuvo dado en lograr que la lectura, la oralidad y la escritura, estuvieran en diálogo constante con la práctica artística. Profundizar en el lenguaje de la imagen contribuyó a develar el interior de cada uno de los participantes, a aprender otros códigos y con ellos representar la realidad. Además de buscar la relación entre imágenes y palabras, hacer uso de la escritura como proceso permitió a los integrantes expresarse de manera auténtica, tomar una postura reflexiva, pensar en cómo escribir para un «otro» que nos lee y vivir la transformación propia en cada intento.

De esta experiencia se destaca que el proceso formativo llevó a implementar estrategias que involucraron activamente a sus miembros; permitiendo idear, planear y crear piezas gráficas y escritas propias; los motivaron a investigar, a conocer la historia y los fenómenos sociales ocurridos recientemente en Colombia, aspectos que la escuela no ha incluido en el currículo de manera formal. Pensar la guerra desde la escuela, ayudó a fomentar el trabajo colectivo, pues fue una constante el escuchar las posturas de los demás, teniendo en cuenta que existen saberes, experiencias vitales y maneras de ver la vida diversas, y que para la construcción del pensamiento crítico es vital poner dichos elementos en diálogo.

El proceso vivido en este espacio de creación textual y visual, contribuyó también a fortalecer el rol del maestro que se propone desde el Sueño Rodante, cuando se asume que como docentes es posible expresar de manera horizontal los puntos de vista, participar de las actividades y generar resultados de igual forma que los estudiantes. Lo anterior permite, por un lado, consolidar procesos y grupos de trabajo en donde se ponen en juego saberes y experiencias, se presentan diferencias y se exponen argumentos que se discuten para la toma de decisiones en colectivo, buscando siempre el interés de sus miembros y el cumplimiento de los objetivos del proyecto; y por otro lado, reconocer que cada uno cuenta con fortalezas que se ponen a disposición del grupo y que el trabajo cooperativo lleva a la transformación de las debilidades en nuevas posibilidades para aprender.

Finalmente, entre los aprendizajes más significativos que deja para el Sueño Rodante esta experiencia pedagógica, está el reconocer la importancia de contar con un proceso de planeación que esté directamente articulado a los objetivos del proyecto y que dialogue con la realidad de la comunidad. De igual manera, reconocer que para querer pertenecer a un grupo o colectivo es necesario que exista la identificación de unos con otros, ejercicio que incluye la diferencia. Esta es una apuesta por construir de manera dinámica y constante espacios de escuela, de convivencia, de prácticas lectoras y de producción textual y artística, que aporten al desarrollo real de una ciudadanía que involucre a los estudiantes, los maestros y sus contextos.



¿POR QUÉ SERÁ QUE LA GENTE DICE ESO?

MIGUEL TEJADA SÁNCHEZ

Docente Universidad del Valle



Lo primero que hicimos fue tratar de ubicarnos respecto al tema de la guerra, y esto implicaba, por supuesto, lanzar algunas (muchas) preguntas: ¿por qué será que muchas personas dicen que Colombia ha estado *siempre* en guerra, o que Colombia es un país que *siempre* ha sido violento? ¿Quiénes son las personas que han participado en esta guerra? O en estas guerras. ¿Quiénes son los que se enfrentan? ¿Por qué se han producido estos enfrentamientos?

¿Qué relación tienen las guerras que ocurren después de la independencia de la colonia española con las guerras de los años más recientes? ¿Será que podemos decir —como mucha gente lo cree— que se trata de una sola guerra muy larga?

Es comprensible que se nos queden por fuera otras preguntas. Pero esta es una buena forma de comenzar a comprender este tema tan complejo. Y nos parece importante, sobre todo, preguntarnos por qué será que es importante trabajar a través del arte con el tema de la guerra. Y claro, este espacio es una oportunidad idónea para pensar en cómo o qué se le puede contar a otra persona sobre la guerra en Colombia. Si tuvieran que enviar un mensaje, un correo electrónico, un audio, o, por qué no, una carta escrita, como se hacía antes, ¿qué les gustaría contar? ¿y a quién?

**¿Cuáles son nuestras
guerras?**

×

¿Cuándo comenzaron?

×

**¿Cuáles son sus
diferencias?**

×

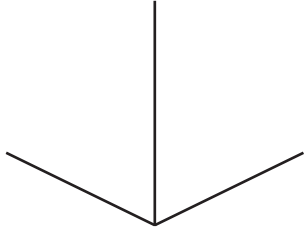
**¿Por qué oímos que las
guerras no han finalizado?**

×

¿Qué es lo que pasa?

×

¿Quiénes?



¿Campesinos?

¿Soldados?

¿Civiles?

¿Guerrilleros?

¿Políticos?

¿Empresarios?

¿Paramilitares?

¿Narcotraficantes?

¿Delincuentes «comunes»?

¿Campesinos?

¿Soldados?

¿Civiles?

¿Guerrilleros?

¿Políticos?

¿Empresarios?

¿Quién da las órdenes?

13

×

¿Quién las ejecuta?

×

¿Quién muere?

×

¿Quién paga?

×

**¿Por qué es importante
hablar sobre esto?**

×

**¿Cómo nos afecta toda
esta historia?**

×

**¿Qué tiene que ver con
nosotros, con nuestras
vidas?**

Después de ver con los estudiantes el documental *El testigo* (Horne, 2018), basado en el trabajo del fotógrafo colombiano Jesús Abad Colorado, decidimos proponer con el grupo base del *Sueño Rodante* un taller de fotografía que nos permitiera acercarnos a la dimensión visual de la guerra, con imágenes propias, cotidianas, tomando como referencia inicial el énfasis que hace Abad Colorado en su trabajo como fotógrafo: la importancia de las pequeñas historias domésticas y cotidianas de las personas que han sufrido de manera directa la guerra en Colombia.

Así, pensamos que este taller de fotografías debería incluir, también, ejercicios de escritura que nos permitieran conocer, entre nosotros, las nociones, las ideas, los recuerdos que teníamos sobre las historias de la guerra en Colombia.

Quedaba pues definir las características de los tres momentos que tendría nuestro proyecto fotográfico.

1. Reconocer las conexiones que existen entre las imágenes que vamos a realizar y el problema (o el tema, el asunto) de la guerra en Colombia.
2. Reflexionar sobre la forma como los aprendizajes técnicos, las referencias que habríamos de conocer —sobre el tema de la guerra y sobre el arte fotográfico— nos permitirían crear nuestro propio relato o nuestras propias imágenes.
3. Reconocer las conexiones esenciales entre los procesos de lectura, escritura y la producción (o apropiación) de imágenes.

Así empezamos.





AUTO- RRE- TRATOS

ALGUNAS IDEAS SOBRE ESTE EJERCICIO

Contar nuestras historias es un ejercicio que se parece mucho al oficio de tejer. Y lo importante de un tejido de historias es que permite que la sociedad se junte y se acerque para conocer, entender y tomar decisiones de manera libre y digna para mejorar sus experiencias de vida. Los tejidos resisten, cubren, protegen, dan abrigo y le dan una textura a la cotidianidad.

Al final, si ese tejido se fortalece con nuestras historias y las historias de otros, las personas que hacemos parte de esta sociedad colombiana tendremos buenas herramientas, desde la ciencia, desde las artes, y desde los saberes cotidianos, para evitar que se repitan episodios tan dolorosos como las masacres, el robo de tierras, el desplazamiento de personas, la desaparición de nuestros seres queridos, y otras situaciones muy dolorosas que han dejado cicatrices en nuestro **cuero** social¹.

1. Anotación tomada de la bitácora digital de nuestro taller: mtejadasanchez.com/siempre4

El primer gesto con el que buscamos este tejido consiste en pensar en la forma como nos vemos, como nos ven otros y como vemos a los demás. Hemos pensado en los autorretratos. En un autorretrato con **dos versiones**: mi autorretrato y el autorretrato de una persona imaginaria. Vamos a trabajar con esta pregunta: **¿Cómo estoy?** La pregunta la respondo con mi autorretrato. Lo que vamos a hacer es imaginar que yo le mando este autorretrato a una persona que ha tenido que sufrir, padecer y sobrevivir a esta guerra. Después, esa persona imaginaria nos responde, nos envía su autorretrato respondiendo a la misma pregunta: *¿cómo estoy?*

Lo que buscamos con este ejercicio es jugar a pensar en el otro, en el que está lejos, en el que ha vivido otras experiencias, en el que conoce otras facetas de nuestro país y nuestra historia. Y también buscamos entender que los autorretratos son una forma de decir cómo estoy y dónde estoy (¿qué siento? ¿qué pienso? ¿qué tengo? ¿qué me rodea? ¿qué imagino? ¿qué sueño? ¿qué deseo? ¿qué temo?).

Un autorretrato es una afirmación sobre lo que yo soy. Y no tiene que ser, obligatoriamente, una imagen de mi rostro. Puede ser mucho más. Puede ser algo que tenga que ver conmigo. Un detalle. Un gesto. Un paisaje.

Veamos un ejemplo: yo quiero decir que estoy pensando en la palabra ausencia. Entonces puedo empezar con un poema, o con alguna canción. En este caso, el ejemplo lo hacemos con un poema de Alejandra Pizarnik:

Nombrarte (2001)

No el poema de tu ausencia,
sólo un dibujo, una grieta en un muro,
algo en el viento, un sabor amargo.

¿Y entonces? Pues este puede ser el punto de partida de mi autorretrato. Yo quiero decir que en mi autorretrato está la palabra ausencia, y el poema de Pizarnik me inspiró. Para mí la ausencia puede ser la imagen de mis manos vacías. O de mis manos solas. Y lo que hago es reconocer en esas manos un elemento visual.



Ahora bien, se preguntarán ¿Cómo se vivió este proceso desde un principio para obtener el producto final en esta primera etapa del proyecto de fotografía?

Cada encuentro sincrónico estaba debidamente planeado, se trazaron unos objetivos para cada sesión, al igual que unos contenidos y ejercicios prácticos. La jornada iniciaba con un texto regalo: un texto regalo es, como su nombre lo indica, una obra cuya finalidad es el disfrute del lector y busca contribuir a la comprensión general del tema a tratar en cada encuentro. Por ejemplo, se abordaron textos como *Crecimos en la guerra*, de la periodista Pilar Lozano; *El canto de las moscas*, de María Mercedes Carranza; *Un día maíz*, de Mery Yolanda Sánchez; *El enemigo*, una novela gráfica de David Cali y Serge Bloch; *Unas buenas vacaciones*, de Daniel Ferreira; solo por mencionar algunos. Estos textos regalos ofrecían lecturas de tipo narrativo, poético, audiovisual, sonoro, fotográfico y filosófico.

En un segundo momento, hicimos el ejercicio de reflexión a través de diversas estrategias como conversatorios, foros, debates, visitas de un par de artistas, que permitían seguir una ruta fiable para el logro de los objetivos planteados. Se abordaron diferentes materiales, textos e inquietudes que surgieron en los encuentros. Así, fuimos acercándonos a una visión de la guerra (según cada quien) y al cumplimiento de los propósitos: primero, ubicarnos en un capítulo específico de la guerra colombiana de los años recientes, pensar por qué es importante trabajar a través del arte el tema de la guerra, estudiar la vocación del fotógrafo periodista, hallar la relación entre poesía y música para producirnos emociones y llevarnos a otros lugares o a otros tiempos, a través de la evocación, la nostalgia o el deseo. Y así, otra serie de actividades encaminadas a llevar a cada participante a la escritura de una carta.

Entre las estrategias planteadas estuvo el incluir en la etapa anterior material pedagógico de referencia para consultar de manera voluntaria y ampliar el horizonte de saberes, con el fin de animar y fortalecer nuestras propias ideas y expresiones con las artes en general. Seguidamente, debíamos pensar cuál sería nuestra primera foto, a través de un ejercicio también de escritura; imaginar la foto, describir su apariencia, su contenido y sus posibles historias detrás de ella; sobre todo plantear conexiones entre nuestras vidas y lo que hemos ido conociendo en las sesiones. Así, en este recorrido la lectura, la escritura y otras artes están presentes en todo momento.

Todos estos gestos nos permiten acercarnos a la creación propia: la lectura en voz alta, lectura silenciosa; el observar y analizar material gráfico, mirar la fotografía artística, estudiar aspectos técnicos y conceptuales de este arte, entre otras tantas tareas, se sumaron para crear conexiones con el tema del conflicto armado colombiano, para pensar en nuestras miradas. Es el momento de buscar en el archivo una foto y un recuerdo familiar.

Con el acompañamiento de los profesores responsables del proyecto y una guía didáctica, cada uno(a) inicia la elaboración del autorretrato; se debe responder de manera reflexiva e introspectiva, a través de un ejercicio de escritura creativa, a la pregunta ¿cómo estoy? Se intercambian ideas, comentarios e impresiones sobre esta primera entrega, seguido de un debate colectivo para analizar y considerar el trabajo de los demás. Se debe producir también otra imagen en la que se juega a recibir el autorretrato de otra persona, ¿Quién será esa otra persona? ¿Qué me dice? ¿Qué le dije yo? Se reciben los primeros borradores, se hace de nuevo un ejercicio en colectivo donde se discute sobre la experiencia para reconocer las conexiones, influencias e inspiraciones que tuvimos, entender las dificultades y evaluar el trabajo final.

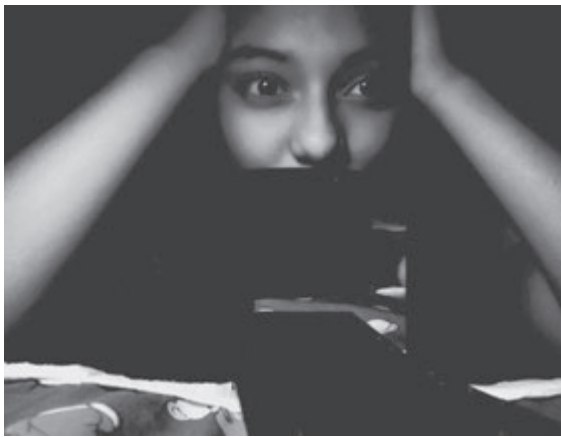
Autorretrato propio

¿Cómo estoy? ¿Cómo es mi vida? Son preguntas que a diario invaden mi mente, pues nada más con pensarlas o intentar dar respuestas hacen que me quede perpleja, Es muy complicado reconocer y aceptar la realidad.

En mi vida, tan común pero a la vez tan maravillosa, veo un mar de oportunidades, con días buenos y malos, lleno de incertidumbre y esperanza.

Dentro de mi redondel existen diferentes preocupaciones y miedos, al enfrentarlos me queda la zozobra de las decisiones que tomo, sin saber si me llevarán por el camino que deseo. Sin embargo, por amargo que pueda llegar a ser mi día, mi semana o algún momento, siempre al caer el sol mi familia me espera con su calidez y me brinda el amor y la tranquilidad de que mañana será un nuevo día. Así he aprendido, poco a poco, a llevar en mi mirada una pizca de felicidad sin importar las situaciones que atraviese.

Autorretrato propio



Autorretrato del otro

¿Cómo estoy?

Qué rara pregunta. En mi realidad no existe el tiempo para pensar cosas como esas, por eso me resultará muy complicado responderte, querido lector.

Son muy pocos los momentos que tengo para pensar y, cuando lo hago, solo llegan recuerdos de mi madre preparándome el desayuno, mi hermanita agarrando mis juguetes o mi padre levantándose muy temprano a ordeñar las vacas.

Aún siento el dolor que sentí en el pecho aquel lunes, cuando perdí a mi familia. No le deseo esto ni a mi peor enemigo, pues el vacío que dejó en mi alma es mucho más profundo del que dejaría un AK 47, ya te imaginarás. Desde mis diez años ya no existe quién se preocupe por mí, hace mucho no sé lo que es sentir un beso o un abrazo, mi vida y sueños quedaron en el ayer, hoy mi único amigo es el fusil que cargo, que me protege y me ayuda a sobrevivir, la verdad no sé qué haría sin él.

Para mí no existen días buenos ni malos, todos son iguales, ni siquiera un dios a quien pedirle, ése me abandonó desde hace mucho. Lo único que anhelo en estos momentos es poder dormir un rato con la tranquilidad de que no amaneceré muerto.



Autorretrato del otro

19 **ANDREA VÉLEZ**
EDAD: 17 AÑOS



Autorretrato

Autorretrato

En el espejo veo el reflejo de lo que soy físicamente. Me fijo cuidadosamente si mi cuerpo está lindo y si mi cara es bonita, pues me preocupa si esa imagen que veo le agrada a la gente a mi alrededor. Una guerra toma lugar en mi interior cuando se impone la percepción del estereotipo de persona que quisiera ser y paso a juzgar la imagen que hay frente a mí.

Muy pocas veces soy capaz de ver a través del espejo lo que verdaderamente debería importarme. Es ese uno de mis errores, pero ¿a quién le gusta aceptar los errores? Puedo admitir que el mirarme al espejo y solo ver el reflejo de una persona que intenta agradar a medio mundo es el peor error que puedo cometer, porque dejo de ser quien soy para ser lo que los otros quieren que sea.

Autorretrato de la otra persona

Aquella ventana rota me resultaba impactante, aunque ya se había convertido en algo usual ver todo a mi alrededor destruyéndose como si fuera la representación del dolor de aquellas familias que, en medio de una guerra, veían caer y morir uno a uno sus familiares, pelados del barrio que no tenían que ver con lo que estaba sucediendo a su alrededor.

Yo, aunque era tan pequeña, me había acostumbrado a esconderme, en las noches oscuras, de aquellas balas que sin rumbo buscaban lugar para hacer daño. En las mañanas, al despertar de aquella pesadilla que se repetía, veía todas las cosas de mi familia rotas y, en sus rostros, el anhelo de la tranquilidad que aquella guerra nos había arrebatado.



Autorretrato de la otra persona

ISAAC BAÑOL
EDAD: 15 AÑOS

Mi autorretrato

Ya hoy son más de 100 días desde que empezó mi encierro, tres meses en los que no he vuelto a la escuela, tienda, parque, etc. Es una experiencia inesperada la que me tocó en esta época de mi vida. Al principio sabía que esto iba a durar mucho pero por algún motivo estaba también un poco entusiasmado. La cuarentena me ha hecho pensar más de lo que lo hacía y reflexionar sobre las cosas que hago y siento. No me costó adaptarme a la cuarentena, era algo sencillo para mí pero todo ha cambiado poco a poco; me aburro muchas veces y empiezo a jugar, leer, hacer tareas, ver películas. A pesar de acostumbrarme, tengo ansias de volver a salir porque extraño muchas cosas que hacía, es como un sentimiento raro de querer salir y hacer todo lo que me gustaba.

El autorretrato de otra persona

Ha pasado mucho tiempo. La trinchera no es tan cómoda, tampoco puedo moverme mucho y hace tiempo que he entrado sin volver a salir. Hay una guerra y debo de estar a la defensiva para que yo mate al enemigo antes de que él me mate a mí. Es difícil estar aquí sin hacer nada, solo puedo leer el manual para conocer al enemigo y estar preparado cuando llegue el momento de atacar.

Durante esta estadía rudimentaria he visto la foto de mi familia. Los extraño mucho. Ahora tengo el compromiso de aniquilar al monstruo, al asesino, al malo; debo hacerlo, pero ¿hasta cuándo tendré que esperar? He decidido disfrazarme para poner fin a este encierro y poder al fin regresar a la vida que tenía.



Mi autorretrato



El autorretrato de otra persona

21 **JOSÉ DAVID RENTERÍA HURTADO**
EDAD: 18 AÑOS

Autorretrato

¿Quién soy yo? Soy una pequeña porción de materia que se expande por todo el espacio o quizás soy un punto blanco en la tierra, compuesta por miles de colores, donde ninguno se repite con el otro. A lo mejor ninguna de las ideas anteriores me describe y solo soy una molécula que se acentuó en un territorio determinado y empezó a evolucionar hasta llegar a un cuerpo humano. Tal vez hoy me observo en el espejo y veo una fiesta de sentimientos positivos en mi rostro, pero posiblemente me levante mañana y aprecie en ese espejo un mar de lágrimas y de sentimientos encontrados, ¿acaso esa descripción soy yo? Tal vez no hable a fondo de quién soy yo, quizás me faltó decir que el reloj de pared marca el inicio y el final de una etapa cada 24 horas, o que simplemente se detiene antes de cumplir su ciclo y ninguna batería lo recarga. A lo mejor ahora sí soy yo pero, claro, nunca debemos olvidar que la brújula tiene 4 direcciones y todo esto puede cambiar con el simple hecho de aplicar un movimiento.

Autorretrato



Autorretrato de la otra persona

La verdad yo soy un libro abierto. A lo mejor con un inicio con bastantes obstáculos para afrontar, un nudo que la verdad no tiene palabras para ser explicado, son solo hojas robadas y un final en proceso, lo que me lleva a pensar que el final de mi libro es solo un inicio con otro nombre. Quizás te conté toda mi vida en un párrafo, pero en realidad no lo hice, solo te conté lo que viví y vivo junto a mi familia. Si nos vamos a una historia personal, te contaría que el río más cristalino reflejaba un trabajo inolvidable, te contaría que las manos con las que trabajo mantenían llenas de granos y arena, y que tuve a mi lado mascotas memorables –que tristemente no las volveré a ver–. Quizás ya sabrás quién soy, pero podrás estar equivocado, porque yo no soy uno, yo soy toda la población afectada por la injusticia, yo soy la mano de obra, soy la razón por la que todas las personas tienen alimentos en sus casas. A lo mejor me verás en unos años, afrontando las mismas consecuencias de ahora, pero siempre con el rostro en alto y pensando en los demás, antes que en mí.



Autorretrato de la otra persona

KAROL CARDONA

EDAD: 16 AÑOS

Mi autorretrato

Mi felicidad está en la alegría de sentir la satisfacción de mostrar los logros alcanzados, sentir que estoy viva, libre, tranquila y segura. Lo emocionante de todo esto es experimentar en el interior de mi alma, mi mente y mi cuerpo, un suspiro de íntegro aliento. Reconozco la libertad de pensamiento, que me deja como enseñanza la cordura y la curiosidad para soñar. Gano un poco de sabiduría para luchar, jugar con mi imaginación y buscar paz y tranquilidad. Finalmente creo que lo que suele parecer difícil o imposible es más fácil y posible de lo que a veces todos creemos, si lo intentamos.

El autorretrato de la otra persona

No tengo a donde ir, ni más por qué luchar que por mi gran anhelo, «sólo vivir». ¿Cómo? disfrutando cada momento al máximo, cada instante como si fuera el último.

Impactada por la violencia e impotente por la ignorancia, conmovida por la tristeza de este mundo y un miedo que invade todo mi ser, agobiada al ver tanto sufrimiento y a veces pensando en que mi belleza es una incomodidad, por el miedo que me produce llegar a ser subyugada por el deseo de otro. Así es, y en medio de todo cuento con una fuerza extraña, que

surge desde mi alma y que me impulsa por encima de todo a ser, hacer y tener la satisfacción de cumplir con lo anhelado.

Mi autorretrato

Karol superpuso una foto de su rostro sobre una foto de Jesús Abad Colorado.



Autorretrato de la otra persona
Foto de: Jesús Abad Colorado

23 KAROLYNE GUALDRÓN
EDAD: 16 AÑOS

Mi autorretrato

Soy una persona amorosa, amable, que tiene mucho cariño para entregar, aunque muchos piensen todo lo contrario y crean que soy fría y a veces rara. A veces me siento feliz y animada, también hay días en que no doy más y me siento confundida, ansiosa, con ganas de nada. Al final del día siempre hay quienes que me hacen salir adelante y me muestran que soy luchadora y que puedo ser feliz cuando yo lo decida.

Autorretrato de la otra persona

A veces creo que no puedo más, la muerte de mi familia me hunde y me hace sentir sola, confundida y con mucho miedo, pues no sé si pueda aguantar y volver a pasar por esto, iesto tan horrible que tuve que vivir! Todas las noches solitarias en mi casa me hacen pensar que estoy derrotada por la tristeza y la rabia que recorren mi cuerpo. Sin embargo, después de tanto tiempo, decidí luchar, mirar hacia adelante y un poner, por mi vida y mi felicidad, un poco de tranquilidad en mi triste alma.

Mi autorretrato



Autorretrato de la otra persona

LINIBEC VÁSQUEZ

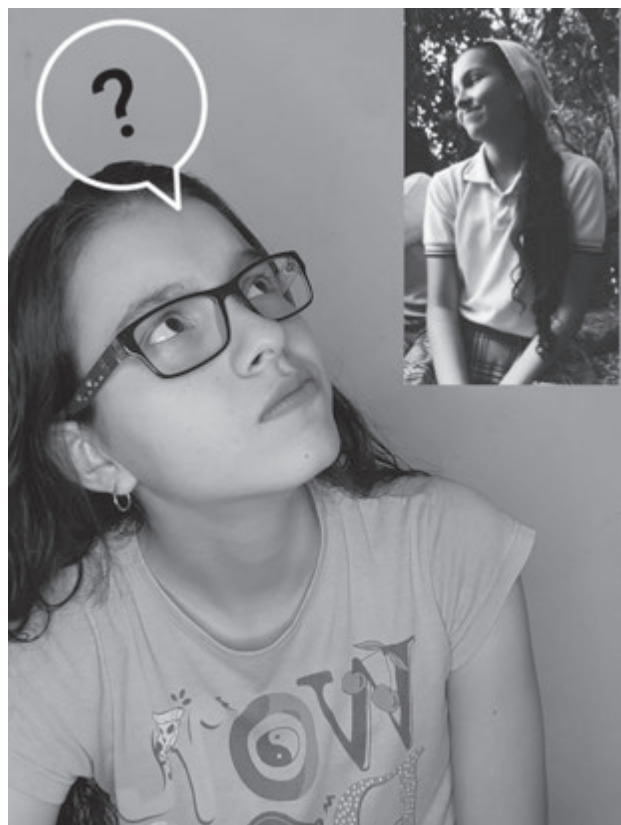
EDAD: 16 AÑOS

Autorretrato

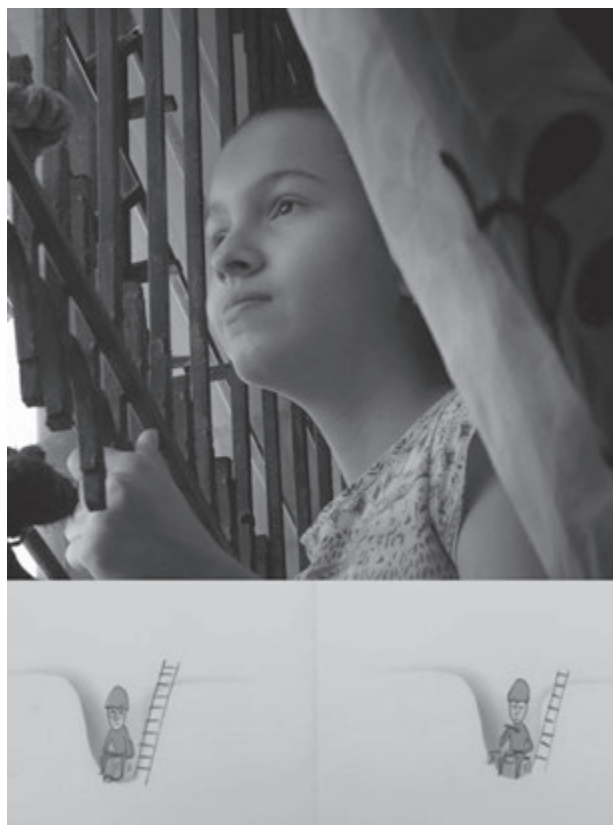
Soy Linibec, una estudiante de 15 años, exploradora y curiosa por conocer lo más profundo de la guerra, poco a poco, historia tras historia, me doy a la tarea de conocer este tema. Nos encontramos en un mundo lleno de sueños y pensamientos generados diariamente por nosotros mismos, también me encuentro en un espacio que genera interrogantes, curiosidad por saber más, lleno de murmullos en un mar de ideas y razones para convertir este tema en algo más extenso: la guerra.

Autorretrato de la otra persona

Soy un combatiente de la guerra, vivo abrumado por mis pensamientos, pensando si algún día saldré de este agujero, si aún tengo posibilidad de reencontrarme con mis familiares; si mi enemigo es realmente un monstruo o una persona como yo, capaz de transmitir sentimientos a otra, o si hay algo que lo motive a salir con vida de aquí.



Autorretrato



Autorretrato de la otra persona

*Linibec usó como referencia imágenes del libro **El enemigo**, de Davide Cali y Serge Bloch (2019).*

25 MADELEIN SEGOVIA

EDAD: 16 AÑOS

Autorretrato



Autorretrato

Sueño con un país en el que los niños puedan salir a jugar. Sueño con que los padres no sientan miedo de no volver a ver a sus hijos, ni tengan que refugiarse hasta que pase un enfrentamiento entre pandillas. Mi madre desde pequeña me decía: «tú naciste para ser una líder, desde niña te gustan los documentales, conocer la historia de tu país, además has pasado por momentos en los que tu vida ha estado en peligro». La primera vez que mi vida estuvo en riesgo fue cuando mi madre, estando embarazada, presenció el asesinato de un hombre en la panadería donde trabajaba. Me cuenta que dispararon muchas veces, pero ninguno le dio a ella.

En el barrio donde me crié se ve mucha violencia, muertes a diario de jóvenes que siguieron un «mal camino», muertes de amigos porque vieron algo que «no se podía ver», muertes de familiares porque se confundieron o simplemente porque se parecía a otro que buscaban. Un sinfín de casos presenciados desde niña hasta joven. Aun así, todavía creo que algún día puede llegar la paz o la justicia.

Autorretrato de la otra persona

Tengo presente aquel día como si fuera ayer. Es un recuerdo que nunca se borrará. Vi cómo mataron a mi esposo frente a mí. Eso fue y será lo peor, y ahora solo puedo pensar en él; en el ser tan maravilloso que era. Tengo que contar todo aquello por lo que pasé. Y decir que todavía creo en la paz, esa es la única esperanza que aún no pierdo. Quiero que los jóvenes entiendan que la violencia nunca será el camino.

Autorretrato de la otra persona



MARIANA VÉLEZ
EDAD: 17 AÑOS

Autorretrato



Autorretrato

Miro mi vida y me doy cuenta de que estoy creciendo como persona junto a mi familia. Escribo mi historia sin arrepentirme de nada, pues cada vivencia es una enseñanza que ayuda a mi formación personal. Con cada experiencia que vivo descubro mis gustos y hago conciencia de mis desventajas y ventajas, con esto creo una escalera en la que cada día un peldaño nuevo aparece.

Hoy puedo sentirme orgullosa de muchas cosas que he hecho y no tan orgullosa de algunas otras. Trato de mantener vivos mis sueños y metas, teniendo claro los objetivos que quiero alcanzar para hacer sentir orgullosa a mi familia. No sé qué tan largo o corto sea mi camino, pero estoy segura de que intentaré siempre brindar una sonrisa pase lo que pase, pues soy una niña soñadora que espera tener todo lo que en algún momento se propuso. Para esto cuento con un camino por recorrer y lo que pase o descubra en ese camino te lo contaré luego.

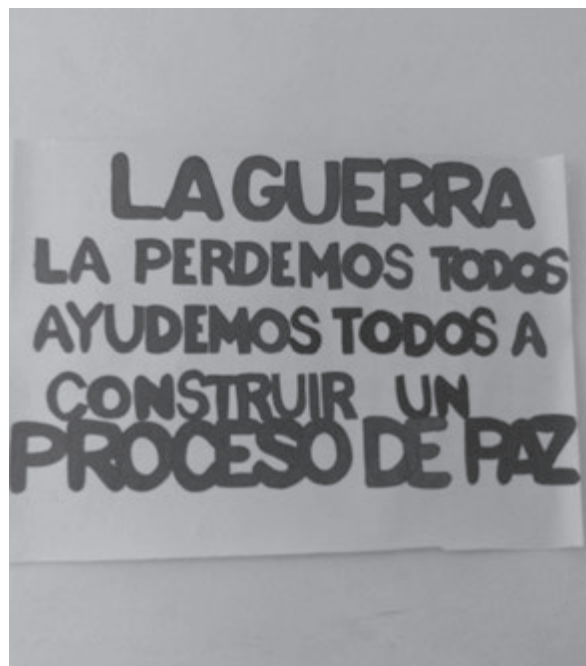
Autorretrato de la otra persona

Ese día nada era normal, la guerra tenía azotado nuestro territorio, todo estaba destruido y entre ello la esperanza de mi pueblo. Era el día de mi boda, todos hablaban y decían que mi esposo y yo estábamos locos por casarnos luego de aquel atentado. Para nosotros aquellos comentarios estaban en un segundo plano pues nos amábamos y eso era lo verdaderamente importante.

No puedo negar que el miedo en ese instante era grande pero, sin importarnos eso y los comentarios de la gente del pueblo, decidimos entrar a aquella iglesia sellando nuestro amor con un «sí, acepto» que, estaba segura, nos llevaría a crear nuestra felicidad.

Relato inspirado en la fotografía de Jesús Abad Colorado: *una pareja se casa en Granada, Antioquia, el día después de una masacre.*

Autorretrato de la otra persona



El autorretrato de la otra persona realizado por Mariana, toma como referencia el cartel que estaba junto a la puerta de la iglesia ese día.

27 **MIGUEL GUTIÉRREZ VEGA**
EDAD: 13 AÑOS

Soledad de una persona

No es la soledad lo que embellece la vida de las personas solas. Y ahí estaba, solo, sin nadie, aislado de la gente, pensando en mi sufrimiento, en mi agonía, imaginando un mundo sin bondad, un mundo sin tolerancia, un mundo donde todo era un caos. No sabía que estaba imaginando la verdad del mundo al que me daba miedo salir en ese momento. Pensé que había soledad en los hombres sin bondad.



Soledad de una persona



Mi texto-autorretrato

Mi texto-autorretrato

Puedo decir claramente, si mi memoria no me engaña, que he sido siempre una mujer privilegiada. Crecí rodeada de una familia en la que la crianza se considera una práctica colectiva, razón por la que cada miembro se involucró en la enorme labor de brindarme condiciones para crecer sana y feliz en medio de las dificultades normales de un hogar que había encontrado en Cali la posibilidad de una realidad más amable que la que vivían en un pueblo pequeño en el que nacieron y crecieron los abuelos maternos.

Aunque la vida en el campo fue un tema de conversación constante en mi casa, por mucho tiempo viví apartada de aquella realidad que generaba añoranza entre mis familiares. La relación que establecí con la vida en el campo se dio, sobre todo, gracias a todo lo que veía en los noticieros acerca de una guerra que encontraba, en aquel idílico lugar, la lejanía, el silencio, el miedo y las víctimas para instaurar ahí su maquinaria de dominación y odio.

Ser madre y docente me encaminó a querer comprender el mundo desde una perspectiva menos cómplice. Con el palpito de la sangre indígena y campesina corriendo por mis venas, he decidido no olvidar, ser consciente de que el sometimiento del pueblo colombiano es una historia que nos conecta a todos pero que nos atraviesa de diferentes maneras. Y que es desde ese lugar particular donde debe surgir el accionar, guiado en mi caso por el sueño de poder alcanzar mejores condiciones para la escuela, donde sea posible pensar diferente a como nos indican los que mandan.



El texto-autorretrato de esa otra persona

El texto-autorretrato de esa otra persona

Mi testimonio está marcado por la crueldad de una guerra que nos habita desde niños a quienes nacemos en este lugar de contradicciones y distopías; recorre nuestro cuerpo de igual manera que la sangre roja y espesa, y así como esta, a algunos nos acompaña a lo largo de toda nuestra vida sin que podamos apartarnos de su existencia.

Yo he sido protagonista en sus escalofriantes escenas. La barbarie y la desesperanza llegó hasta mi pueblo hace mucho tiempo vestida de camuflado. Entre disparos y enfrentamientos vi la muerte de frente llevarse a mis familiares y vecinos, soporté la frustración que causa el abandono de un Estado terrorista para el que no somos nadie y, en contra de todo pronóstico, aprendí a huir del dolor y sobrevivir en este pedazo de tierra que me niego a dejar atrás.



Autorretrato

Autorretrato

Me preguntan que cómo estoy. Yo no lo sé, porque al mirarme al espejo me veo bien -diría yo-, pero me duele el alma. Solo la fe en mi Dios me fortalece y me anima cada día. Sé que no soy la primera ni la última, eso no es consuelo. Tú, que eres otra víctima de esta absurda guerra creo que me entiendes.

Una cama vacía, unos libros sin leer, y ellas también llorando por su partida: una guitarra que ya no da serenatas, una trompeta desafinada por el desuso, una flauta... Se me vienen a la mente las líneas de una canción «...y por más drogas que uses y por más que nos abuses, la familia y yo tenemos que atenderte...»

Más de cincuenta años de guerra en nuestro país, la guerra contra el narcotráfico. Atentados, extorsiones, bombas, vacunas, desaparición forzada, miles de muertos inocentes. Todo por la droga. La maldita droga que solo ha dejado hogares sin padres, sin madres, sin hijos; violencia que se lleva los sueños de muchos jóvenes, criados con amor y con el mejor ejemplo. Es una tarea difícil protegerlos de la violencia. También duelen los que a diario mueren porque la fuman, su muerte es lenta, esos a mí me duelen mucho más.

Se llora por aquel que estando en casa está ausente, pero más se llora por aquel que se fue de casa para nunca más volver. Duele el cuerpo, duele el alma, duele el corazón de quien se preocupó y aún piensa en esa personita que siempre será su niño amado. Confío en que mis lágrimas no serán en vano, debes saber que el amor de madre nunca muere. Lo que me mantiene de pie es la fe, esa sigue intacta. Tú nunca la pierdas, por favor.

Finalmente, me encomiendo a la virgen María, para poder enfrentar el dolor como lo hizo ella hasta el último minuto con su hijo en la cruz. Duele, duele, duele, ¡ayyyy! Cómo duele ser madre.

Att: mamá colombiana.

Autorretrato



Soy polvo de estrellas.
Fuerza que palpita en cada poro.
Un entramado de tango y poesía.
Soy el alma de mi madre y el corazón de mi padre.

La que cree... en ella, en otros.
La que confía, ríe, y llora leyendo a Bonetti o a Carranza.
La que espera, a veces sola...
La que conoce el sabor de la tristeza.
La que intenta que cada amanecer sea una canción de libertad.

Y a veces, siento que soy otra...
cuando me dejo invadir y llevar por las miradas infantiles regalándoles sueños y palabras...
Esa otra me complace y me llena, me llena de esperanza...
¡Si fuera a morir hoy! Ella, claramente, tendría varios deseos por cumplir...
Habitar una escuela arcoíris, para todos y de todos, con olor a vida,
llena de rostros limpios de sangre.
Sin gritos, índices señaladores o el mensaje de rumor de balas en el viento o en la memoria.

También quisiera días simples, justos y tranquilos,
con olor a manzanilla y a albahaca blanca, a pan caliente, a café recién molido.
Desearía no olvidar el olor de los libros viejos,
las charlas con amigos y la música de Pablo Milanés.

!Y Hoy que sigo viva!, solo quiero no perderme, no perderla,
no dejar de desear mejores días.
Hoy, invierto la mirada y busco hasta encontrarla.
Porque su presencia me reclama un pacto conmigo misma,
El de no dejar de ser, la que quiero ser.

El autorretrato del otro

Esa mujer de corazón de Paloma

Porque la locura y el dolor me enseñaron la fuerza y el valor.
Porque al ver correr las aguas torrentosas, supe que entre el vaivén que sacude los peces, se escuchan los gritos de mi pueblo.

Porque siento que la muerte de otros, va alimentando la mía.
Porque en la sororidad hallé consuelo para esperar al río, y desear que un día no muy lejano, me devuelva a aquel que no dejo de extrañar.

Soy yo, la hija y esposa de alguien, la de las manos duras,
los ojos vidriosos color de lágrima y la voz segura, la que no flaquea, la que sale a diario a la ribera pantanosa con el deseo de ofrecer una despedida real a los hijos de la guerra.

Fuente de inspiración: *Érase una mujer. II Los muertos de ellas* (2014).

Autorretrato de la otra persona





CO- LLAGE

ALGUNAS IDEAS SOBRE ESTE EJERCICIO



Cuando hablamos de una poética de la fotografía nos referimos a la posibilidad de que las fotografías puedan ser concebidas, realizadas y leídas en una actitud de sensibilidad que dice algo más o sugiere otras posibilidades que superan el registro documental o periodístico de la realidad. En algunas ocasiones, esta poética en la fotografía se asocia a un género en particular dentro de la historia de la fotografía: la fotografía artística. Es decir, la fotografía que se hace con fines estéticos que no obedecen a las necesidades del género periodístico o el género de la fotografía comercial. En principio, los artistas que hacen este tipo de fotografías tienen la libertad de registrar y componer sus fotos según criterios muy personales, y la elección de momentos, sujetos y objetos, se realiza de manera muy personal, muy subjetiva ¿Reconocemos la diferencia entre una foto comercial y una foto artística?¹

1. Anotación tomada de a bitácora digital de nuestro taller: mtejadasanchez.com/siempre5

Con estos dos objetivos generales iniciamos la segunda parte del taller:

1. Reflexionar sobre la importancia de los procesos / proyectos / actos de memoria en nuestra sociedad, en nuestras comunidades y en nuestras familias.
2. Reflexionar sobre los *abusos de la memoria*, como decía Tzvetan Todorov: ¿En qué consisten estos abusos? ¿Por qué el culto a la memoria y la necesidad de no olvidar pueden ser problemáticos?

A partir de estos objetivos formulamos una pregunta que nos permitiera entender el sentido del trabajo: ¿Qué hacemos con las memorias recuperadas / rescatadas del olvido?

Este segundo momento de nuestro proyecto fotográfico fue una suma de imágenes y textos escritos, un proceso de arqueología mediante el cual se compone y reconstruye la vida de un personaje. Como inspiración literaria para la creación del texto escrito que acompaña las imágenes del collage, se abordó con el grupo la historia infantil titulada *Guillermo Jorge Manuel José*, escrita por Men Fox e ilustrada por Julie Vivas (2011). La narración desarrolla el tema de la memoria a través de la búsqueda que emprende su protagonista para entender esta noción desde diferentes perspectivas. Este niño vive al lado de un hogar para ancianos y allí tiene varios amigos, entre ellos la señorita Ana Josefina Rosa Isabel, quien por tener cuatro nombres al igual que él se ha ganado un lugar especial en su corazón. Al darse cuenta de que su buena amiga tiene dificultades para recordar, el niño decide ayudarla; su estrategia es motivar en ella el ejercicio de recordar usando una serie de objetos que para él son especiales, y que activan en ella los sentidos, ayudándole a traer a su realidad aquellos momentos más significativos de su vida.

33 La propuesta planteada para la elaboración del texto escrito consistió en la creación de una historia que girara alrededor de un personaje ficcional, cuyo requisito fuera que en el proceso de su composición y (re)construcción, debería aparecer algún detalle que conectara la trama del relato con la historia de la guerra en Colombia. Las fotografías fueron entonces, una analogía de los objetos usados por Guillermo Jorge Manuel José para activar los recuerdos de la señorita Josefina; en nuestro caso, dichas fotos estarían inspiradas en imágenes encontradas en casa o en imágenes que familiares o amigos nos compartieran, para imaginar la vida de ese personaje. De esta manera, la selección de diez fotografías generaba las pistas, las huellas y los elementos vitales de alguien que ha perdido la memoria y que empieza a aparecer de manera paulatina; la idea con este ejercicio de ficción fue entonces rescatar del olvido la vida de nuestro personaje.

Para Todorov, el acto de hacer memoria, recuperar testimonios y exigir que se conozca la verdad sobre los hechos pasados es un derecho que está por encima de toda discusión legal o burocrática, sobre todo si los hechos referidos han significado dolor, humillaciones y desgracias a las personas. Hasta aquí, las cosas parecen claras. Tenemos derecho a recordar. Ahora, ¿Qué pasa cuando queremos olvidar? ¿Tenemos también derecho a olvidar?

Más allá de las razones que justifiquen este derecho al olvido, lo que Todorov señala son las operaciones de selección que existen en los actos y los gestos de memoria, y es aquí cuando comienza lo verdaderamente complejo de este fenómeno humano.

La memoria se vuelve un campo y una experiencia de disputas, pugnas, batallas por ocultar, borrar o por sacar a la luz. Unos quieren borrar los rastros para no ser juzgados por sus actos; otros quieren desenterrar esos rastros para exigir justicia (o por lo menos para saber qué pasó, para conocer la verdad), y otros quieren olvidar, porque el recuerdo de los hechos violentos les produce un inmenso dolor o en ciertos casos mucha vergüenza.

Es normal que uno se pregunte cuál es el punto de equilibrio ideal en estos asuntos de la memoria histórica y las memorias de las comunidades. Tal punto de equilibrio puede ser un espejismo, porque lo que vamos a encontrar a cada paso es que las memorias, como gestos, como símbolos, como objetos o como relatos, como información, están llenas de aquellos abusos; es decir, están llenas de gestos humanos, de mentiras, de vacíos, de exageraciones, de errores, en fin, y también de emociones y de sueños. Encontrar un punto de equilibrio allí puede ser tan complicado como encontrar silencio, calma y quietud en una feria de bailes, en un carnaval.

En este sentido, puede ser de más utilidad preguntarnos cuáles son los usos que hacemos de nuestras memorias: ¿Qué hacemos con los recuerdos, con las imágenes que guardamos o con las que olvidamos? ¿Para qué lo hacemos? ¿Para quién? Tener en cuenta esta última parte de la pregunta sería muy importante para nuestro último ejercicio.

Nuestra consigna fue: ¡escribamos este relato a partir de estas imágenes y lo que evocan o suscitan en la memoria!

Verde Fuego

Era un día como cualquier otro, así que me levanté muy temprano para ayudar con los deberes de la casa. Las clases habían sido suspendidas unos días antes, pues a la profesora Mercedes le tocó salir huyendo de acá del pueblo. Ella no era la primera que recibía amenazas, la verdad eso me tenía muy triste pues fue la única maestra que me tuvo paciencia.

Como de costumbre, yo era el primero en levantarme, el resto de mis hermanos aprovechaban que no había clases para dormir hasta más tarde. Mientras mi padre había bajado a la feria a negociar unas gallinas, mi madre y yo nos quedamos en casa preparando el desayuno. Me gustaba verla amasar y preparar esas deliciosas arepas de trigo.

Mi mamá y yo nos sentamos en el balcón a tomar tinto y contemplar las hermosas montañas que nos rodeaban, mientras esperábamos a que el arroz estuviera. Ella solía contarme las travesuras que vivía con mis tíos en estas tierras cuando eran niños. Entre historia e historia el tiempo pasó volando y fue el olor a quemado el que interrumpió abruptamente nuestra conversación.

En cuanto mi madre salvaba lo que quedaba de arroz, yo salí a esperar a mi padre, pues ya habían transcurrido casi tres horas desde que salió, algo muy raro en él, pues nunca demoraba más de hora y media en regresar. El resto de mañana y tarde fueron algo aburridas pues, en ausencia de mi padre, a mis hermanos y a mí nos tocó atender la finca.

Al finalizar regresé a casa, me pegué una ducha y entré a la habitación de mis papás; sentada frente al tocador estaba mi madre sosteniendo un rosario entre sus manos. Me quedé viéndola y de pronto vi cómo dejó lo que hacía, se paró y empezó a alistarse.

—¿Ma para dónde va?— le pregunté

—Al pueblo, mijo, mire las horas que son y su papá no aparece.

La angustia empezó apoderarse de mí. Seguí con la mirada todos los movimientos que hacía,

le rogué que me dejara acompañarla pero se negó. Cuando salió me dio mucho miedo dejarla ir sola así que decidí seguirla, dado que ya el sol se ocultaba y los caminos se ponían peligrosos. Caminamos por un largo tiempo, procuré mantenerme a una distancia prudente para no ser visto.

Faltaba poco para llegar al pueblo cuando de pronto una explosión muy fuerte aturdió mis oídos. Salí corriendo para alcanzar a mi madre pero ya no la vi. La desesperación empezó a bloquear mi mente. Seguí el único camino que daba a la feria y cada que me acercaba los gritos y balazos se hacían más claros. En el sitio todo era un caos, la gente corría de arriba a abajo y los guerrilleros boleaban plomo por todas partes, sentí mucho miedo.

Corrí a la tienda de doña Juana para protegerme mientras, con la mirada, buscaba algún rastro de mis progenitores. Fue justo en un instante en el que el tiempo se paralizó y tuve frente a mí la imagen de mi mami, mi hermosa madre arrojada, sometida como un animal, con sus manos atadas. Solo en cuestión de segundos su cabeza fue atravesada por la bala de un fusil.





ANDREA VÉLEZ
EDAD: 17 AÑOS

Recordando junto a ti

20 años atrás.

Aquella niña llamada Esperanza corría por su vida mientras dejaba atrás su pueblo y el lugar donde nació: Apartadó. Este lugar estaba viviendo una guerra entre los paramilitares y las FARC por el control de la zona. Mientras corría veía hacia atrás y solo veía un enfrentamiento que estaba acabando con todo a su alrededor y, al ser una niña, no se explicaba cómo podían existir personas capaces de desaparecer todo sin importar nada. Corría y corría, trataba de encontrar a su familia, tal vez a su abuela o su madre o simplemente a alguien que le explicara por qué tenía que salir huyendo como si fuera la culpable. Más adelante encontró a su madre, quien la agarró fuerte y desesperadamente, ahí Esperanza perdió lo que su nombre le daba, pues fue en aquel momento cuando se dio cuenta de que el cuerpo de su abuela estaba tendido en medio de la calle con una bala que atravesaba ferozmente su cabeza y no, para nada era una imagen en la que imaginaba a su abuela, tal vez a otra persona o simplemente a nadie, pero no, era su abuela y era tan egoísta que decía -no puede ser mi abuela- ¿pero la de otra sí? Y ahí comprendemos mucho más que la vida nos puede quitar lo que ella misma nos da. En su funeral, aquella niña destrozada mental y físicamente todavía no podía creer el hecho de que fuera su abuela la que estuviese en aquel ataúd, ni siquiera pensó en separarse y el aferrarse a aquellos recuerdos era lo que no le permitía salir de aquel lugar que le hizo tanto daño.

Hoy después de tantos años iba a visitar a su abuela. Le atormentaba mucho desmoronar aquel pasado que no la dejaba dormir en repetidas ocasiones y que había hecho de ella una mujer cohibida y temerosa de lo que hay afuera, había perdido la fe en recuperar su vida, su pueblo y encontrar a las personas que hicieron imposible su sueño de vivir en paz.

Antes de entrar al cementerio decidió recoger algunas cosas para recordar junto a la tumba de su abuela la vida que llevaba junto a ella en el pueblo, al llegar se arrodilló y, con tantos recuerdos, el llanto fue inevitable. Dijo en susurros: -Abuela, te he traído unos regalos que nos harán recordar a ambas como vivimos nuestra



vida, te sentarás al lado mío como cuando era más pequeña y yo en esta oportunidad relataré las historias que en aquellos tiempos tú me contabas.

Los regalos de los que Esperanza hablaba eran un par de fotos que le gustaban y que sabía que para su abuela tenían mucha importancia. Empezó mirando la radio que la abuela llevaba a todas partes [...] en ese momento se dio cuenta de la otra foto que tenía y era de sus dos hermanas y ella cuando eran más pequeñas -eran bonitos tiempos- dijo. Lo siguiente que encontró fue la fotografía de aquel limonero enterrado en la finca, la tierra por la que su abuela dio la vida y no solo estaba el árbol si no también estaban sus dos tesoros, como llamaba a sus hijas en aquel tiempo, ahí está, la foto donde encontró a parte de su familia en el hogar donde habían nacido, -recordar viejos tiempos- dijo mientras una sonrisa se interpuso entre las lágrimas que derramaba. La última fotografía que encontró fue aquella donde su abuela contestaba el teléfono, -tan pinchada- dijo en medio de una carcajada, mira en donde aparece su abuela y recuerda cuánto le gustaba el sonido de las olas y donde aparecen los delfines, -si te gustaban esos animales- susurró. -Abuela, te agradezco por dejar un poquito de ti en todas partes y aunque tu muerte hoy viva en la impunidad, te aseguro que en algún momento encontraremos a aquellos que hicieron de tu vida un infierno en carne propia.

Lloró y lloró todos los días y, en el encuentro de cada fin de semana, siempre se derrumbaba un poco más. El tiempo había hecho de ella una mujer fuerte y fría con casi todos, pero solo una persona podía convertirla en aquella niña sensible, diminuta y dulce que ya nadie más admiraba.

De la tristeza a la felicidad

Un día como hoy, a las 04.00 horas, nuestro jefe al mando, nos levantaba con una muy mala noticia. -Debemos irnos de la base, recojan las armas y las municiones, los autos nos están esperando en la parte trasera del batallón- nos comunicó.

Todos nos levantamos asustados, no llevábamos ni una semana de entrenamiento y ya nos querían llevar a la guerra. Miraba hacia mis dos hemisferios, pero solo veía a mis compañeros de cuarto que, asustados por no saber si podrían volver a encontrarse con sus familiares. A mí no me preocupaba el volver a ver a mis padres o hermanos porque a todos los había perdido en un incendio, lo más cercano que tenía a una familia eran mis compañeros de cuarto, con los cuales, si mucho, había hablado una sola vez.

Todos nos levantamos rápidamente, nos vestimos, recogimos las armas y salimos del cuarto directo a los automóviles, quizás todos pensábamos que era una prueba del jefe, pero no fue así, al abrir la puerta vimos cómo las fuerzas enemigas destruían todo nuestro batallón, vimos cómo caían las torres de control y cómo los muros que nos resguardaban estaban siendo derribados por tanques de guerra. Esa imagen que vimos quedó tatuada en mis ojos y los de mis compañeros, quedaron tatuadas dentro de nuestro cerebro. Nos paralizamos, teníamos las armas en nuestras manos, podíamos defender lo que era nuestro, pero el miedo nos corrompió, nadie podía mover ninguna parte de su cuerpo, quizás pensamos que era el final de nuestras vidas, las lágrimas salían como cascadas de nuestros ojos, todos nos cogimos de las manos y esperamos la muerte como si no tuviéramos otra opción. Tal vez era el día de todos, quizás Dios ya tenía escrita nuestra muerte o solo fue algo del destino, la verdad nunca creí mucho en la religión, no como mis compañeros, que llevaban un crucifijo en sus cuellos y una biblia en sus manos.

Ya estábamos preparados para nuestro final, hasta que escuchamos una voz a lo lejos: -¿Qué están haciendo allí parados? ¡Corran! ¡ los autos ya van a salir!

Quizás esa voz nos llenó de valentía o solo nos devolvió los pies a la tierra, para que pudiéramos correr. Todos nos miramos y salimos en dirección hacia los autos, pero en esos momentos comenzaron a dispararnos, no querían que ninguno de nosotros se fuera con vida del batallón. De esa forma fue como vi que iban muriendo las personas que yo llamaba familia, dado que las balas comenzaron a atravesar los cuerpos de mis compañeros y lo único que podía ver era como sus cuerpos comenzaban a caer en el suelo. Me preguntaba cuándo sería mi turno, cuándo el disparo vendría hacia mí, pero nunca pasó. Pude llegar al automóvil e irme con los poco sobrevivientes que estaban allí y, en esos momentos, solo pensaba en ¿por qué no morí con mis compañeros? quizás fue algo sagrado o solo fue suerte, pero mi mente solo recordaba el rostro de mis compañeros, jóvenes de 18

a 20 años, eran personas que apenas estaban comenzando a vivir su vida y no me parecía justo que se las hubieran arrebatado de esa forma. Lo único que salía de mi boca era: -Debemos volver, por los cuerpos de nuestros amigos y compañeros, ellos deben tener un entierro y sus familias merecen verlos por última vez, aunque sea en un ataúd.

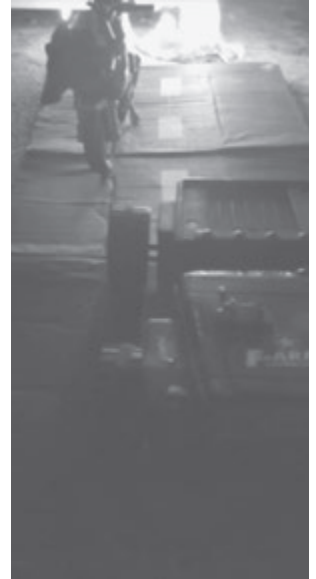
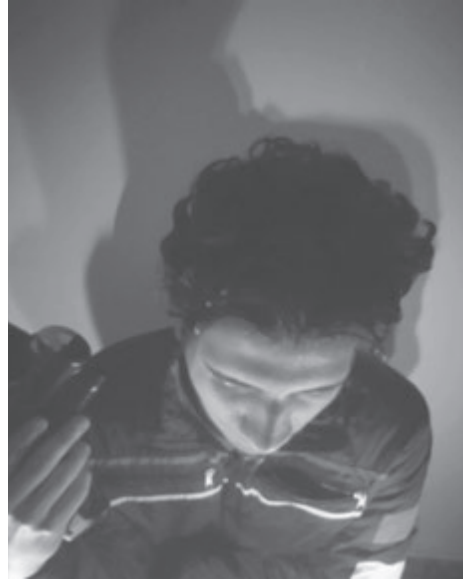
Los mire a todos a las caras y podía observar que ellos estaban igual que mis compañeros, asustados y preocupados por sus familias, y que lo único que querían era salir de ese lugar y estar a salvo. Quizás el único que quería volver era yo, pero ¿cómo no iba a querer?, si eran mi familia y eran lo único que me hacía sentirme acompañado. Cerré mis ojos y me pregunté de nuevo, si debería estar con ellos. Agarré el arma que se encontraba a mi espalda y la apunté hacia mi cabeza, quizás esto solucionaría todos los problemas (o solucionaría mis problemas). Estaba a punto de apretar el gatillo, cuando escuché una explosión muy fuerte, abrí mis ojos y lo vi: era nuestra casa hecha polvo. Habían puesto una bomba y, lo que nosotros llamábamos campamentos, ya eran ruinas y polvo.

Todos nos quedamos mirando cómo el fuego se elevaba tanto que podía tocar las entrañas. Nadie podía entender qué estaba pasando, los carros se alejaban del lugar y nosotros intentábamos comprender cómo en un segundo la felicidad se volvía tristeza. Miré por el retrovisor del carro y no había nadie delante de nosotros, volteé mi mirada y no se encontraba ningún carro en la parte de atrás, habían desaparecido, solo nos encontrábamos nosotros, intentando escapar de las garras del enemigo. Sentíamos esas garras muy cerca de nosotros porque, después de la explosión, una motocicleta nos seguía tan despacio que no sabíamos si era amigo o enemigo. Esa respuesta la contestaría unos segundos después, porque la moto aceleró, nos observó a todos los que nos encontrábamos en el vehículo, sacó un arma que tenía en su bolsillo y le disparó al jefe, el cual se encontraba manejando el carro, nos sonrió y siguió su camino, mientras nosotros nos estrellábamos con una roca.

Ha pasado casi un año desde este fatídico día. Todos mis amigos murieron, el jefe, mis compañeros de cuarto y las demás personas que había conocido estaban muertas y yo seguía luchando por

mi vida, después de tanto tiempo. Uno de los golpes provocó una contusión en mi cabeza y me puso en estado de coma. Después de un año sigo allí, nunca nadie me vino a visitar, quizás porque nadie sabía de mi existencia o porque todas las personas que yo quería se encontraban muertas. La verdad ya nada me dolía, porque no existía dolor en el mundo más fuerte que ver morir a todos tus seres queridos y no poder salvar a ninguno. La verdad no me quiero despertar de este coma, dicen que puedo perder la movilidad de mis piernas por los golpes o que puedo llegar a perder la memoria, pero no quiero olvidar a nadie, porque esos recuerdos fueron los que pasaron por mi cabeza cada día de los 365 días que he estado en coma. Quizás pueda volver a ver a mis padres y hermanos o a mis compañeros de cuarto en el batallón, la verdad no quiero vivir si no están ellos a mi lado, por eso después de un año de un sueño profundo, los médicos decidieron desconectarme y dejarme estar de nuevo con todas las personas que yo quería cuando estaba en vida.





41 **KAROLYNE GUALDRÓN**
EDAD: 16 AÑOS

El relato nos recordó la pintura
The end de la artista Käthe
Kollwitz (1897).



Hace unos años en un pueblo del departamento del Huila vivía una familia muy cercana a la mía. Sin embargo, todo cambió el 12 de agosto del año 2000. La guerrilla llegó a su pueblo a dañar todo lo que habían construido, todos sus trabajos, su familia y su vida por completo. Ese día casi toda la familia falleció, los únicos que lograron escapar fueron María y Andrés, que se escondieron unas calles arriba de su casa, pero luego de unas horas de ya no escuchar nada decidieron volver a su casa, lo que encontraron fue lo peor que han podido ver en toda su vida. Encontraron a toda su familia tirada en el piso y toda la casa destruida, la masacre era lo único que lograban ver. Para María fue un impacto horrible y para Andrés, el más pequeño, fue mucho peor, quedó en shock y se desmayó al instante.

María estaba tan impactada que no sabía qué hacer, luego de un rato logró llevarlo al hospital, el médico lo atendió lo más rápido posible, pero nada de esto pudo cambiar la situación, después de un rato llegó el médico y le comentó a María que lo más probable era que Andrés perdiera total o parcialmente la memoria, ya que había tenido una insuficiencia de oxígeno en el cerebro y que eso pasó cuando el corazón se detuvo por unos segundos. María estaba tan desubicada que ya ni sentía ni reaccionaba a nada, sin embargo, luego de unos minutos llegó, como si fuera un ángel, su tío Thomas. Ella dijo que fue como una luz, un respiro, una tranquilidad en toda la tempestad que estaba viviendo, después de unos días lograron dar de alta a Andrés y se fueron a vivir donde su tío. El pequeño todavía no recordaba muchas cosas y lo que podía recordar eran momentos muy pequeños y borrosos.

Era todo muy confuso, pero al menos se tenían a los dos y era más fácil llevar las cosas. Después de unas semanas, María tomó la decisión más dura para ella, que era contarle a Andrés todo lo que había pasado con su familia, para eso María quiso ir a la casa de Vivian, para poder así contar mejor las cosas y que Andrés recordara un poco más. Cuando llegaron, lo primero que vio Andrés fue la foto de las reuniones familiares que habían tenido en esa casa, también la foto de sus abuelos paternos, la cual era la más importante y linda de la casa, debajo de esa foto estaba el ángel con el rosario y la vela de su mamá (claramente antes

de que ellos fueran a la casa tuvieron que arreglarla porque casi todo se encontraba destruido y tirado por toda la casa), después fueron a ver el cuarto de Andrés, en ese momento vinieron a él varios recuerdos en su habitación y luego muchos más cuando fueron a ver el árbol de mangos que quedaba en la parte de atrás de la casa, sobre el que mantenían casi todos los días trepados en sus intentos por bajar mangos para comer.

Después de eso, decidieron ir al parque donde quedaba la iglesia y, mientras estaban sentados, María empezó a mostrarle fotos a Andrés de cuando él era pequeño, de momentos de ellos dos juntos y de su papá con sus tíos en esa misma casa. Mientras Andrés lograba recordar mucho más, empezó a llorar por revivir la tragedia, el día en que sus vidas cambiaron por completo. Cuando se logró calmar quedó mirando a María y le dijo que todo lo que había pasado era muy fuerte pero que eso no los iba a derrotar, que los dos tenían que salir adelante por ellos y más por su familia y sus padres, porque ellos se sentirían orgullosos (en el lugar donde estuvieran), María no podía contener sus lágrimas y lo único que pudo decir fue que ellos lograron sobrevivir, que eso era por algo, que si Dios les dio una segunda oportunidad no tenían porque desaprovecharla y que fuera como fuera ellos iban a ser felices juntos.





La hora de recuperar los recuerdos

Desde hace más o menos cinco años me mudé a otro barrio, uno de los mejores de esta ciudad, con más comodidades, silencioso y tranquilo. Un barrio que se llama La Flora.

Durante esos cinco años tuve la oportunidad de hablar con la señora María, una mujer de 40 años, amable y humilde. Con ella disfrutaba las mejores historias de su niñez y adolescencia. Vivía en un hogar acogedor, junto a su esposo Darío —que había sido reclutado a la fuerza por la guerrilla— y su hija Sandra, de 15 años, con la que yo jugaba los fines de semana. Desde el momento en que me mudé no supe nada más de esta hermosa familia, pero hoy, cumplidos mis 18 años, recién graduada del bachillerato, tomé la decisión de regresar al barrio donde crecí.

Mientras caminaba entre los árboles de mango y me llegaba la brisa y el olor de la naturaleza, mojada por el invierno que se aproximaba, recordé con nostalgia momentos de mi niñez. Al llegar al barrio todo me parecía diferente: el pavimento destruido por los años, las casas remodeladas y nuevas generaciones de niños saltando de felicidad en los grandes charcos de barro. Durante este recorrido vi una casa blanca. Tenía ese color desvanecido por los largos años sin pintar y unas rejas de tan solo medio metro de altura. Esta casa se me hizo conocida al instante. Al tocar el timbre salió una viejita de cabello corto y blanco como un copo de nieve, tenía un vestido de flores que le llegaba casi a los talones. Le pregunté si era ella la señora María y me respondió, con voz quebradiza y tristeza en el rostro, que sí, que era ella. Al parecer la vida le arrebató la felicidad. Yo, con gran curiosidad, le pregunté: ¿sabes quién soy? y ella me respondió que no.

Intenté decirle de mil maneras que yo era la niña de 5 años a la que le contaba tan alegres, tristes y desequilibradas historias, pero le fue totalmente imposible recordar quién era. En ese instante salió una enfermera con un pequeño botiquín en su mano izquierda. Se dirigió a mí y me preguntó quién era yo. Le conté toda la historia. Luego le pregunté qué había sido de esta hermosa y sencilla familia y ella agachando su cabeza me respondió: «hace 10 años el esposo de María fue dado por muerto, fue una noticia trágica, pues se dice que don Darío fue reclutado por la guerrilla y obligado a combatir». Eran combates entre

las Farc y el ejército, en el páramo de Sumapaz, el más grande del mundo, donde por mucho tiempo estos combates eran el día a día. Don Darío fue atravesado por una bala justo en el corazón. Quedó en un coma indefinido y murió justo el día del cumpleaños de su hija Sandra. Desde ese entonces, el único motivo de vida de doña María era su hija. Pero Sandra se casó, tiene su hogar y una bella hija. La partida de Sandra para doña María fue un total desconuelo y, sin embargo, eso no fue todo, doña María empezó a olvidar poco a poco cada cosa de su vida. No era de esperarse, pues era muy joven para sufrir amnesia, a tan corta edad, pero con tanto agobio y tristeza, su vida se desvaneció poco a poco.

Un día, doña María se cayó al suelo y se dio un golpe muy fuerte en la cabeza. Estaba sola, y quedó inconsciente. Por fortuna, una vecina iba a llevarle ese mismo día una tarta de banano, una de sus favoritas. Al llegar, vio a doña María tirada en el suelo e inmediatamente llamó a los paramédicos. Llamaron a Sandra para decirle que su madre había perdido totalmente la memoria, y que era casi imposible recuperarla. Yo, suspirando, me preguntaba: ¿qué tan difícil puede ser recuperar la memoria de doña María?

Me puse en la tarea de recordar esas historias contadas por ella y empecé a preguntarle a su hija por los recuerdos de su madre. Durante esa búsqueda encontramos los elementos perfectos, los que harían que doña María recuperara la felicidad.

Uno de los primeros recuerdos fue su casa de nacimiento, en la que vivió la mayor parte de su vida. Luego, su primer medallón, el que ganó junto a sus compañeras de práctica en torneos escolares. Fue un orgullo para ella y un momento inolvidable. El puente, uno de los recuerdos que compartimos, donde tomábamos un descanso para reflexionar y mirar hacia arriba y ver la gran copa del árbol. Su libro favorito se lo dio su padre el día que cumplió 10 años, lo leía año tras año, y cada año le hallaba una nueva belleza. Otro elemento para recordar fue la perrita que le dio su esposo el día de San Valentín, fue un regalo que alegró su día, pues años atrás le había contado a su esposo sobre el gran deseo de tener un perrito.

Entonces, un día, sentada en el comedor junto a una gran tarta de banana, le empecé a en-

tregar cada uno de los elementos. Dio su primera cucharada al pastel, la saboreaba como si la comiera por primera y última vez, y miraba cada uno de los elementos. Vi caer de sus bellos ojos una lágrima, en la que se podía reflejar su rostro de felicidad. Me miró a los ojos y me dijo: «¡Gracias! Gracias por tomarte el tiempo de venir y recordar quién era yo en realidad, gracias porque puedo sentir de nuevo el calor de la compañía, y porque hoy por ti puedo decir que volví a nacer».



45 MADELEIN SEGOVIA

EDAD: 16 AÑOS

Que los perdone Dios. Me levanto cada mañana recordando mi casa, la historia que allí viví. En aquel entonces tenía 11 años, me despertaba con el aroma del café y el cantar del gallo y desayunaba con mis padres y mi hermano. Mi papá salía muy temprano a trabajar, lo despedíamos y luego ayudábamos a mi mamá con los animales. Era tan niña y tan feliz que no me imaginaba todo lo que pasaban mis padres, pues tenían un plazo de cinco días para despojar nuestra finca.

Un 20 de mayo nos encontrábamos cenando cuando escuchamos un fuerte golpe: venían a sacarnos de nuestra casa. Me acuerdo que mi papá se resistía y nos tranquilizaba diciendo: «de aquí no nos vamos». Después de eso lo amarraron a un árbol y, frente a nosotros, le dispararon.

Recuerdo ver a mi mamá empacando nuestras cosas al día siguiente, y llevándonos de madrugada a la ciudad. Ella se negaba a irse, incluso después de haber visto a mi papá morir frente ella. Recuerdo que en el camino vi cómo bajaron a todos los hombres. Fue la última vez que volví a ver a mi hermano. Hoy, 17 años después, vuelvo al lugar donde crecí, ahora llena de miedo y recuerdos. Todo está muy cambiado, se ve mucho comercio. Puede haber pasado mucho tiempo, pero aún continúa la violencia.



MARIANA VÉLEZ

EDAD: 17 AÑOS

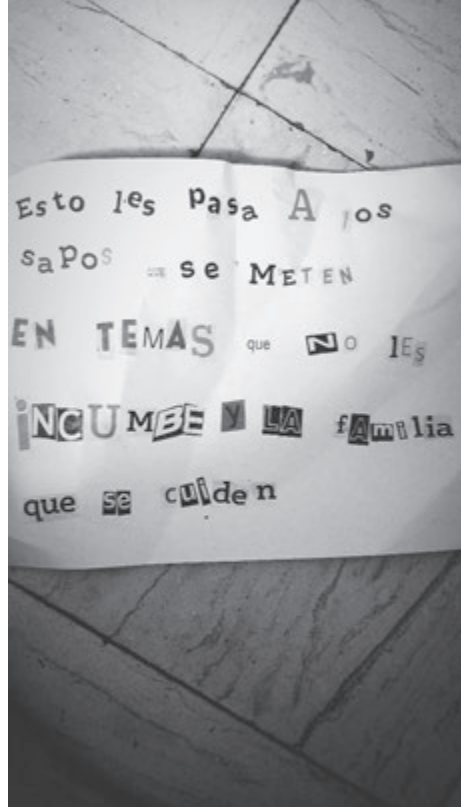
No estoy lista

Volver a casa luego de nueve años es difícil. El dolor inunda mis pensamientos, todo esto quedó atrás, nos fuimos para protegernos. Me sorprende pensar que hay gente tan mala que te hace abandonar todo lo que durante mucho tiempo construiste... Si me permiten, les contaré de qué estoy hablando.

Aquel cuatro de agosto era un día que parecía normal. Me levanto como de costumbre, mis ojos pesan pero la felicidad los inunda al mirar que a mi lado está mi amado esposo, el cual amo como si no hubiera un mañana. Entonces me baño y cambio para salir a prepararles el desayuno a mis tres hijas. Unos deliciosos huevos, café y tostadas nos acompañan. Luego mi esposo se marcha hacia la alcaldía, donde trabaja, mientras yo dejo a las niñas en el colegio, regreso a casa y el resto de la mañana me la paso hablando con la vecina. Mientras comparto algunas historias con ella, soy interrumpida por el teléfono de la casa. Atiendo y escucho la noticia que derrumba mi mundo, el tiempo se detiene cuando me informan que mi esposo acaba de ser hallado muerto en su oficina y, al lado de su cuerpo, reposa una nota, la nota que cambio nuestras vidas: «esto les pasa a los sapos que se meten en temas que no les incumben... y la familia que se cuiden».

Días después del funeral salimos del pueblo que nos vio crecer. Era necesario. Nuestra vida era linda, y la familia que teníamos ahora estaba destruida, con sueños por delante y nuestros corazones rotos decidimos partir de aquel lugar que juramos jamás abandonar.

Volver luego de tanto tiempo hace que mi corazón duela. Ver todo igual a como lo dejamos ese día, ver el almanaque con la fecha congelada, duele y mucho, el reloj parece detenido en la hora precisa en que sucedió aquella tragedia familiar. Miro hacia mi derecha y me encuentro con la Biblia que siempre permanecía abierta. Cada noche la oración no podía faltar. En aquella mesa también reposa una imagen, que al verla, me inunda los ojos con lágrimas. Es una foto donde mi papá está con mis hijas y mis sobrinos días antes de lo sucedido. Me adentro más en la casa, paso por el cuarto de mis hijas; allí me detengo y una foto me llena el corazón, mis pequeños remolinos están en ella. Por último, visito el cuarto donde las mañanas eran alegres... «¿qué nos pasó?» es lo primero me pregunto al ver la foto donde el amor



era enorme pero, más aún, nuestros sueños... «lo estoy logrando, mi amor, estoy logrando poco a poco aquellos sueños que un día juramos cumplir juntos, estás en un lugar donde la maldad que te arrebató la vida no existe y donde la felicidad es eterna... espero en algún momento poder volver a abrazarte», dije en voz alta. Siento que esto me está matando, no puedo más, salgo de aquella casa con el alma partida, queriendo regresar, pero los recuerdos inundan mi alma. Volveré cuando esté lista para enfrentar esta guerra que destruyó mi familia. Ahora no quiero buscar respuestas de aquella trágica partida. Mientras tanto, guardaré en mi memoria cada recuerdo en el que no pasen las horas y estar contigo y mi familia era lo único que mi corazón quería.

Aquella mujer que decidió ir a su casa luego de 9 años adquirió fortaleza, esa herida no estaba sanada pero ella aprendió a perdonar a quienes destruyeron su familia, a valorar cada instante de la vida porque puede ser el último, a amar como si el mañana no existiera, a no pensar en el futuro sino en el presente. Esa mujer aprendió que el futuro es una ciencia incierta, un camino oscuro en el que cada paso que das es importante. Así, sanó su corazón, se volvió como una plantita que, aunque estaba marchita, día a día regaba para crecer como persona. Aprendió también que avanzar no es sinónimo de olvidar y el estancarse no está en su vocabulario; ella salió de su casa consciente de que no es la única familia a la que le quitan un ser amado, pero con la cabeza baja, porque casi nadie la podía comprender.



El espejo del recuerdo

Había una vez un espejo del que todo el mundo hablaba. No por ser muy bonito ni muy feo, era un espejo común y corriente, solo que éste podía borrarles los malos recuerdos a las personas. Lo que las personas no sabían era que al reflejarse en el espejo se abría un portal a otra dimensión y de ahí salían «los haister» que eran los malos recuerdos de las personas. Los haister solo querían saber por qué las personas buscaban borrar esos malos recuerdos y encontrar la paz con su respectivo ser de la dimensión de los humanos. Por otro lado, alejémonos de este mundo extraño del espejo y fijémonos en un muchacho que vivió una guerra. Durante la Segunda Guerra Mundial las personas no entendían por qué el muchacho era tan distante a los demás niños. Los demás niños tenían padres y él no, ya que los perdió en esa guerra. Después de ese acontecimiento, el muchacho tuvo una rarísima enfermedad que consistía en **que si recordaba cómo había muerto su padre, le daría un paro cardíaco y moriría**. El chico no quería morir, por eso cuando se dio cuenta fue en busca del espejo extraño.

Estuvo toda la tarde buscando dicho espejo, pero no encontró nada. Hasta que de regreso a su casa, mientras jugaba con la pelota, rompió el espejo de su casa. La madre al darse cuenta fue a comprar un nuevo espejo. Como no tenía mucho dinero fue a buscar una venta de garaje, donde encontró el espejo extraño. Cuando lo llevó a casa y lo colocó en su puesto, el niño se observó y surgió de él un destello deslumbrante que hizo que el recuerdo de su papá desapareciera. En ese momento una mano lo succionó dentro del espejo y allí se encontró con su haister, y le preguntó sobre la muerte de su padre, el niño –al no recordar ese acontecimiento– le dijo que no recordaba nada sobre lo que le había pasado a su papá [...]

–Bueno hijo, eso fue lo que te pasó. ¿cierto?

–Sí.

–Bueno, entonces vamos a reponer el tiempo que no pude estar contigo.

–Pero papá, ¿cuándo podremos volver a ver a mamá?

–No sé, hijo, lo que sí sé es que hay que esperar a que ella muera para volver a reunirnos. Mientras tanto, vamos a estar pendientes hasta que llegue ese momento.

FIN

Cali, Agosto de 2020.
Queridas hijas.

Por primera vez en muchos años he tenido que alejarme de ustedes, de una vida a la cual estoy felizmente acostumbrada y que desde el primer momento en que partí empecé a extrañar. Fueron largas horas de viaje en las que me embargó el nerviosismo y la nostalgia, pues no podía evitar pensar en la realidad que encontraría al bajar del avión, una realidad de la que decidí apartarme cuando aún era una jovencita igual que ustedes.

A mis 17 años sentí que este no era el lugar para mí, que merecía conocer el mundo y me atreví a hacerlo usando los pocos ahorros que tenían mis padres con la excusa de que quería estudiar para luego volver a casa y poder devolverles todo lo que habían hecho para permitirme volar y ser libre. En el fondo de mi alma sabía que era muy poco probable volver y que eso me convertiría en una hija ingrata, poco merecedora de tanto amor.

Al llegar a la casa de mi madre sentí un delicado olor que me transportó años atrás, miré a mi alrededor y ahí estaba todavía el hermoso árbol de flores blancas con suaves manchas amarillas y rosadas, que según mi padre se llamaba Amancayo. Tras cerrar mis ojos por unos instantes y respirar profundamente, pude verme a mí misma y a mis amiguitas de la cuadra componer poemas a la luna mientras esperábamos que pasara, como cada día lo hacía, ella, la señorita Luna, a quien declamábamos con alegría nuestras poesías esperando que nos mirara de vuelta y fuera cómplice de nuestro amor ofreciéndonos su bella sonrisa. Abro los ojos en un intento desesperado por no sentirme culpable y me encuentro en frente de mi casa, realmente pareciera que no ha pasado el tiempo y puedo verme ahí parada junto a mis hermanas recibiendo la brisa de las tardes en Cali.

Volver después de casi 30 años es una labor de dimensiones titánicas. Cuando partí estaba completamente abrumada por la sensación de no futuro que producía en mí la realidad Colombiana. Mis padres habían tenido que dejar su tierra en un bello pueblito en el Cauca –al que mi madre regresó sin él años después para recoger el cuerpo de su hijo y darle cristiana sepultura–. Una guerra insensata los obligó a empacar lo que cupiera en dos maletas, coger a sus cuatro hijos y salir de ese lugar que pasó de ser una bella finca cafetera a convertirse en un campo de batalla entre la guerrilla y el ejército. Esta casa que me recibe hoy fue construida ladrillo a ladrillo por mi padre y continúa siendo, hasta hoy, el centro de encuentro de nuestra familia. Al adentrarme en ella sentí como si el tiempo se hubiera congelado pues los mismos cuadros adornaban sus paredes, aquel mueble que mi madre compró con su sueldo como modista seguía siendo un protagonista imponente de la sala, las paredes conservaban su color y la presencia del catolicismo se sentía fuerte en cada espacio, todo igual a cuando era una niña.

Mi mirada detalló cada lugar de la casa como quien busca rastros de su propia historia. En un rincón de la sala pude notar cómo, con imponencia, sobresalía del resto de cosas la máquina de escribir de mi padre y, encima de ella, había un retrato junto a mi madre en sus épocas de juventud. Él, después de probar suerte en varios trabajos, logró ubicarse como reportero en uno de los periódicos más representativos de la ciudad gracias a su talento innato con la escritura y a su ímpetu de investigador.

Recuerdo muy bien las noches en las que se encerraba en el cuarto que da a la calle, abría la ventana para mitigar un poco el calor y pasaba horas concentrado escribiendo. Sus reportajes gozaban de credibilidad, aspecto que le ayudó a situarse en un lugar privilegiado en el medio y ganar reconocimiento. Fue debido a su opinión severa y sin máscaras que tiempo después tuvo que retirarse por causa de una carta que amenazaba contra su vida si seguía metiéndose en asuntos locales de corrupción. Para ese momento yo ya estaba muy lejos de aquí y poco pude entender el enorme sufrimiento que padeció mi padre y que lo llevó a morir de cirrosis un par de años después.

Han pasado ya varios días desde mi llegada, cada instante ha sido para mí un reencuentro con mi pasado, una búsqueda incesante por hallar mi identidad, por volver al pasado, tratando de encontrar algún detalle que haga menos dolorosa la lejanía entre mi vida y la de mi familia. Ver el altar que mi madre puso para la memoria de mi hermano trae a mí el recuerdo de un hombre fuerte

y decidido, cuyo gran amor por la vida en el campo lo llevó a emprender la lucha por retomar las tierras que pertenecían a nuestra familia y que tan vilmente habían sido arrebatadas. Como resultado de su lucha quedó para mi madre otro sufrimiento, el dolor de perder a su único hijo varón a manos de los mismos asesinos de quienes había huido años atrás.

No haber estado para la muerte de mi padre y de mi hermano fue duro, pero no se compara con lo que siento al ver a mi madre postrada en una cama, viviendo sus últimos días en la inmovilidad y el silencio. Yo, sentada a su lado, le pido perdón por haberme marchado y no regresar hasta ahora; aprieto su delgada mano contra mi rostro mientras salen de mis ojos las lágrimas. El olor del café recién colado llega hasta mí para recordarme todas las mañanas en que, sigilosamente mi madre se levantaba para hacerme el desayuno y yo era feliz sabiendo que ella estaba ahí para mí, para brindarme su apoyo incondicional y demostrarme su amor.

Poco o nada he hablado con ustedes acerca de mi vida en Colombia, créanme que hoy me arrepiento de ello. Mientras observo el pasar de la tarde desde el patio de mi casa lleno de matas siento florecer mi corazón y me atrapa la nostalgia. Pronto llegará el día en que mi madre cierre para siempre sus ojos y en mí habite la inevitable culpa por mi ausencia.



Margarita María

Érase una vez una niña llamada Margarita María, con pelo de candela, pequeña como un piojito, pero traviesa como un mico. Se creía la niña más afortunada del mundo, que digo del mundo, idel universo! Le había tocado el mejor papá del mundo. Papá, palabra maravillosa, un ser inigualable, aunque muchos dicen que a la vuelta de la esquina se consigue uno; para mí esto es una gran mentira, porque tengo los mejores recuerdos de mi vida junto a mi padre. Sí, es lo que están pensando, esa niña soy yo.

Crecí en Guacarí, un pequeño pueblo en el corazón del departamento del Valle del Cauca, ubicado por la vía que conduce a Buga, el pueblo de la moneda de quinientos, el pueblo del samán, un grande, hermoso y majestuoso árbol que atraía turistas de todos lados del mundo. Él conoció mis travesuras de niña y mis picardías de adolescente. Recuerdo que eran hermosos los juegos que de niña jugaba, contemplando la tarde de una linda jornada, el columpio en el palo de mango, los paseos al río, el escondite americano...

En casa los domingos eran especiales, mi rutina empezaba madrugando para acompañar a mi papá a la galería; luego, disfrutar de un desayuno diferente a los del resto de la semana. En seguida, leer las historietas del periódico y resolver todos los juegos: sopas de letras, crucigramas, encontrar las diferencias, laberintos, etc. En casa nunca faltaba el periódico El Espectador del domingo, estaba incluido en la lista del mercado, pero recuerdo que una mañana de 1984 fue diferente: la portada de la revista, que venía a todo color, presentaba a Rodrigo Lara Bonilla, junto a su esposa y sus dos hijos; él acribillado en el norte de Bogotá por los sicarios de Pablo Escobar. Su pecado fue perseguir a los narcotraficantes del cartel de Medellín. Antes que ser el Ministro de Justicia durante el gobierno de Belisario Betancur, era padre de familia. A mis doce años no entendía por qué había hombres capaces de dejar a unos niños sin padre, no me cabía en la cabeza: ¿era posible vivir sin un papá en el hogar?

Según los periódicos Lara se convirtió en el mayor obstáculo del «narcotráfico», ese virus que llegó al país hace más de cuarenta años y que aún vive en medio de nosotros. Pablo Emilio Escobar Gaviria, narcotraficante, terrorista y

representante a la Cámara por Antioquia, era la cabeza del cartel de Medellín, y encontró en Lara a un gran enemigo para llevar a cabo sus planes, pues el Ministro logró expulsarlo del congreso y empezó a destapar sus negocios.

Tristemente, El Espectador también tuvo que registrar el asesinato de su director Guillermo Cano en 1986; del líder del Nuevo Liberalismo, Luís Carlos Galán en 1989, entre otros. Y así prosiguieron una serie de crímenes orquestados por el narcotráfico contra líderes, dirigentes políticos, jueces y periodistas partidarios de la extradición de colombianos a Estados Unidos.

El tiempo pasa, la vida pasa, pero aún tengo en mi mente y en mi corazón, su voz, la voz de mi padre, melancólica y conservadora, que me hizo grande y encantadora. Fui muchas veces atropellada y lastimada por las bicicletas, que al salir a su encuentro se me atravesaban. De ti, papá, todo lo mejor, nunca un mal ejemplo, nunca una mala palabra.

Dormí varias noches en aquel frío hospital, triste y desolador, y me preguntaba por qué un ser como tú se encontraba en un lugar así. Te abracé, te dije te quiero mucho, papá, y te me fuiste para nunca más volver.

A Dios le pido que esta guerra inútil y estúpida, que ha arrebatado a muchos hijos el derecho a crecer con un padre, pronto termine.







ALGUNAS IDEAS SOBRE ESTE EJERCICIO

Veremos que el asunto de la memoria (o las memorias) y la relación *tensa* con el relato histórico ha sido considerado y estudiado por teóricos desde hace varias décadas. De alguna manera, el tema de la memoria histórica está ligado, casi en su totalidad, a las guerras, a los rastros de las guerras. Se empieza a hablar de memoria cuando se empieza a volver imperiosa la necesidad de recordar los hechos violentos para no repetirlos, para *aprender* de las malas experiencias, y para hallarle un sentido (un cierto orden, un cierto juego de causas, razones) a lo que ocurrió.

Leamos, por lo pronto, un par de poemas del argentino Jorge Luis Borges.

Posesión del ayer (1985)

Sé que he perdido tantas cosas que no podría contarlas y que esas pérdidas, ahora, son lo que es mío. Sé que he perdido el amarillo y el negro y pienso en esos imposibles colores como no piensan los que ven.

Mi padre ha muerto y está siempre a mi lado.

Cuando quiero escandir versos de Swinburne, lo hago, me dicen, con su voz.

Sólo el que ha muerto es nuestro, sólo es nuestro lo que perdimos. Ilión fue, pero Ilión perdura en el hexámetro que la plañe.

Israel fue cuando era una antigua nostalgia.

Todo poema, con el tiempo, es una elegía.

Nuestras son las mujeres que nos dejaron, ya no sujeto a la víspera, que es zozobra, y a las alarmas y terrores de la esperanza.

No hay otros paraísos que los paraísos perdidos.

Yesterdays (1981)

De estirpe de pastores protestantes
 y de soldados sudamericanos
 que opusieron al godo y a las lanzas
 del desierto su polvo incalculable,
 soy y no soy. Mi verdadera estirpe
 es la voz, que aún escucho, de mi padre,
 conmemorando música de Swinburne,
 y los grandes volúmenes que he ojeado,
 hojeado y no leído, y que me bastan.
 Soy lo que me contaron los filósofos.
 El azar o el destino, esos dos nombres
 de una secreta cosa que ignoramos,
 me prodigaron patrias: Buenos Aires,
 Nara, donde pasé una sola noche,
 Ginebra, las dos Córdobas, Islandia...
 Soy el cóncavo sueño solitario
 en que me pierdo o trato de perderme,
 la servidumbre de los dos crepúsculos,
 las antiguas mañanas, la primera
 vez que vi el mar o una ignorante luna,
 sin su Virgilio y sin su Galileo.
 Soy cada instante de mi largo tiempo,
 cada noche de insomnio escrupuloso,
 cada separación y cada víspera.
 Soy la errónea memoria de un grabado
 que hay en la habitación y que mis ojos,
 hoy apagados, vieron claramente:
 El Jinete, la Muerte y el Demonio.
 Soy aquel otro que miró el desierto
 y que en su eternidad sigue mirándolo.
 Soy un espejo, un eco. El epitafio.

¿Qué hay en la memoria?

Esta pregunta nos sirve para dar los primeros pasos en nuestras indagaciones sobre los recuerdos y las imágenes que nos rodean. Normalmente, asociamos la memoria al acto de recordar. En ese ejercicio del recuerdo contamos con objetos, relatos, evidencias del pasado. De alguna manera, podríamos decir que el ejercicio de «hacer memoria» es un ejercicio nostálgico.

Al respecto, consideremos estos planteamientos del teórico colombo-español Jesús Martín Barbero:

1.

«Al referirse al pasado, a la historia, los medios lo hacen casi siempre descontextualizándola, reduciendo el pasado a una cita, y a una cita que en la mayoría de los casos no es más que un adorno con el colorear el presente siguiendo “las modas de la nostalgia”».

2.

«Las contradicciones movilizadas en las postdictaduras del “cono sur” trastornan los sentidos del olvidar y el recordar: el olvido es necesidad de sepultura, y el recuerdo exhumación de los cadáveres. Todo lo cual está exigiéndonos una nueva noción de tiempo, correlato de una memoria activa, activadora del pasado, que nos permita desplegar los tiempos amarrados, obturados, por la memoria oficial y nos posibilite hacer estallar el historicismo que sutura al pasado como único depositario de los valores y esencias de la identidad nacional».

(Tomados de «El futuro que habita la memoria». 2000. *Museo, Memoria y Nación*. Ministerio de Cultura. Museo Nacional de Colombia. p.33-64).

Así como la memoria nos permite traer al presente imágenes, datos, frases, sensaciones que producen algunas veces dolor y otras tranquilidad o bienestar, en este ejercicio se propuso que la memoria fuera cómplice para recordar lo que hicimos, lo que vivimos, lo que aprendimos de los otros y con los otros. Para esto compartimos con el grupo el texto de Emma Reyes *Memoria por correspondencia* (2012), que nos permitió pensar que la lectura de aquellas cartas escritas por la artista colombiana podría ser una fuga hacia el interior de cada uno y cada una; un recorrido narrativo y vital para imaginar la construcción de la postal, nuestro ejercicio final. Fue muy importante imaginar a quién queríamos dirigir esa postal: ¿quién podría leer mis palabras?, ¿quién podría ver lo que yo he visto?

Nos parece importante, en este sentido, contarles cómo a través de estos ejercicios reflexivos y creativos con las imágenes y los textos pudimos considerar el hecho histórico de la toma del Palacio de Justicia (Bogotá, 1985). La idea fue conversar sobre lo que dice la historia reciente de Colombia respecto a esta desgracia, pensar e imaginar sobre qué se escuchó en nuestras familias, qué se supo, qué se dijo, para reconocer que además de leer y aprender fechas históricas, tenemos que plantear preguntas, cuestionar, imaginar. Para muchos de nuestros estudiantes este hecho histórico fue una novedad: muy pocos habían escuchado o visto algo sobre lo que ocurrió en ese noviembre de 1985. Fue muy interesante poder ver un video sobre un hombre que alimenta a las palomas durante la toma del Palacio De Justicia (¡mientras los militares y los subversivos se mataban!). Esta referencia visual fue desconcertante y muy necesaria: se les propuso a los integrantes del grupo pensar en las posibles razones que habría tenido el hombre del video para actuar así, como si nada pasara: ¿quién sería ese hombre? ¿Por qué estaba ahí en ese preciso momento? ¿Por qué alimentaba las palomas mientras sucedía ese hecho violento? ¿no sintió miedo? ¿Por qué no sintió miedo? ¿Qué pasaba por su mente en esos momentos? Estas impresiones y reflexiones fueron consignadas en textos breves, que hacían parte del ejercicio de reflexión.

Después de buscar elementos claves para pensar en los procesos de memorias desde una clave sensible, y después de hacer un ejercicio analítico con los textos compartidos, fue necesario pensar en un derrotero de escritura que diera origen al texto de la postal, a partir de la estrategia de creación poética «La historia incompleta» (del Taller de poesía Melibea Garavito Carranza), que consistía en una composición de frases para completar, en una especie de formulario libre para recoger nuestras miradas sobre la guerra y sobre el lugar de los otros y las otras. Así, nos propusimos escribir sobre lo que significó este tiempo juntos, y conversar sobre las ideas, nociones y percepciones que hemos tenido sobre la guerra y el conflicto social colombiano: ¿qué tiene que ver conmigo, mi familia o mis antepasados? ¿Cómo la han vivido y entendido otras y otros?

ALEJANDRA MARTÍNEZ VARGAS

EDAD: 18 AÑOS

Dicen por ahí que la guerra en Colombia es desde siempre, a mí me parece que eso es cierto. Aunque cronológicamente no podemos referirnos a la palabra «siempre», la historia de violencia colombiana es una realidad tan dura y devastadora que ha parecido una eternidad, pero el debate no debe ser cuándo inició sino cuándo va terminar.

Si yo conociera en carne propia a alguien que ha vivido el dolor y el horror de la guerra, le diría que por difícil que parezca su situación lo mejor es aprender a perdonar, pues el dolor y la ira solo alimentan a este monstruo llamado guerra.



Detalle de una pintura del artista William Vargas Gómez, familiar de la estudiante.

ANDREA VÉLEZ

EDAD: 17 AÑOS

Cuando nos reunimos a hablar de la guerra me sentí más colombiana que nunca, no es porque no sienta mi bandera, sino porque lo común es que muchas veces hagamos oídos sordos frente a lo que pasa a nuestro alrededor y sintamos que si aquello no nos involucra de manera directa, no es algo de lo cual tengamos que hacernos cargo.

Cada tarde juntos sentí que podía conocer y ver más de cerca las situaciones que cada región afectada tenía y sigue teniendo a causa de la guerra; sentí más cercano el problema, así como la culpabilidad de hacer caso omiso a esta situación.

Hoy creo que con mis compañeros del taller aprendí a ponerme en los zapatos de la gente que día a día lucha por sobrevivir a un conflicto del cual nadie les preguntó si querían ser partícipes; aprendí también que no hay que estar involucrado directamente en él para ser parte de la solución.

Al final, me llevo de esta experiencia para mi vida y para compartir con otros, que ignorar la realidad de una guerra que ha dejado gente desplazada, personas desaparecidas e hijos sin padres, nos hace iguales o mucho peores que quienes cargan un puñal para perpetuar actos atroces que se quedan en la impunidad. Por ello, se siente tan bien hacer parte de un proceso de reflexión en compañía del bus de los sueños rodantes.



57 **JOSÉ DAVID RENTERÍA HURTADO**
EDAD: 18 AÑOS

Ahora, cuando escucho hablar de la guerra, puedo decir que ha afectado terriblemente a muchos territorios colombianos, quizás más a unos que a otros, pero todo el país entra en un conflicto cuando se le están vulnerando los derechos a una población por culpa de los desplazamientos o guerras que se forman en algún territorio, dado que mientras algunos están sufriendo una problemática por la guerra, otras personas se están manifestando pacíficamente por el bienestar de estas personas. Entonces podría decir que la guerra se presenta en un territorio determinado del país, pero nos golpea a todos y en este momento es donde nos debemos levantar como hermanos de nación o país que somos y apoyarnos, insistir constantemente al Estado el cuidado de estos territorios y la captura de diferentes grupos subversivos que lo único que hacen en el país es golpearlo y devolverlo a los años más tristes y dolorosos que se han vivido en nuestro territorio.



KAROL CARDONA
EDAD: 16 AÑOS

Este espacio es agradable y acogedor. He logrado entender, interactuar con mis compañeros con diferentes puntos de vista e ideas sobre un tema muy extenso, que algunos no comprendíamos muy bien, tal vez por ser muy «profundo»... el tema de la guerra. Seguro han escuchado sobre lo horroroso y terrorífico que acompaña la palabra «guerra», los hechos o sucesos han marcado la historia colombiana.

Tanto así que el ver fotos, noticias, lecturas, nos deja a muchos impactados, asombrados, y con un toque de impotencia, al notar tantas injusticias y no poder hacer nada para cambiarlo. Hoy puedo decir que valió la pena invertir tiempo, para conocer un poco más sobre nuestro país. Comprender la vida de los combatientes, personas que vivieron estos momentos atroces, difíciles de borrar que dejan recuerdos buenos y malos.

También logramos un pensamiento diferente de cómo ver el mundo y cómo diferenciar lo real de lo irreal... Este espacio fue valioso, adquirí muchos conocimientos ligados a nuestro entorno que no tenía muy presente y muchas reflexiones que podrán imaginar.

Buena suerte y hasta siempre, Karol Andrea C.



KAROLYNE GUALDRÓN

EDAD: 16 AÑOS

Cuando nos reunimos a hablar de la guerra yo me sentía impresionada y emocionada de saber mucho más de mi país y de lo que hemos tenido que pasar y de las enseñanzas que eso nos ha dejado. Cada tarde juntos trabajando sentí que podía ser yo misma y dar mis opiniones con libertad.

Creo que con mis compañeros del taller aprendí que en esta vida siempre hay cosas malas, pero que si luchamos y trabajamos duro podemos aprender de ellas. Hoy me llevo de esta experiencia para mi vida, el comprender que este es nuestro país, que esta es nuestra historia y que siempre va a estar ahí.

Dicen por ahí que la guerra en Colombia es «desde siempre» y a mí me parece que sí, que siempre hemos tenido disputas, diferencias y cosas que han hecho que esto suceda. Ahora, cuando escucho hablar de la guerra, pienso que es algo que pasó y sigue pasando, que es algo horrible y espantoso, que nos deja mucha enseñanza y nos deja pensando cosas. Si yo conociera a alguien que ha vivido en carne propia el dolor y el horror de la guerra podría decirle: sé que no fue fácil, sé que fueron momentos dolorosos, pero se puede seguir adelante y luchar por lo que en verdad se quiere, un lugar mucho mejor.

Bueno, gracias por leerme.



LINIBEC VÁSQUEZ

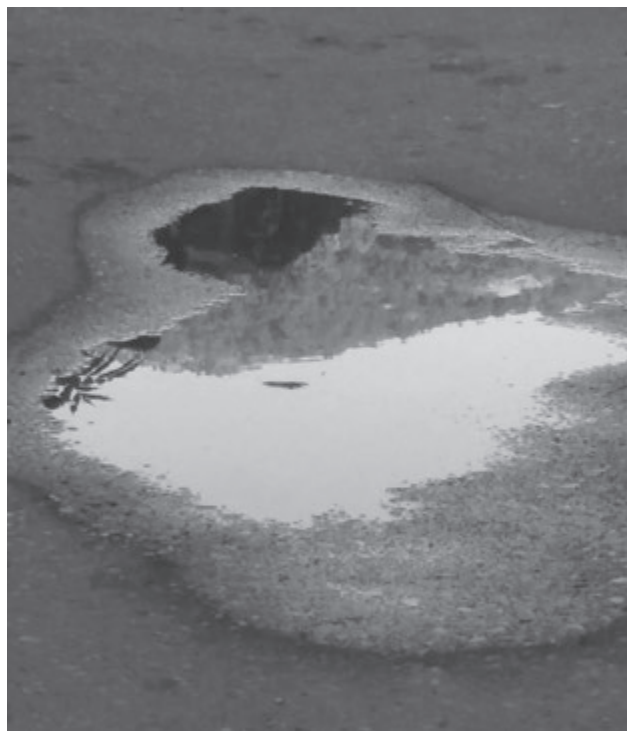
EDAD: 16 AÑOS

Hablamos sobre el tema de la guerra que lleva tiempo y paciencia conocerlo, el recorrer historias desconocidas y cosas que jamás nos imaginábamos que habían pasado. Sin embargo, con imágenes y palabras logramos describir lo que nos producía. Creábamos un tipo aventura, sin necesidad de salir de casa: imaginando.

Estos encuentros son de las cosas que me han gustado en el camino recorrido este año.

Gracias por la acogida en el gran mundo de los sueños.

Linibec.



59 MADELEIN SEGOVIA

EDAD: 16 AÑOS

Si yo conociera a alguien que ha vivido en carne propia el dolor y el horror de la guerra, yo podría decirle esto: no logro imaginarme lo que viviste, pero siento admiración por ti; lograr salir de un golpe tan doloroso no es nada fácil, espero que en algún momento logres ver un cambio como lo esperamos todos, me gustaría conocer más de ti, saber cómo eran tus tiempos, en dónde vivías o si recuerdas algún momento lindo que pasaste con tus familiares.



MARIANA VÉLEZ

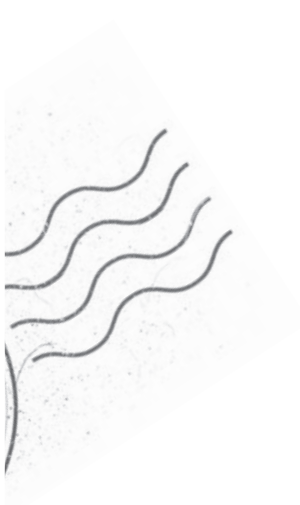
EDAD: 17 AÑOS

Dicen por ahí que «la guerra es desde siempre», a mí me parece que ese «siempre» está sobrevalorado: nada es desde siempre y para siempre, somos nosotros mismos quienes nos hemos encargado de que aquel «siempre» exista.

Cuando escucho hablar de la guerra puedo decir que destruye sueños de personas inocentes a las que les toca luchar todos los días para no quedar salpicados del dolor que causa. Por otro lado, también creo que ha sido un camino para conseguir cosas que antes no se tenían, para ser escuchados y tenidos en cuenta; creo que a pesar de que genere muertes, ha contribuido a liberar a las personas de represiones en su contra...

Si yo conociera a alguien que ha vivido o ha sentido en carne propia el dolor por culpa de la guerra, le diría que tal vez la herida en su corazón nunca sane pero tiene que seguir adelante logrando sus sueños, superando lo que pasó sin olvidar a aquellos que por causa del conflicto se han ido.

Discutir, reflexionar y conversar sobre la guerra fue una experiencia que nunca había vivido y que me dejó enseñanzas nuevas, gracias a que pudimos hablar de este tema sin ningún tapujo. Al expresar con maestros y compañeros nuestros puntos de vista aprendí de los demás y pude compartir cada tema con mi familia, contándoles lo que aprendí en este proceso que llevó muchas horas y días de dedicación. Hoy me siento orgullosa de haber podido culminar el proyecto y compartir mi experiencia con todos aquellos que así lo deseen.



MIGUEL GUTIÉRREZ VEGA

EDAD: 13 AÑOS

Cuando nos reunimos a hablar de la guerra, yo sentí que iba a aprender un nuevo conocimiento. Hoy creo que con mis compañeros del taller aprendí a mejorar mi trabajo en equipo. Es una experiencia muy bonita para guardarla en el corazón y compartirla con otras personas.

Dicen por ahí que la guerra en Colombia es «desde siempre». A mí me parece que... Pero no es verdad, ya que Colombia no todo el tiempo ha estado en guerra. Yo estoy en desacuerdo con todo acto de guerra.

Si yo conociera a alguien que ha vivido en carne propia el dolor y el horror de la guerra, yo podría decirle que puede contar conmigo y así olvidar todo lo malo que ha vivido.



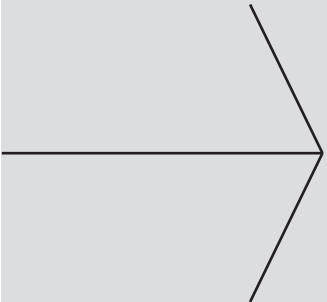
VIOLETA GUEVARA

DOCENTE

Yo descubrí que la guerra no me era lejana, que a pesar de no haberla vivido directamente su historia hacía parte de la mía. Cada tarde juntos, trabajando, sentí que podía reconocirme a mí misma en las historias que leía o escuchaba, así comprender un poco más no solo la crueldad de la guerra en mi país sino la tenacidad de su gente para seguir adelante con sus vidas. Me llevo de esta experiencia para mi vida y para compartir con otras personas la gratitud de haber podido abordar un tema tan complejo como la guerra en Colombia, desde un punto de vista sensible ante el dolor de los demás y con la esperanza de que conociendo su historia podremos evitar ser tan ingenuos al momento de repetirla. Ahora puedo decir que es necesario investigar, indagar en las diferentes versiones de la guerra que nos cuentan, contrastar esas versiones y, sobre todo, tener una actitud de duda respecto a todo aquello que se nos muestra como verdad absoluta.



EL PROBLEMA (NO SOLO) ES LA FOTOGRAFÍA



Esta frase, descontando el paréntesis, la tomamos de la filósofa norteamericana Susan Sontag. Será importante hablar sobre la resonancia que tiene en nuestro proyecto. Para empezar, vamos a pensar que la idea de *problema* la planteamos aquí en un sentido reflexivo: queremos analizar qué podemos hacer con las fotografías. Así como hablamos de problemas matemáticos (situaciones, dilemas, asuntos por resolver) también podemos hablar de problemas en un sentido filosófico, y en este caso vamos a pensar en la filosofía como un campo de nuestra cultura, de nuestra historia, que nos permite ejercer con plena libertad y con pasión el pensamiento. El filósofo checo Vilém Flusser plantea la siguiente cuestión (o problema) en un ensayo sobre la fotografía («Una filosofía de la fotografía», 1999): ¿con qué finalidad se hacen imágenes? Pensemos en esta pregunta. Pensemos en las fotografías que hemos visto a lo largo de este taller. Es muy probable que muchos digamos que estas fotografías sobre la guerra se hicieron con el propósito de conocer la realidad de nuestra sociedad o con el fin de *crear conciencia* frente al horror. Otros diremos que las fotografías, en general, se hacen para guardar recuerdos, para tener una memoria de la vida. Todo esto es válido y es discutible. Susan Sontag nos decía en su libro *Ante el dolor de los demás* (2003) que el asunto con las fotografías que nos muestran el horror de una guerra (el dolor, el sufrimiento) es cómo, cuándo y cuánto nos pueden impresionar. Esta posibilidad, la de impresionar, tiene cierta relación con lo que leímos acerca de la noción de estética que ha trabajado la filósofa Katya Mandoki, cuando se refería al *prendamiento estético*: «cada vez que un sujeto esté prendado sensiblemente de un objeto, sea artístico como un cuadro de caballete o una canción popular, natural como un paisaje rocoso o selvático, y cotidiano como una maceta de geranios o un buen vino al igual que la elocuencia o presencia de una persona, estamos hablando de una experiencia estética» (Mandoki, Revista Aisthesis N° 34. Año 2001). Pensar en la impresión que nos pueden generar ciertas fotografías, como dice Sontag, es pensar en la posibilidad de un *prendamiento estético*. Las

fotografías son un *problema* porque son obras, son creaciones de alguien, son intenciones y formas de mirar y contar. En este sentido, también son leídas y apreciadas como obras. Por eso nos hemos preguntado en este taller si el juicio sobre la belleza o la fealdad de una foto es importante a la hora de juzgar o valorar lo que la foto nos cuenta, la intención que reconocemos en la foto. La respuesta, ya lo sabemos, es que sí. Sí importa. Para Sontag, como veremos, el problema es qué hacemos con estas fotos, y aquí su reflexión se acerca a la reflexión de Todorov: ¿qué hacemos con las memorias? La respuesta podría ser muy práctica: hacemos lo que nos conviene. Los museos de las memorias o los procesos de memorias colectivas son cuestionables por esta razón: solemos recordar las fotografías porque las recordamos como objetos, como obras de arte, como piezas de museo. Luego viene el problema mayor: ¿qué pretenden los guiones de estos museos? ¿qué cuentan? ¿qué relato de sociedad, país, estado o nación arman y sugieren para las generaciones presentes y futuras?

Para Flusser, hacemos imágenes por una sola razón: las imágenes, en este caso las imágenes fotográficas, son la concreción de cualquier posibilidad. (1999. p. 164) Cuando creamos una imagen fotográfica estamos dándole realidad algo que solo era una posibilidad latente: el dispositivo por sí solo no produce las imágenes. Necesita que el fotógrafo lo haga funcionar. Y el fotógrafo por sí solo no produce fotografías; necesita que una motivación lo mueva, y esta motivación, personal o social, es la que hace que la posibilidad latente en él se realice. Hemos mirado fotografías, hemos visto en ellas situaciones distanciadas por algunos años y por las condiciones en las que fueron hechas. Es importante, por supuesto, reconocer el *qué* detrás de cada caso. Por supuesto, reconocer el *qué* nos permite pensar en el *quién* y en el *quiénes*: ¿quién hace la fotografía? y ¿quiénes aparecen en ella? Susan Sontag dice que las fotografías nos pueden conmover o conmocionar (es muy probable que entre más aterradoras, crudas, brutales, más nos impacten) pero no serían suficientes si lo que buscamos es la **comprensión**.

Este libro lo podemos pensar como un primer gesto, un primer paso para trabajar en esa tarea de la comprensión de las imágenes y del contexto histórico en el que son producidas. Y esta comprensión tiene un

alcance que va más allá del aprendizaje técnico y del conocimiento académico: nos mueve hacia los otros; nos da el espacio para considerar el mundo, la vida, y las emociones a través de los ojos de otras personas. Este acto de consideración tiene una consecuencia afortunada: nos permite participar de una experiencia social en la que el acto de compartir es fundamental. Compartir las formas de ver el mundo es una práctica que se ve muchas veces interrumpida por las guerras, porque los lazos sociales se rompen, porque los pactos de confianza se deshacen, porque el dolor, la rabia, la soledad y todas las experiencias tormentosas nos aíslan, nos condenan a la soledad. Con este taller hemos podido hacer una especie de conjuro para recuperar la confianza, entre nosotros como personajes de la comunidad educativa, entre nosotros como familias, como amigos, como vecinos. Y hemos podido imaginar cómo se pueden sentir esas otras personas que han sufrido la guerra de manera directa: las víctimas, sus familiares; los combatientes, los soldados, los asesinos de civiles, los que han violado, los que han torturado —porque ser victimario, como lo vimos, es una infamia y es una tristeza descomunal—. Todas estas consideraciones, todos estos momentos de escucha y de diálogo, todas estas formas de imaginar y de componer imágenes nos ayudan a comprender lo que pasó y lo que aún sigue ocurriendo, y esa comprensión nos pone a salvo de la desolación, nos vigoriza, nos da herramientas prácticas y simbólicas para vivir la vida.

Por esto, ha sido muy grato contar con un espacio como el que hace unos años soñaron las profesoras: un oasis en medio del abatimiento y el aburrimiento escolar, un tesoro entre tantos escombros y tanta basura burocrática. Es un *sueño rodante* porque se mueve a través de las posibilidades de lo sensible, se mueve con la energía de las y los estudiantes, se mueve entre las imposiciones curriculares y las ausencias tan recurrentes (en lo presupuestal, en lo cultural, en lo cotidiano) en la vida escolar. Y se mueve porque la vida tiene esa característica esencial, entre lo quieto y lo abandonado. La vida se mueve.

MIGUEL TEJADA SÁNCHEZ

Abril de 2021





**SIC
SEMPER**
ediciones

sicsemper.co

En este libro se usaron las fuentes: **Acumin Pro** (Robert Slimbach - Adobe Originals), **Inpunt Mono** (David Jonathan Ross - DJR) y **Citizen OT** (Zuzana Licko - Emigre).

CUÁNTO ES SIEMPRE

Memorias y reflexiones del taller de fotografías y relatos del proyecto Sueño Rodante, año 2020. Una experiencia de artes y educación para abordar el tema del conflicto armado colombiano.

**SIC
SEMPER**
ediciones

sicsemper.co

Agradecimientos:

Agradecemos el apoyo de las directivas de la Institución Educativa INEM Jorge Isaacs de Cali para la realización de este proyecto. A las madres, a los padres y a los familiares, y claro, a las chicas y a los chicos que asistieron a los encuentros, para conversar, hacernos preguntas, escucharnos y proponer rutas sensibles y comprensivas, a través de las palabras y las imágenes, hacia las historias de guerra y violencia de nuestro país.

Gracias especiales a María Juliana Soto, Diana Marcela Ríos, Juan Camilo Parra, Xochilán Rojas, Ana Carolina Muriel.

Docentes Institución Educativa INEM

Jorge Isaacs:

Aura Violeta Guevara Figueroa
Aura Margoth Morán Morán
Carmen Elisa Ortiz Ocampo

Docente Universidad del Valle:

Miguel Tejada Sánchez

Estudiantes participantes:

Alejandra Martínez Vargas
Andrea Vélez
Isaac Bañol
José David Rentería Hurtado
Karol Cardona
Karolyne Gualdrón
Linibec Vásquez
Madelein Segovia
Mariana Vélez
Miguel Guitérrez Vega

Edición:

Sic Semper ediciones

Corrección de estilo:

Violeta Olarte Rebellón

Diseño gráfico y diagramación:

Cuántika Studio (Juliana López Vargas, Juan Sebastián Martínez)

ISBN: 978-958-53603-0-3

Cali, Colombia
2021



Esta publicación circula con una licencia Creative Commons BY-NC (Atribución, No comercial). Comparte, copia, transforma, siempre y cuando no hagas uso comercial de este material y cites la fuente.



Institución Educativa
INEM Jorge Isaacs
Unidos en el amor formamos
la mejor Institución

**SIC
SEMPER**
ediciones

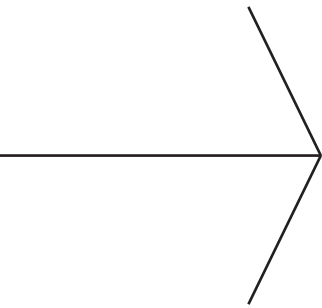
CONTENIDO

7	Introducción
7	Habitar el lenguaje en clave de cooperación: otras posibilidades para aprender
10	¿Por qué será que la gente dice eso?
15	Ejercicio 1
	Autorretratos
31	Ejercicio 2
	Collage
52	Ejercicio 3
	Postal
61	Conclusiones
61	El problema (no solo) es la fotografía

HABITAR EL LENGUAJE EN CLAVE DE COOPERACION: OTRAS POSIBILIDADES PARA APRENDER

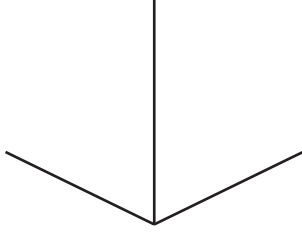
CARMEN ELISA ORTIZ OCAMPO
AURA MARGOTH MORÁN MORÁN
AURA VIOLETA GUEVARA FIGUEROA

Docentes Institución Educativa INEM Jorge Isaacs, Cali



El INEM Jorge Isaacs, una Institución Educativa Oficial de Cali que atiende a cerca de seis mil estudiantes en un total de siete sedes, es el escenario en el que se desarrolla el *Sueño Rodante, el bus de las mil y una historias*. Este proyecto de intervención alrededor de la construcción colectiva de nuevos imaginarios de biblioteca escolar pretende reflexionar sobre el fortalecimiento de las prácticas de producción textual y gestión cultural en la escuela, a partir de un proceso colectivo de resignificación de un bus escolar abandonado como un espacio letrado, que pueda conectar a la comunidad educativa con dinámicas de libre acercamiento al lenguaje.

Alineado a la posibilidad de entender los espacios bibliotecarios desde una perspectiva amplia, el *Sueño Rodante* propone pensarlos más allá de la lectura e incluir en ellos la producción textual como una práctica que, además, involucra la oralidad, la escritura y, en general, las prácticas artísticas y la gestión cultural, como elementos fundamentales de su quehacer. Reconocer en estos elementos la posibilidad que tienen para integrarse y desarrollarse eficazmente desde los diferentes campos del conocimiento, ha contribuido a la generación de espacios pedagógicos en los que los textos son más que palabras, y las relaciones posibles con estos son tan diversas como los sujetos que habitan dichos espacios.



Desde el año 2018, gracias a un trabajo cooperativo entre estudiantes, docentes, administrativos, directivos del INEM e instituciones culturales de la ciudad, se ha llevado a cabo un número importante de actividades que le otorgan al Sueño Rodante la posibilidad de contar con una agenda cultural; una serie de procesos formativos encaminados a fortalecer la consolidación de un grupo base que le permita al proyecto mantenerse a través del tiempo. Entre las temáticas abordadas, tanto en las actividades dirigidas al público como en los talleres de formación están: la promoción de lectura, la conmemoración de fechas importantes, la escritura de crónicas, la elaboración de radio cuentos, la creación de afiches a través de serigrafía, la creación de planes de lectura dirigidos a estudiantes de transición y básica primaria de las sedes del INEM y la creación de clubes virtuales de lectura.

La sistematización de las experiencias pedagógicas vivenciadas durante los dos primeros años del Sueño Rodante, contribuyó a resaltar la importancia de trabajar en la creación de un módulo de formación que pudiera desarrollarse de manera ordenada a lo largo del año lectivo. Además, evidenció el deseo expresado por los miembros del grupo base, de explorar diversas prácticas del lenguaje no verbal como la representación pictórica y la fotografía.

Fue justo durante la planificación del año 2020, en la que se tuvo en cuenta la importancia de pensar una meta mucho más grande respecto a la formación de sujetos sociales capaces de ser críticos con su entorno e incidir en él de manera propositiva, cuando ocurrió la magia del trabajo colectivo y surgió la idea que le dio vida a un proceso formativo de ocho meses, con diez estudiantes y tres docentes pertenecientes al grupo base, quienes voluntariamente decidieron emprender este camino, cuyo resultado tienen ustedes hoy en sus manos.

¿Cómo pensar la historia de la guerra en Colombia desde la escuela? Este fue el interrogante planteado por Miguel Tejada, profesor de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad del Valle. Para responder a esta pregunta se llevó a cabo un proceso formativo a través del cual se establecieron relaciones que permitieron conectar los lenguajes verbal, escrito y fotográfico para reconocer la guerra como una realidad que afecta a todos de diferentes formas, y frente a la que se deben sentar posturas críticas que contribuyan a reflexionar en torno al propósito común de alcanzar esa paz tan anhelada por el pueblo colombiano.

El inicio del proceso coincidió con la declaración de emergencia sanitaria ligada al Covid-19, razón que llevó al equipo a afrontar retos relacionados con las nuevas formas de trabajo virtual y cómo estas debían ser empáticas con las situaciones personales y familiares de cada uno de los integrantes. De manera colectiva, se establecieron acuerdos que permitieron al grupo reunirse cada martes durante tres horas, en estas jornadas se abordaron textos de diversos géneros y formatos alusivos al tema de la guerra; se realizaron conversatorios con fotógrafos profesionales de la ciudad; se generaron reflexiones y discusiones grupales alrededor de las lecturas realizadas y se crearon los planes de trabajo para las propuestas fotográficas y escritas que cada integrante presentaría al final del taller.

El hilo conductor propuesto fue permitiendo encontrar una mirada amplia acerca de la guerra, esta se fortaleció a través del entender cómo el lenguaje escrito y visual posibilita conocer el mundo e interpretar sus fenómenos. El ejercicio de exploración literaria y fotográfica propuesto pretendía no solo descifrar símbolos, sino ser capaces de crearlos desde la posibilidad de expresar lo que suscitan los hechos violentos, el dolor y la barbarie que significa la guerra. A partir de ser consciente del papel que cada uno desempeña en la historia del conflicto en Colombia, la lectura, la escritura y la fotografía, se convirtieron en puentes para establecer conexiones emocionales y reflexivas; para reconocer y comprender las posturas de diferentes actores sociales; para no lanzar juicios de valor apresurados y así llegar a concluir que la guerra nos toca a todos, no solo a aquellos que la viven de manera directa.

En cada uno de los encuentros virtuales, el esfuerzo estuvo dado en lograr que la lectura, la oralidad y la escritura, estuvieran en diálogo constante con la práctica artística. Profundizar en el lenguaje de la imagen contribuyó a develar el interior de cada uno de los participantes, a aprender otros códigos y con ellos representar la realidad. Además de buscar la relación entre imágenes y palabras, hacer uso de la escritura como proceso permitió a los integrantes expresarse de manera auténtica, tomar una postura reflexiva, pensar en cómo escribir para un «otro» que nos lee y vivir la transformación propia en cada intento.

De esta experiencia se destaca que el proceso formativo llevó a implementar estrategias que involucraron activamente a sus miembros; permitiendo idear, planear y crear piezas gráficas y escritas propias; los motivaron a investigar, a conocer la historia y los fenómenos sociales ocurridos recientemente en Colombia, aspectos que la escuela no ha incluido en el currículo de manera formal. Pensar la guerra desde la escuela, ayudó a fomentar el trabajo colectivo, pues fue una constante el escuchar las posturas de los demás, teniendo en cuenta que existen saberes, experiencias vitales y maneras de ver la vida diversas, y que para la construcción del pensamiento crítico es vital poner dichos elementos en diálogo.

El proceso vivido en este espacio de creación textual y visual, contribuyó también a fortalecer el rol del maestro que se propone desde el Sueño Rodante, cuando se asume que como docentes es posible expresar de manera horizontal los puntos de vista, participar de las actividades y generar resultados de igual forma que los estudiantes. Lo anterior permite, por un lado, consolidar procesos y grupos de trabajo en donde se ponen en juego saberes y experiencias, se presentan diferencias y se exponen argumentos que se discuten para la toma de decisiones en colectivo, buscando siempre el interés de sus miembros y el cumplimiento de los objetivos del proyecto; y por otro lado, reconocer que cada uno cuenta con fortalezas que se ponen a disposición del grupo y que el trabajo cooperativo lleva a la transformación de las debilidades en nuevas posibilidades para aprender.

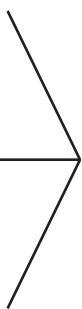
Finalmente, entre los aprendizajes más significativos que deja para el Sueño Rodante esta experiencia pedagógica, está el reconocer la importancia de contar con un proceso de planeación que esté directamente articulado a los objetivos del proyecto y que dialogue con la realidad de la comunidad. De igual manera, reconocer que para querer pertenecer a un grupo o colectivo es necesario que exista la identificación de unos con otros, ejercicio que incluye la diferencia. Esta es una apuesta por construir de manera dinámica y constante espacios de escuela, de convivencia, de prácticas lectoras y de producción textual y artística, que aporten al desarrollo real de una ciudadanía que involucre a los estudiantes, los maestros y sus contextos.



¿POR QUÉ SERÁ QUE LA GENTE DICE ESO?

MIGUEL TEJADA SÁNCHEZ

Docente Universidad del Valle



Lo primero que hicimos fue tratar de ubicarnos respecto al tema de la guerra, y esto implicaba, por supuesto, lanzar algunas (muchas) preguntas: ¿por qué será que muchas personas dicen que Colombia ha estado *siempre* en guerra, o que Colombia es un país que *siempre* ha sido violento? ¿Quiénes son las personas que han participado en esta guerra? O en estas guerras. ¿Quiénes son los que se enfrentan? ¿Por qué se han producido estos enfrentamientos?

¿Qué relación tienen las guerras que ocurren después de la independencia de la colonia española con las guerras de los años más recientes? ¿Será que podemos decir —como mucha gente lo cree— que se trata de una sola guerra muy larga?

Es comprensible que se nos queden por fuera otras preguntas. Pero esta es una buena forma de comenzar a comprender este tema tan complejo. Y nos parece importante, sobre todo, preguntarnos por qué será que es importante trabajar a través del arte con el tema de la guerra. Y claro, este espacio es una oportunidad idónea para pensar en cómo o qué se le puede contar a otra persona sobre la guerra en Colombia. Si tuvieran que enviar un mensaje, un correo electrónico, un audio, o, por qué no, una carta escrita, como se hacía antes, ¿qué les gustaría contar? ¿y a quién?

**¿Cuáles son nuestras
guerras?**

×

¿Cuándo comenzaron?

×

**¿Cuáles son sus
diferencias?**

×

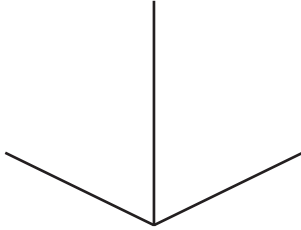
**¿Por qué oímos que las
guerras no han finalizado?**

×

¿Qué es lo que pasa?

×

¿Quiénes?



¿Campesinos?

¿Soldados?

¿Civiles?

¿Guerrilleros?

¿Políticos?

¿Empresarios?

¿Paramilitares?

¿Narcotraficantes?

¿Delincuentes «comunes»?

¿Campesinos?

¿Soldados?

¿Civiles?

¿Guerrilleros?

¿Políticos?

¿Empresarios?

¿Quién da las órdenes?

13

×

¿Quién las ejecuta?

×

¿Quién muere?

×

¿Quién paga?

×

**¿Por qué es importante
hablar sobre esto?**

×

**¿Cómo nos afecta toda
esta historia?**

×

**¿Qué tiene que ver con
nosotros, con nuestras
vidas?**

Después de ver con los estudiantes el documental *El testigo* (Horne, 2018), basado en el trabajo del fotógrafo colombiano Jesús Abad Colorado, decidimos proponer con el grupo base del *Sueño Rodante* un taller de fotografía que nos permitiera acercarnos a la dimensión visual de la guerra, con imágenes propias, cotidianas, tomando como referencia inicial el énfasis que hace Abad Colorado en su trabajo como fotógrafo: la importancia de las pequeñas historias domésticas y cotidianas de las personas que han sufrido de manera directa la guerra en Colombia.

Así, pensamos que este taller de fotografías debería incluir, también, ejercicios de escritura que nos permitieran conocer, entre nosotros, las nociones, las ideas, los recuerdos que teníamos sobre las historias de la guerra en Colombia.

Quedaba pues definir las características de los tres momentos que tendría nuestro proyecto fotográfico.

1. Reconocer las conexiones que existen entre las imágenes que vamos a realizar y el problema (o el tema, el asunto) de la guerra en Colombia.
2. Reflexionar sobre la forma como los aprendizajes técnicos, las referencias que habríamos de conocer —sobre el tema de la guerra y sobre el arte fotográfico— nos permitirían crear nuestro propio relato o nuestras propias imágenes.
3. Reconocer las conexiones esenciales entre los procesos de lectura, escritura y la producción (o apropiación) de imágenes.

Así empezamos.





AUTO- RRE- TRATOS

ALGUNAS IDEAS SOBRE ESTE EJERCICIO

Contar nuestras historias es un ejercicio que se parece mucho al oficio de tejer. Y lo importante de un tejido de historias es que permite que la sociedad se junte y se acerque para conocer, entender y tomar decisiones de manera libre y digna para mejorar sus experiencias de vida. Los tejidos resisten, cubren, protegen, dan abrigo y le dan una textura a la cotidianidad.

Al final, si ese tejido se fortalece con nuestras historias y las historias de otros, las personas que hacemos parte de esta sociedad colombiana tendremos buenas herramientas, desde la ciencia, desde las artes, y desde los saberes cotidianos, para evitar que se repitan episodios tan dolorosos como las masacres, el robo de tierras, el desplazamiento de personas, la desaparición de nuestros seres queridos, y otras situaciones muy dolorosas que han dejado cicatrices en nuestro **cuerpo** social¹.

1. Anotación tomada de la bitácora digital de nuestro taller: mtejadasanchez.com/siempre4

El primer gesto con el que buscamos este tejido consiste en pensar en la forma como nos vemos, como nos ven otros y como vemos a los demás. Hemos pensado en los autorretratos. En un autorretrato con **dos versiones**: mi autorretrato y el autorretrato de una persona imaginaria. Vamos a trabajar con esta pregunta: **¿Cómo estoy?** La pregunta la respondo con mi autorretrato. Lo que vamos a hacer es imaginar que yo le mando este autorretrato a una persona que ha tenido que sufrir, padecer y sobrevivir a esta guerra. Después, esa persona imaginaria nos responde, nos envía su autorretrato respondiendo a la misma pregunta: *¿cómo estoy?*

Lo que buscamos con este ejercicio es jugar a pensar en el otro, en el que está lejos, en el que ha vivido otras experiencias, en el que conoce otras facetas de nuestro país y nuestra historia. Y también buscamos entender que los autorretratos son una forma de decir cómo estoy y dónde estoy (¿qué siento? ¿qué pienso? ¿qué tengo? ¿qué me rodea? ¿qué imagino? ¿qué sueño? ¿qué deseo? ¿qué temo?).

Un autorretrato es una afirmación sobre lo que yo soy. Y no tiene que ser, obligatoriamente, una imagen de mi rostro. Puede ser mucho más. Puede ser algo que tenga que ver conmigo. Un detalle. Un gesto. Un paisaje.

Veamos un ejemplo: yo quiero decir que estoy pensando en la palabra ausencia. Entonces puedo empezar con un poema, o con alguna canción. En este caso, el ejemplo lo hacemos con un poema de Alejandra Pizarnik:

Nombrarte (2001)

No el poema de tu ausencia,
sólo un dibujo, una grieta en un muro,
algo en el viento, un sabor amargo.

¿Y entonces? Pues este puede ser el punto de partida de mi autorretrato. Yo quiero decir que en mi autorretrato está la palabra ausencia, y el poema de Pizarnik me inspiró. Para mí la ausencia puede ser la imagen de mis manos vacías. O de mis manos solas. Y lo que hago es reconocer en esas manos un elemento visual.



Ahora bien, se preguntarán ¿Cómo se vivió este proceso desde un principio para obtener el producto final en esta primera etapa del proyecto de fotografía?

Cada encuentro sincrónico estaba debidamente planeado, se trazaron unos objetivos para cada sesión, al igual que unos contenidos y ejercicios prácticos. La jornada iniciaba con un texto regalo: un texto regalo es, como su nombre lo indica, una obra cuya finalidad es el disfrute del lector y busca contribuir a la comprensión general del tema a tratar en cada encuentro. Por ejemplo, se abordaron textos como *Crecimos en la guerra*, de la periodista Pilar Lozano; *El canto de las moscas*, de María Mercedes Carranza; *Un día maíz*, de Mery Yolanda Sánchez; *El enemigo*, una novela gráfica de David Cali y Serge Bloch; *Unas buenas vacaciones*, de Daniel Ferreira; solo por mencionar algunos. Estos textos regalos ofrecían lecturas de tipo narrativo, poético, audiovisual, sonoro, fotográfico y filosófico.

En un segundo momento, hicimos el ejercicio de reflexión a través de diversas estrategias como conversatorios, foros, debates, visitas de un par de artistas, que permitían seguir una ruta fiable para el logro de los objetivos planteados. Se abordaron diferentes materiales, textos e inquietudes que surgieron en los encuentros. Así, fuimos acercándonos a una visión de la guerra (según cada quien) y al cumplimiento de los propósitos: primero, ubicarnos en un capítulo específico de la guerra colombiana de los años recientes, pensar por qué es importante trabajar a través del arte el tema de la guerra, estudiar la vocación del fotógrafo periodista, hallar la relación entre poesía y música para producirnos emociones y llevarnos a otros lugares o a otros tiempos, a través de la evocación, la nostalgia o el deseo. Y así, otra serie de actividades encaminadas a llevar a cada participante a la escritura de una carta.

Entre las estrategias planteadas estuvo el incluir en la etapa anterior material pedagógico de referencia para consultar de manera voluntaria y ampliar el horizonte de saberes, con el fin de animar y fortalecer nuestras propias ideas y expresiones con las artes en general. Seguidamente, debíamos pensar cuál sería nuestra primera foto, a través de un ejercicio también de escritura; imaginar la foto, describir su apariencia, su contenido y sus posibles historias detrás de ella; sobre todo plantear conexiones entre nuestras vidas y lo que hemos ido conociendo en las sesiones. Así, en este recorrido la lectura, la escritura y otras artes están presentes en todo momento.

Todos estos gestos nos permiten acercarnos a la creación propia: la lectura en voz alta, lectura silenciosa; el observar y analizar material gráfico, mirar la fotografía artística, estudiar aspectos técnicos y conceptuales de este arte, entre otras tantas tareas, se sumaron para crear conexiones con el tema del conflicto armado colombiano, para pensar en nuestras miradas. Es el momento de buscar en el archivo una foto y un recuerdo familiar.

Con el acompañamiento de los profesores responsables del proyecto y una guía didáctica, cada uno(a) inicia la elaboración del autorretrato; se debe responder de manera reflexiva e introspectiva, a través de un ejercicio de escritura creativa, a la pregunta ¿cómo estoy? Se intercambian ideas, comentarios e impresiones sobre esta primera entrega, seguido de un debate colectivo para analizar y considerar el trabajo de los demás. Se debe producir también otra imagen en la que se juega a recibir el autorretrato de otra persona, ¿Quién será esa otra persona? ¿Qué me dice? ¿Qué le dije yo? Se reciben los primeros borradores, se hace de nuevo un ejercicio en colectivo donde se discute sobre la experiencia para reconocer las conexiones, influencias e inspiraciones que tuvimos, entender las dificultades y evaluar el trabajo final.

Autorretrato propio

¿Cómo estoy? ¿Cómo es mi vida? Son preguntas que a diario invaden mi mente, pues nada más con pensarlas o intentar dar respuestas hacen que me quede perpleja, Es muy complicado reconocer y aceptar la realidad.

En mi vida, tan común pero a la vez tan maravillosa, veo un mar de oportunidades, con días buenos y malos, lleno de incertidumbre y esperanza.

Dentro de mi redondel existen diferentes preocupaciones y miedos, al enfrentarlos me queda la zozobra de las decisiones que tomo, sin saber si me llevarán por el camino que deseo. Sin embargo, por amargo que pueda llegar a ser mi día, mi semana o algún momento, siempre al caer el sol mi familia me espera con su calidez y me brinda el amor y la tranquilidad de que mañana será un nuevo día. Así he aprendido, poco a poco, a llevar en mi mirada una pizca de felicidad sin importar las situaciones que atraviese.

Autorretrato propio



Autorretrato del otro

¿Cómo estoy?

Qué rara pregunta. En mi realidad no existe el tiempo para pensar cosas como esas, por eso me resultará muy complicado responderte, querido lector.

Son muy pocos los momentos que tengo para pensar y, cuando lo hago, solo llegan recuerdos de mi madre preparándome el desayuno, mi hermanita agarrando mis juguetes o mi padre levantándose muy temprano a ordeñar las vacas.

Aún siento el dolor que sentí en el pecho aquel lunes, cuando perdí a mi familia. No le deseo esto ni a mi peor enemigo, pues el vacío que dejó en mi alma es mucho más profundo del que dejaría un AK 47, ya te imaginarás. Desde mis diez años ya no existe quién se preocupe por mí, hace mucho no sé lo que es sentir un beso o un abrazo, mi vida y sueños quedaron en el ayer, hoy mi único amigo es el fusil que cargo, que me protege y me ayuda a sobrevivir, la verdad no sé qué haría sin él.

Para mí no existen días buenos ni malos, todos son iguales, ni siquiera un dios a quien pedirle, ése me abandonó desde hace mucho. Lo único que anhelo en estos momentos es poder dormir un rato con la tranquilidad de que no amaneceré muerto.



Autorretrato del otro



Autorretrato

Autorretrato

En el espejo veo el reflejo de lo que soy físicamente. Me fijo cuidadosamente si mi cuerpo está lindo y si mi cara es bonita, pues me preocupa si esa imagen que veo le agrada a la gente a mi alrededor. Una guerra toma lugar en mi interior cuando se impone la percepción del estereotipo de persona que quisiera ser y paso a juzgar la imagen que hay frente a mí.

Muy pocas veces soy capaz de ver a través del espejo lo que verdaderamente debería importarme. Es ese uno de mis errores, pero ¿a quién le gusta aceptar los errores? Puedo admitir que el mirarme al espejo y solo ver el reflejo de una persona que intenta agradar a medio mundo es el peor error que puedo cometer, porque dejo de ser quien soy para ser lo que los otros quieren que sea.

Autorretrato de la otra persona

Aquella ventana rota me resultaba impactante, aunque ya se había convertido en algo usual ver todo a mi alrededor destruyéndose como si fuera la representación del dolor de aquellas familias que, en medio de una guerra, veían caer y morir uno a uno sus familiares, pelados del barrio que no tenían que ver con lo que estaba sucediendo a su alrededor.

Yo, aunque era tan pequeña, me había acostumbrado a esconderme, en las noches oscuras, de aquellas balas que sin rumbo buscaban lugar para hacer daño. En las mañanas, al despertar de aquella pesadilla que se repetía, veía todas las cosas de mi familia rotas y, en sus rostros, el anhelo de la tranquilidad que aquella guerra nos había arrebatado.



Autorretrato de la otra persona

ISAAC BAÑOL
EDAD: 15 AÑOS

Mi autorretrato

Ya hoy son más de 100 días desde que empezó mi encierro, tres meses en los que no he vuelto a la escuela, tienda, parque, etc. Es una experiencia inesperada la que me tocó en esta época de mi vida. Al principio sabía que esto iba a durar mucho pero por algún motivo estaba también un poco entusiasmado. La cuarentena me ha hecho pensar más de lo que lo hacía y reflexionar sobre las cosas que hago y siento. No me costó adaptarme a la cuarentena, era algo sencillo para mí pero todo ha cambiado poco a poco; me aburro muchas veces y empiezo a jugar, leer, hacer tareas, ver películas. A pesar de acostumbrarme, tengo ansias de volver a salir porque extraño muchas cosas que hacía, es como un sentimiento raro de querer salir y hacer todo lo que me gustaba.

El autorretrato de otra persona

Ha pasado mucho tiempo. La trinchera no es tan cómoda, tampoco puedo moverme mucho y hace tiempo que he entrado sin volver a salir. Hay una guerra y debo de estar a la defensiva para que yo mate al enemigo antes de que él me mate a mí. Es difícil estar aquí sin hacer nada, solo puedo leer el manual para conocer al enemigo y estar preparado cuando llegue el momento de atacar.

Durante esta estadía rudimentaria he visto la foto de mi familia. Los extraño mucho. Ahora tengo el compromiso de aniquilar al monstruo, al asesino, al malo; debo hacerlo, pero ¿hasta cuándo tendré que esperar? He decidido disfrazarme para poner fin a este encierro y poder al fin regresar a la vida que tenía.



Mi autorretrato



El autorretrato de otra persona

21 **JOSÉ DAVID RENTERÍA HURTADO**
EDAD: 18 AÑOS

Autorretrato

¿Quién soy yo? Soy una pequeña porción de materia que se expande por todo el espacio o quizás soy un punto blanco en la tierra, compuesta por miles de colores, donde ninguno se repite con el otro. A lo mejor ninguna de las ideas anteriores me describe y solo soy una molécula que se acentuó en un territorio determinado y empezó a evolucionar hasta llegar a un cuerpo humano. Tal vez hoy me observo en el espejo y veo una fiesta de sentimientos positivos en mi rostro, pero posiblemente me levante mañana y aprecie en ese espejo un mar de lágrimas y de sentimientos encontrados, ¿acaso esa descripción soy yo? Tal vez no hable a fondo de quién soy yo, quizás me faltó decir que el reloj de pared marca el inicio y el final de una etapa cada 24 horas, o que simplemente se detiene antes de cumplir su ciclo y ninguna batería lo recarga. A lo mejor ahora sí soy yo pero, claro, nunca debemos olvidar que la brújula tiene 4 direcciones y todo esto puede cambiar con el simple hecho de aplicar un movimiento.

Autorretrato



Autorretrato de la otra persona

La verdad yo soy un libro abierto. A lo mejor con un inicio con bastantes obstáculos para afrontar, un nudo que la verdad no tiene palabras para ser explicado, son solo hojas robadas y un final en proceso, lo que me lleva a pensar que el final de mi libro es solo un inicio con otro nombre. Quizás te conté toda mi vida en un párrafo, pero en realidad no lo hice, solo te conté lo que viví y vivo junto a mi familia. Si nos vamos a una historia personal, te contaría que el río más cristalino reflejaba un trabajo inolvidable, te contaría que las manos con las que trabajo mantenían llenas de granos y arena, y que tuve a mi lado mascotas memorables –que tristemente no las volveré a ver–. Quizás ya sabrás quién soy, pero podrás estar equivocado, porque yo no soy uno, yo soy toda la población afectada por la injusticia, yo soy la mano de obra, soy la razón por la que todas las personas tienen alimentos en sus casas. A lo mejor me verás en unos años, afrontando las mismas consecuencias de ahora, pero siempre con el rostro en alto y pensando en los demás, antes que en mí.



Autorretrato de la otra persona

KAROL CARDONA
EDAD: 16 AÑOS

Mi autorretrato

Mi felicidad está en la alegría de sentir la satisfacción de mostrar los logros alcanzados, sentir que estoy viva, libre, tranquila y segura. Lo emocionante de todo esto es experimentar en el interior de mi alma, mi mente y mi cuerpo, un suspiro de íntegro aliento. Reconozco la libertad de pensamiento, que me deja como enseñanza la cordura y la curiosidad para soñar. Gano un poco de sabiduría para luchar, jugar con mi imaginación y buscar paz y tranquilidad. Finalmente creo que lo que suele parecer difícil o imposible es más fácil y posible de lo que a veces todos creemos, si lo intentamos.

El autorretrato de la otra persona

No tengo a donde ir, ni más por qué luchar que por mi gran anhelo, «sólo vivir». ¿Cómo? disfrutando cada momento al máximo, cada instante como si fuera el último.

Impactada por la violencia e impotente por la ignorancia, conmovida por la tristeza de este mundo y un miedo que invade todo mi ser, agobiada al ver tanto sufrimiento y a veces pensando en que mi belleza es una incomodidad, por el miedo que me produce llegar a ser subyugada por el deseo de otro. Así es, y en medio de todo cuento con una fuerza extraña, que surge desde mi alma y que me impulsa por encima de todo a ser, hacer y tener la satisfacción de cumplir con lo anhelado.

Mi autorretrato
Karol superpuso una foto de su rostro sobre una foto de Jesús Abad Colorado.



Autorretrato de la otra persona
Foto de: Jesús Abad Colorado

23 **KAROLYNE GUALDRÓN**
EDAD: 16 AÑOS

Mi autorretrato

Soy una persona amorosa, amable, que tiene mucho cariño para entregar, aunque muchos piensen todo lo contrario y crean que soy fría y a veces rara. A veces me siento feliz y animada, también hay días en que no doy más y me siento confundida, ansiosa, con ganas de nada. Al final del día siempre hay quienes que me hacen salir adelante y me muestran que soy luchadora y que puedo ser feliz cuando yo lo decida.

Autorretrato de la otra persona

A veces creo que no puedo más, la muerte de mi familia me hunde y me hace sentir sola, confundida y con mucho miedo, pues no sé si pueda aguantar y volver a pasar por esto, iesto tan horrible que tuve que vivir! Todas las noches solitarias en mi casa me hacen pensar que estoy derrotada por la tristeza y la rabia que recorren mi cuerpo. Sin embargo, después de tanto tiempo, decidí luchar, mirar hacia adelante y un poner, por mi vida y mi felicidad, un poco de tranquilidad en mi triste alma.

Mi autorretrato



Autorretrato de la otra persona

LINIBEC VÁSQUEZ

EDAD: 16 AÑOS

Autorretrato

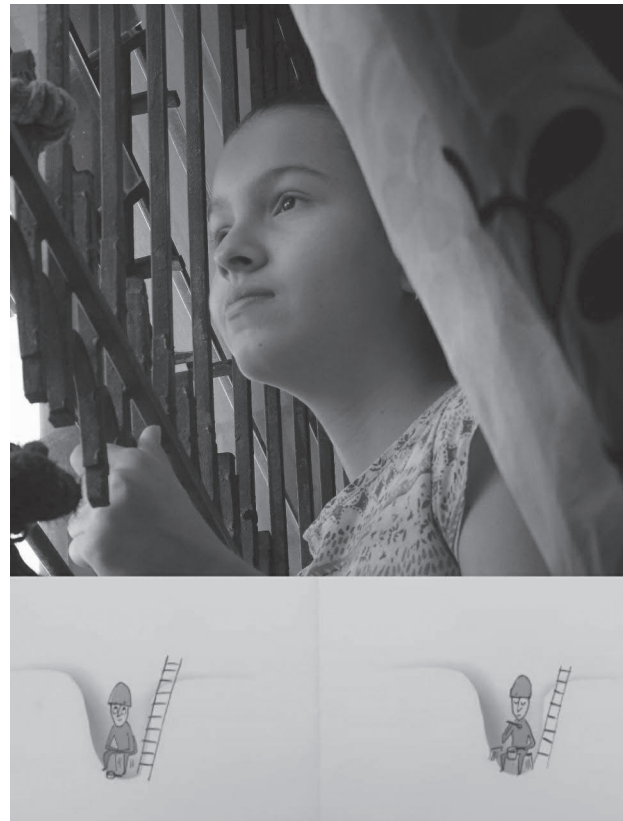
Soy Linibec, una estudiante de 15 años, exploradora y curiosa por conocer lo más profundo de la guerra, poco a poco, historia tras historia, me doy a la tarea de conocer este tema. Nos encontramos en un mundo lleno de sueños y pensamientos generados diariamente por nosotros mismos, también me encuentro en un espacio que genera interrogantes, curiosidad por saber más, lleno de murmullos en un mar de ideas y razones para convertir este tema en algo más extenso: la guerra.

Autorretrato de la otra persona

Soy un combatiente de la guerra, vivo abrumado por mis pensamientos, pensando si algún día saldré de este agujero, si aún tengo posibilidad de reencontrarme con mis familiares; si mi enemigo es realmente un monstruo o una persona como yo, capaz de transmitir sentimientos a otra, o si hay algo que lo motive a salir con vida de aquí.



Autorretrato



Autorretrato de la otra persona
*Linibec usó como referencia imágenes del libro **El enemigo**, de Davide Cali y Serge Bloch (2019).*

25 MADELEIN SEGOVIA

EDAD: 16 AÑOS

Autorretrato



Autorretrato

Sueño con un país en el que los niños puedan salir a jugar. Sueño con que los padres no sientan miedo de no volver a ver a sus hijos, ni tengan que refugiarse hasta que pase un enfrentamiento entre pandillas. Mi madre desde pequeña me decía: «tú naciste para ser una líder, desde niña te gustan los documentales, conocer la historia de tu país, además has pasado por momentos en los que tu vida ha estado en peligro». La primera vez que mi vida estuvo en riesgo fue cuando mi madre, estando embarazada, presencié el asesinato de un hombre en la panadería donde trabajaba. Me cuenta que dispararon muchas veces, pero ninguno le dio a ella.

En el barrio donde me crié se ve mucha violencia, muertes a diario de jóvenes que siguieron un «mal camino», muertes de amigos porque vieron algo que «no se podía ver», muertes de familiares porque se confundieron o simplemente porque se parecía a otro que buscaban. Un sinfín de casos presenciados desde niña hasta joven. Aun así, todavía creo que algún día puede llegar la paz o la justicia.

Autorretrato de la otra persona

Tengo presente aquel día como si fuera ayer. Es un recuerdo que nunca se borrará. Vi cómo mataron a mi esposo frente a mí. Eso fue y será lo peor, y ahora solo puedo pensar en él; en el ser tan maravilloso que era. Tengo que contar todo aquello por lo que pasé. Y decir que todavía creo en la paz, esa es la única esperanza que aún no pierdo. Quiero que los jóvenes entiendan que la violencia nunca será el camino.

Autorretrato de la otra persona



MARIANA VÉLEZ
EDAD: 17 AÑOS

Autorretrato



Autorretrato

Miro mi vida y me doy cuenta de que estoy creciendo como persona junto a mi familia. Escribo mi historia sin arrepentirme de nada, pues cada vivencia es una enseñanza que ayuda a mi formación personal. Con cada experiencia que vivo descubro mis gustos y hago conciencia de mis desventajas y ventajas, con esto creo una escalera en la que cada día un peldaño nuevo aparece.

Hoy puedo sentirme orgullosa de muchas cosas que he hecho y no tan orgullosa de algunas otras. Trato de mantener vivos mis sueños y metas, teniendo claro los objetivos que quiero alcanzar para hacer sentir orgullosa a mi familia. No sé qué tan largo o corto sea mi camino, pero estoy segura de que intentaré siempre brindar una sonrisa pase lo que pase, pues soy una niña soñadora que espera tener todo lo que en algún momento se propuso. Para esto cuento con un camino por recorrer y lo que pase o descubra en ese camino te lo contaré luego.

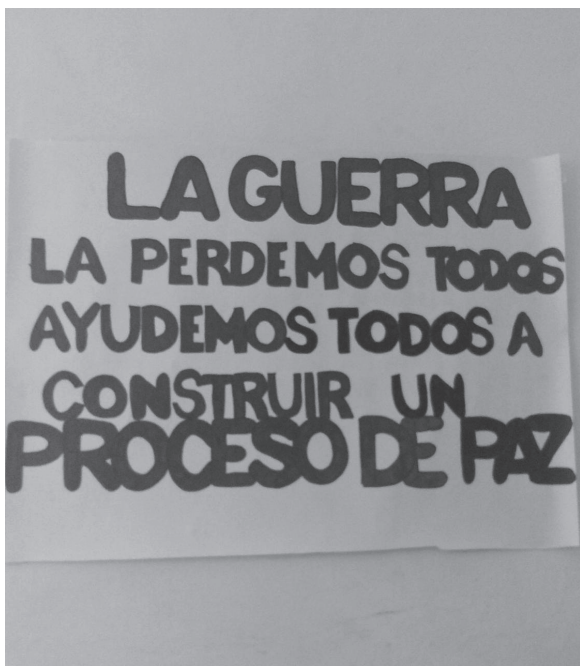
Autorretrato de la otra persona

Ese día nada era normal, la guerra tenía azotado nuestro territorio, todo estaba destruido y entre ello la esperanza de mi pueblo. Era el día de mi boda, todos hablaban y decían que mi esposo y yo estábamos locos por casarnos luego de aquel atentado. Para nosotros aquellos comentarios estaban en un segundo plano pues nos amábamos y eso era lo verdaderamente importante.

No puedo negar que el miedo en ese instante era grande pero, sin importarnos eso y los comentarios de la gente del pueblo, decidimos entrar a aquella iglesia sellando nuestro amor con un «sí, acepto» que, estaba segura, nos llevaría a crear nuestra felicidad.

Relato inspirado en la fotografía de Jesús Abad Colorado: *una pareja se casa en Granada, Antioquia, el día después de una masacre.*

Autorretrato de la otra persona



El autorretrato de la otra persona realizado por Mariana, toma como referencia el cartel que estaba junto a la puerta de la iglesia ese día.

27 **MIGUEL GUTIÉRREZ VEGA**
EDAD: 13 AÑOS

Soledad de una persona

No es la soledad lo que embellece la vida de las personas solas. Y ahí estaba, solo, sin nadie, aislado de la gente, pensando en mi sufrimiento, en mi agonía, imaginando un mundo sin bondad, un mundo sin tolerancia, un mundo donde todo era un caos. No sabía que estaba imaginando la verdad del mundo al que me daba miedo salir en ese momento. Pensé que había soledad en los hombres sin bondad.



Soledad de una persona



Mi texto-autorretrato

Mi texto-autorretrato

Puedo decir claramente, si mi memoria no me engaña, que he sido siempre una mujer privilegiada. Crecí rodeada de una familia en la que la crianza se considera una práctica colectiva, razón por la que cada miembro se involucró en la enorme labor de brindarme condiciones para crecer sana y feliz en medio de las dificultades normales de un hogar que había encontrado en Cali la posibilidad de una realidad más amable que la que vivían en un pueblo pequeño en el que nacieron y crecieron los abuelos maternos.

Aunque la vida en el campo fue un tema de conversación constante en mi casa, por mucho tiempo viví apartada de aquella realidad que generaba añoranza entre mis familiares. La relación que establecí con la vida en el campo se dio, sobre todo, gracias a todo lo que veía en los noticieros acerca de una guerra que encontraba, en aquel idílico lugar, la lejanía, el silencio, el miedo y las víctimas para instaurar ahí su maquinaria de dominación y odio.

Ser madre y docente me encaminó a querer comprender el mundo desde una perspectiva menos cómplice. Con el palpito de la sangre indígena y campesina corriendo por mis venas, he decidido no olvidar, ser consciente de que el sometimiento del pueblo colombiano es una historia que nos conecta a todos pero que nos atraviesa de diferentes maneras. Y que es desde ese lugar particular donde debe surgir el accionar, guiado en mi caso por el sueño de poder alcanzar mejores condiciones para la escuela, donde sea posible pensar diferente a como nos indican los que mandan.



El texto-autorretrato de esa otra persona

El texto-autorretrato de esa otra persona

Mi testimonio está marcado por la crueldad de una guerra que nos habita desde niños a quienes nacemos en este lugar de contradicciones y distopías; recorre nuestro cuerpo de igual manera que la sangre roja y espesa, y así como esta, a algunos nos acompaña a lo largo de toda nuestra vida sin que podamos apartarnos de su existencia.

Yo he sido protagonista en sus escalofriantes escenas. La barbarie y la desesperanza llegó hasta mi pueblo hace mucho tiempo vestida de camuflado. Entre disparos y enfrentamientos vi la muerte de frente llevarse a mis familiares y vecinos, soporté la frustración que causa el abandono de un Estado terrorista para el que no somos nadie y, en contra de todo pronóstico, aprendí a huir del dolor y sobrevivir en este pedazo de tierra que me niego a dejar atrás.



Autorretrato

Autorretrato

Me preguntan que cómo estoy. Yo no lo sé, porque al mirarme al espejo me veo bien –diría yo–, pero me duele el alma. Solo la fe en mi Dios me fortalece y me anima cada día. Sé que no soy la primera ni la última, eso no es consuelo. Tú, que eres otra víctima de esta absurda guerra creo que me entiendes.

Una cama vacía, unos libros sin leer, y ellas también llorando por su partida: una guitarra que ya no da serenatas, una trompeta desafinada por el desuso, una flauta... Se me vienen a la mente las líneas de una canción «...y por más drogas que uses y por más que nos abuses, la familia y yo tenemos que atenderte...»

Más de cincuenta años de guerra en nuestro país, la guerra contra el narcotráfico. Atentados, extorsiones, bombas, vacunas, desaparición forzada, miles de muertos inocentes. Todo por la droga. La maldita droga que solo ha dejado hogares sin padres, sin madres, sin hijos; violencia que se lleva los sueños de muchos jóvenes, criados con amor y con el mejor ejemplo. Es una tarea difícil protegerlos de la violencia. También duelen los que a diario mueren porque la fuman, su muerte es lenta, esos a mí me duelen mucho más.

Se llora por aquel que estando en casa está ausente, pero más se llora por aquel que se fue de casa para nunca más volver. Duele el cuerpo, duele el alma, duele el corazón de quien se preocupó y aún piensa en esa personita que siempre será su niño amado. Confío en que mis lágrimas no serán en vano, debes saber que el amor de madre nunca muere. Lo que me mantiene de pie es la fe, esa sigue intacta. Tú nunca la pierdas, por favor.

Finalmente, me encomiendo a la virgen María, para poder enfrentar el dolor como lo hizo ella hasta el último minuto con su hijo en la cruz. Duele, duele, duele, ¡ayyyy! Cómo duele ser madre.

Att: mamá colombiana.

Autorretrato

Autorretrato



Soy polvo de estrellas.
Fuerza que palpita en cada poro.
Un entramado de tango y poesía.
Soy el alma de mi madre y el corazón de mi padre.

La que cree... en ella, en otros.
La que confía, ríe, y llora leyendo a Bonett o a Carranza.
La que espera, a veces sola...
La que conoce el sabor de la tristeza.
La que intenta que cada amanecer sea una canción de libertad.

Y a veces, siento que soy otra...
cuando me dejo invadir y llevar por las miradas infantiles regalándoles sueños y palabras...
Esa otra me complace y me llena, me llena de esperanza...
¡Si fuera a morir hoy! Ella, claramente, tendría varios deseos por cumplir...
Habitar una escuela arcoíris, para todos y de todos, con olor a vida,
llena de rostros limpios de sangre.
Sin gritos, índices señaladores o el mensaje de rumor de balas en el viento o en la memoria.

También quisiera días simples, justos y tranquilos,
con olor a manzanilla y a albahaca blanca, a pan caliente, a café recién molido.
Desearía no olvidar el olor de los libros viejos,
las charlas con amigos y la música de Pablo Milanés.

!Y Hoy que sigo viva!, solo quiero no perderme, no perderla,
no dejar de desear mejores días.
Hoy, invierto la mirada y busco hasta encontrarla.
Porque su presencia me reclama un pacto conmigo misma,
El de no dejar de ser, la que quiero ser.

El autorretrato del otro

Esa mujer de corazón de Paloma

Porque la locura y el dolor me enseñaron la fuerza y el valor.
Porque al ver correr las aguas torrentosas, supe que entre el vaivén que sacude los peces, se escuchan los gritos de mi pueblo.

Porque siento que la muerte de otros, va alimentando la mía.
Porque en la sororidad hallé consuelo para esperar al río, y desear que un día no muy lejano, me devuelva a aquel que no dejo de extrañar.

Soy yo, la hija y esposa de alguien, la de las manos duras, los ojos vidriosos color de lágrima y la voz segura, la que no flaquea, la que sale a diario a la ribera pantanosa con el deseo de ofrecer una despedida real a los hijos de la guerra.

Fuente de inspiración: *Érase una mujer. II Los muertos de ellas* (2014).

Autorretrato de la otra persona



CO- LLAGE



ALGUNAS IDEAS SOBRE ESTE EJERCICIO



Cuando hablamos de una poética de la fotografía nos referimos a la posibilidad de que las fotografías puedan ser concebidas, realizadas y leídas en una actitud de sensibilidad que dice algo más o sugiere otras posibilidades que superan el registro documental o periodístico de la realidad. En algunas ocasiones, esta poética en la fotografía se asocia a un género en particular dentro de la historia de la fotografía: la fotografía artística. Es decir, la fotografía que se hace con fines estéticos que no obedecen a las necesidades del género periodístico o el género de la fotografía comercial. En principio, los artistas que hacen este tipo de fotografías tienen la libertad de registrar y componer sus fotos según criterios muy personales, y la elección de momentos, sujetos y objetos, se realiza de manera muy personal, muy subjetiva ¿Reconocemos la diferencia entre una foto comercial y una foto artística?¹

1. Anotación tomada de a bitácora digital de nuestro taller: mtejadasanchez.com/siempre5

Con estos dos objetivos generales iniciamos la segunda parte del taller:

1. Reflexionar sobre la importancia de los procesos / proyectos / actos de memoria en nuestra sociedad, en nuestras comunidades y en nuestras familias.
2. Reflexionar sobre los *abusos de la memoria*, como decía Tzvetan Todorov: ¿En qué consisten estos abusos? ¿Por qué el culto a la memoria y la necesidad de no olvidar pueden ser problemáticos?

A partir de estos objetivos formulamos una pregunta que nos permitiera entender el sentido del trabajo: ¿Qué hacemos con las memorias recuperadas / rescatadas del olvido?

Este segundo momento de nuestro proyecto fotográfico fue una suma de imágenes y textos escritos, un proceso de arqueología mediante el cual se compone y reconstruye la vida de un personaje. Como inspiración literaria para la creación del texto escrito que acompaña las imágenes del collage, se abordó con el grupo la historia infantil titulada *Guillermo Jorge Manuel José*, escrita por Men Fox e ilustrada por Julie Vivas (2011). La narración desarrolla el tema de la memoria a través de la búsqueda que emprende su protagonista para entender esta noción desde diferentes perspectivas. Este niño vive al lado de un hogar para ancianos y allí tiene varios amigos, entre ellos la señorita Ana Josefina Rosa Isabel, quien por tener cuatro nombres al igual que él se ha ganado un lugar especial en su corazón. Al darse cuenta de que su buena amiga tiene dificultades para recordar, el niño decide ayudarla; su estrategia es motivar en ella el ejercicio de recordar usando una serie de objetos que para él son especiales, y que activan en ella los sentidos, ayudándole a traer a su realidad aquellos momentos más significativos de su vida.

La propuesta planteada para la elaboración del texto escrito consistió en la creación de una historia que girara alrededor de un personaje ficcional, cuyo requisito fuera que en el proceso de su composición y (re)construcción, debería aparecer algún detalle que conectara la trama del relato con la historia de la guerra en Colombia. Las fotografías fueron entonces, una analogía de los objetos usados por Guillermo Jorge Manuel José para activar los recuerdos de la señorita Josefina; en nuestro caso, dichas fotos estarían inspiradas en imágenes encontradas en casa o en imágenes que familiares o amigos nos compartieran, para imaginar la vida de ese personaje. De esta manera, la selección de diez fotografías generaba las pistas, las huellas y los elementos vitales de alguien que ha perdido la memoria y que empieza a aparecer de manera paulatina; la idea con este ejercicio de ficción fue entonces rescatar del olvido la vida de nuestro personaje.

Para Todorov, el acto de hacer memoria, recuperar testimonios y exigir que se conozca la verdad sobre los hechos pasados es un derecho que está por encima de toda discusión legal o burocrática, sobre todo si los hechos referidos han significado dolor, humillaciones y desgracias a las personas. Hasta aquí, las cosas parecen claras. Tenemos derecho a recordar. Ahora, ¿Qué pasa cuando queremos olvidar? ¿Tenemos también derecho a olvidar?

Más allá de las razones que justifiquen este derecho al olvido, lo que Todorov señala son las operaciones de selección que existen en los actos y los gestos de memoria, y es aquí cuando comienza lo verdaderamente complejo de este fenómeno humano.

La memoria se vuelve un campo y una experiencia de disputas, pugnas, batallas por ocultar, borrar o por sacar a la luz. Unos quieren borrar los rastros para no ser juzgados por sus actos; otros quieren desenterrar esos rastros para exigir justicia (o por lo menos para saber qué pasó, para conocer la verdad), y otros quieren olvidar, porque el recuerdo de los hechos violentos les produce un inmenso dolor o en ciertos casos mucha vergüenza.

Es normal que uno se pregunte cuál es el punto de equilibrio ideal en estos asuntos de la memoria histórica y las memorias de las comunidades. Tal punto de equilibrio puede ser un espejismo, porque lo que vamos a encontrar a cada paso es que las memorias, como gestos, como símbolos, como objetos o como relatos, como información, están llenas de aquellos abusos; es decir, están llenas de gestos humanos, de mentiras, de vacíos, de exageraciones, de errores, en fin, y también de emociones y de sueños. Encontrar un punto de equilibrio allí puede ser tan complicado como encontrar silencio, calma y quietud en una feria de bailes, en un carnaval.

En este sentido, puede ser de más utilidad preguntarnos cuáles son los usos que hacemos de nuestras memorias: ¿Qué hacemos con los recuerdos, con las imágenes que guardamos o con las que olvidamos? ¿Para qué lo hacemos? ¿Para quién? Tener en cuenta esta última parte de la pregunta sería muy importante para nuestro último ejercicio.

Nuestra consigna fue: ¡escribamos este relato a partir de estas imágenes y lo que evocan o suscitan en la memoria!

Verde Fuego

Era un día como cualquier otro, así que me levanté muy temprano para ayudar con los deberes de la casa. Las clases habían sido suspendidas unos días antes, pues a la profesora Mercedes le tocó salir huyendo de acá del pueblo. Ella no era la primera que recibía amenazas, la verdad eso me tenía muy triste pues fue la única maestra que me tuvo paciencia.

Como de costumbre, yo era el primero en levantarme, el resto de mis hermanos aprovechaban que no había clases para dormir hasta más tarde. Mientras mi padre había bajado a la feria a negociar unas gallinas, mi madre y yo nos quedamos en casa preparando el desayuno. Me gustaba verla amasar y preparar esas deliciosas arepas de trigo.

Mi mamá y yo nos sentamos en el balcón a tomar tinto y contemplar las hermosas montañas que nos rodeaban, mientras esperábamos a que el arroz estuviera. Ella solía contarme las travesuras que vivía con mis tíos en estas tierras cuando eran niños. Entre historia e historia el tiempo pasó volando y fue el olor a quemado el que interrumpió abruptamente nuestra conversación.

En cuanto mi madre salvaba lo que quedaba de arroz, yo salí a esperar a mi padre, pues ya habían transcurrido casi tres horas desde que salió, algo muy raro en él, pues nunca demoraba más de hora y media en regresar. El resto de mañana y tarde fueron algo aburridas pues, en ausencia de mi padre, a mis hermanos y a mí nos tocó atender la finca.

Al finalizar regresé a casa, me pegué una ducha y entré a la habitación de mis papás; sentada frente al tocador estaba mi madre sosteniendo un rosario entre sus manos. Me quedé viéndola y de pronto vi cómo dejó lo que hacía, se paró y empezó a alistarse.

—¿Ma para dónde va?— le pregunté

—Al pueblo, mijo, mire las horas que son y su papá no aparece.

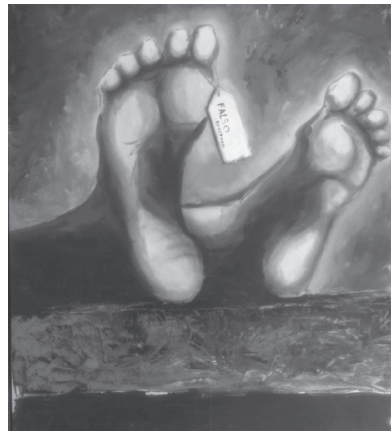
La angustia empezó apoderarse de mí. Seguí con la mirada todos los movimientos que hacía,

le rogué que me dejara acompañarla pero se negó. Cuando salió me dio mucho miedo dejarla ir sola así que decidí seguirla, dado que ya el sol se ocultaba y los caminos se ponían peligrosos. Caminamos por un largo tiempo, procuré mantenerme a una distancia prudente para no ser visto.

Faltaba poco para llegar al pueblo cuando de pronto una explosión muy fuerte aturdió mis oídos. Salí corriendo para alcanzar a mi madre pero ya no la vi. La desesperación empezó a bloquear mi mente. Seguí el único camino que daba a la feria y cada que me acercaba los gritos y balazos se hacían más claros. En el sitio todo era un caos, la gente corría de arriba a abajo y los guerrilleros boleaban plomo por todas partes, sentí mucho miedo.

Corrí a la tienda de doña Juana para protegerme mientras, con la mirada, buscaba algún rastro de mis progenitores. Fue justo en un instante en el que el tiempo se paralizó y tuve frente a mí la imagen de mi mamá, mi hermosa madre arrojada, sometida como un animal, con sus manos atadas. Solo en cuestión de segundos su cabeza fue atravesada por la bala de un fusil.





ANDREA VÉLEZ
EDAD: 17 AÑOS

Recordando junto a ti

20 años atrás.

Aquella niña llamada Esperanza corría por su vida mientras dejaba atrás su pueblo y el lugar donde nació: Apartadó. Este lugar estaba viviendo una guerra entre los paramilitares y las FARC por el control de la zona. Mientras corría veía hacia atrás y solo veía un enfrentamiento que estaba acabando con todo a su alrededor y, al ser una niña, no se explicaba cómo podían existir personas capaces de desaparecer todo sin importar nada. Corría y corría, trataba de encontrar a su familia, tal vez a su abuela o su madre o simplemente a alguien que le explicara por qué tenía que salir huyendo como si fuera la culpable. Más adelante encontró a su madre, quien la agarró fuerte y desesperadamente, ahí Esperanza perdió lo que su nombre le daba, pues fue en aquel momento cuando se dio cuenta de que el cuerpo de su abuela estaba tendido en medio de la calle con una bala que atravesaba ferozmente su cabeza y no, para nada era una imagen en la que imaginaba a su abuela, tal vez a otra persona o simplemente a nadie, pero no, era su abuela y era tan egoísta que decía -no puede ser mi abuela- ¿pero la de otra sí? Y ahí comprendemos mucho más que la vida nos puede quitar lo que ella misma nos da. En su funeral, aquella niña destrozada mental y físicamente todavía no podía creer el hecho de que fuera su abuela la que estuviese en aquel ataúd, ni siquiera pensó en separarse y el aferrarse a aquellos recuerdos era lo que no le permitía salir de aquel lugar que le hizo tanto daño.

Hoy después de tantos años iba a visitar a su abuela. Le atormentaba mucho desmoronar aquel pasado que no la dejaba dormir en repetidas ocasiones y que había hecho de ella una mujer cohibida y temerosa de lo que hay afuera, había perdido la fe en recuperar su vida, su pueblo y encontrar a las personas que hicieron imposible su sueño de vivir en paz.

Antes de entrar al cementerio decidió recoger algunas cosas para recordar junto a la tumba de su abuela la vida que llevaba junto a ella en el pueblo, al llegar se arrodilló y, con tantos recuerdos, el llanto fue inevitable. Dijo en susurros: -Abuela, te he traído unos regalos que nos harán recordar a ambas como vivimos nuestra



vida, te sentarás al lado mío como cuando era más pequeña y yo en esta oportunidad relataré las historias que en aquellos tiempos tú me contabas.

Los regalos de los que Esperanza hablaba eran un par de fotos que le gustaban y que sabía que para su abuela tenían mucha importancia. Empezó mirando la radio que la abuela llevaba a todas partes [...] en ese momento se dio cuenta de la otra foto que tenía y era de sus dos hermanas y ella cuando eran más pequeñas -eran bonitos tiempos- dijo. Lo siguiente que encontró fue la fotografía de aquel limonero enterrado en la finca, la tierra por la que su abuela dio la vida y no solo estaba el árbol si no también estaban sus dos tesoros, como llamaba a sus hijas en aquel tiempo, ahí está, la foto donde encontró a parte de su familia en el hogar donde habían nacido, -recordar viejos tiempos- dijo mientras una sonrisa se interpuso entre las lágrimas que derramaba. La última fotografía que encontró fue aquella donde su abuela contestaba el teléfono, -tan pinchada- dijo en medio de una carcajada, mira en donde aparece su abuela y recuerda cuánto le gustaba el sonido de las olas y donde aparecen los delfines, -si te gustaban esos animales- susurró. -Abuela, te agradezco por dejar un poquito de ti en todas partes y aunque tu muerte hoy viva en la impunidad, te aseguro que en algún momento encontraremos a aquellos que hicieron de tu vida un infierno en carne propia.

Lloró y lloró todos los días y, en el encuentro de cada fin de semana, siempre se derrumbaba un poco más. El tiempo había hecho de ella una mujer fuerte y fría con casi todos, pero solo una persona podía convertirla en aquella niña sensible, diminuta y dulce que ya nadie más admiraba.

De la tristeza a la felicidad

Un día como hoy, a las 04.00 horas, nuestro jefe al mando, nos levantaba con una muy mala noticia. –Debemos irnos de la base, recojan las armas y las municiones, los autos nos están esperando en la parte trasera del batallón– nos comunicó.

Todos nos levantamos asustados, no llevábamos ni una semana de entrenamiento y ya nos querían llevar a la guerra. Miraba hacia mis dos hemisferios, pero solo veía a mis compañeros de cuarto que, asustados por no saber si podrían volver a encontrarse con sus familiares. A mí no me preocupaba el volver a ver a mis padres o hermanos porque a todos los había perdido en un incendio, lo más cercano que tenía a una familia eran mis compañeros de cuarto, con los cuales, si mucho, había hablado una sola vez.

Todos nos levantamos rápidamente, nos vestimos, recogimos las armas y salimos del cuarto directo a los automóviles, quizás todos pensábamos que era una prueba del jefe, pero no fue así, al abrir la puerta vimos cómo las fuerzas enemigas destruían todo nuestro batallón, vimos cómo caían las torres de control y cómo los muros que nos resguardaban estaban siendo derribados por tanques de guerra. Esa imagen que vimos quedó tatuada en mis ojos y los de mis compañeros, quedaron tatuadas dentro de nuestro cerebro. Nos paralizamos, teníamos las armas en nuestras manos, podíamos defender lo que era nuestro, pero el miedo nos corrompió, nadie podía mover ninguna parte de su cuerpo, quizás pensamos que era el final de nuestras vidas, las lágrimas salían como cascadas de nuestros ojos, todos nos cogimos de las manos y esperamos la muerte como si no tuviéramos otra opción. Tal vez era el día de todos, quizás Dios ya tenía escrita nuestra muerte o solo fue algo del destino, la verdad nunca creí mucho en la religión, no como mis compañeros, que llevaban un crucifijo en sus cuellos y una biblia en sus manos.

Ya estábamos preparados para nuestro final, hasta que escuchamos una voz a lo lejos: –¿Qué están haciendo allí parados? ¡Corran! ¡Los autos ya van a salir!

Quizás esa voz nos llenó de valentía o solo nos devolvió los pies a la tierra, para que pudiéramos correr. Todos nos miramos y salimos en dirección hacia los autos, pero en esos momentos comenzaron a dispararnos, no querían que ninguno de nosotros se fuera con vida del batallón. De esa forma fue como vi que iban muriendo las personas que yo llamaba familia, dado que las balas comenzaron a atravesar los cuerpos de mis compañeros y lo único que podía ver era como sus cuerpos comenzaban a caer en el suelo. Me preguntaba cuándo sería mi turno, cuándo el disparo vendría hacia mí, pero nunca pasó. Pude llegar al automóvil e irme con los poco sobrevivientes que estaban allí y, en esos momentos, solo pensaba en ¿por qué no morí con mis compañeros? quizás fue algo sagrado o solo fue suerte, pero mi mente solo recordaba el rostro de mis compañeros, jóvenes de 18

a 20 años, eran personas que apenas estaban comenzando a vivir su vida y no me parecía justo que se las hubieran arrebatado de esa forma. Lo único que salía de mi boca era: –Debemos volver, por los cuerpos de nuestros amigos y compañeros, ellos deben tener un entierro y sus familias merecen verlos por última vez, aunque sea en un ataúd.

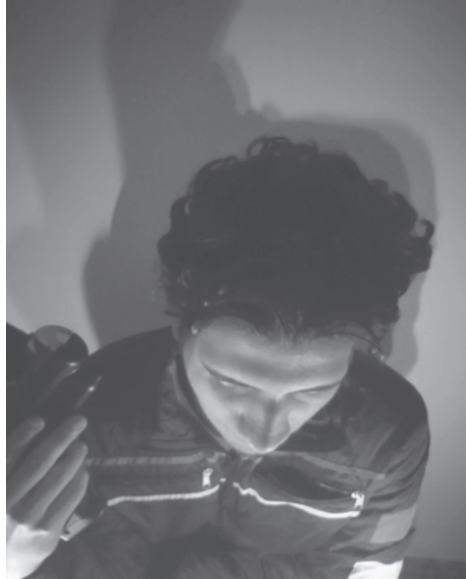
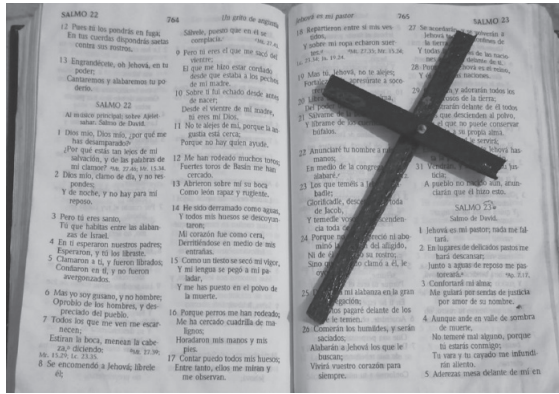
Los mire a todos a las caras y podía observar que ellos estaban igual que mis compañeros, asustados y preocupados por sus familias, y que lo único que querían era salir de ese lugar y estar a salvo. Quizás el único que quería volver era yo, pero ¿cómo no iba a querer?, si eran mi familia y eran lo único que me hacía sentirme acompañado. Cerré mis ojos y me pregunté de nuevo, si debería estar con ellos. Agarré el arma que se encontraba a mi espalda y la apunté hacia mi cabeza, quizás esto solucionaría todos los problemas (o solucionaría mis problemas). Estaba a punto de apretar el gatillo, cuando escuché una explosión muy fuerte, abrí mis ojos y lo vi: era nuestra casa hecha polvo. Habían puesto una bomba y, lo que nosotros llamábamos campamentos, ya eran ruinas y polvo.

Todos nos quedamos mirando cómo el fuego se elevaba tanto que podía tocar las entrañas. Nadie podía entender qué estaba pasando, los carros se alejaban del lugar y nosotros intentábamos comprender cómo en un segundo la felicidad se volvía tristeza. Miré por el retrovisor del carro y no había nadie delante de nosotros, volteé mi mirada y no se encontraba ningún carro en la parte de atrás, habían desaparecido, solo nos encontrábamos nosotros, intentando escapar de las garras del enemigo. Sentíamos esas garras muy cerca de nosotros porque, después de la explosión, una motocicleta nos seguía tan despacio que no sabíamos si era amigo o enemigo. Esa respuesta la contestaría unos segundos después, porque la moto aceleró, nos observó a todos los que nos encontrábamos en el vehículo, sacó un arma que tenía en su bolsillo y le disparó al jefe, el cual se encontraba manejando el carro, nos sonrió y siguió su camino, mientras nosotros nos estrellábamos con una roca.

Ha pasado casi un año desde este fatídico día. Todos mis amigos murieron, el jefe, mis compañeros de cuarto y las demás personas que había conocido estaban muertas y yo seguía luchando por

mi vida, después de tanto tiempo. Uno de los golpes provocó una contusión en mi cabeza y me puso en estado de coma. Después de un año sigo allí, nunca nadie me vino a visitar, quizás porque nadie sabía de mi existencia o porque todas las personas que yo quería se encontraban muertas. La verdad ya nada me dolía, porque no existía dolor en el mundo más fuerte que ver morir a todos tus seres queridos y no poder salvar a ninguno. La verdad no me quiero despertar de este coma, dicen que puedo perder la movilidad de mis piernas por los golpes o que puedo llegar a perder la memoria, pero no quiero olvidar a nadie, porque esos recuerdos fueron los que pasaron por mi cabeza cada día de los 365 días que he estado en coma. Quizás pueda volver a ver a mis padres y hermanos o a mis compañeros de cuarto en el batallón, la verdad no quiero vivir si no están ellos a mi lado, por eso después de un año de un sueño profundo, los médicos decidieron desconectarme y dejarme estar de nuevo con todas las personas que yo quería cuando estaba en vida.





Mientras hay amor, prevalece la esperanza

En una finca de Suárez, Cauca, vivía una madre y sus 7 hijos que se dedicaban al cultivo y al ganado. Un día inesperado llegó la guerrilla, quemó sus cultivos y amordazó y maltrató a la madre hasta dejarla inconsciente. Se llevaron a sus cuatro hijos (Juan, Matías, Diego, y Pablo). Mientras Margaret veía todo desde el ático. Cuando llegaron Lucy y Carlos del pueblo encontraron a Margaret y se dieron cuenta de que, por el trauma, había perdido la memoria. Lucy le dice a su madre que Margaret ha perdido la memoria y le pregunta qué podrían hacer para ayudarla, a lo que su madre responde: «debemos buscar todo lo que haya en la casa que a Margaret le despierte sentimientos, emociones y curiosidades que la envuelvan en un torbellino de recuerdos».

Lucy le llevó un clavel a Margaret y ella, inmediatamente, recordó la felicidad que sentía cuando jugaba en el campo con su hermana y regresaban siempre a casa con un clavel. Cuando Lucy le pasó las canicas inmediatamente sintió la tristeza y rabia que le daba a Diego cuando perdía el juego y se quedaba sin canicas y esa bala le hace recordar su rostro de dolor por perderla en uno de sus juegos. Cuando Lucy le pasó el carrillón, Margaret sintió la paz y tranquilidad que sentía cuando su madre la cargaba en la silla mecedora, donde disfrutaban del viento y de los sonidos que salían del carrillón. Cuando Lucy le pasó la cazuela llena de maíz a Margaret, recordó el amor y la responsabilidad de su hermano Pablo; el cuidado y cariño que les daba a las aves y alimentarlas con su banquete preferido: maíz. Después, Lucy le llevó una loción a Margaret y ella recordó la fragancia del aroma de aquel obsequio que su hermano Carlos le había dado un día antes de su cumpleaños. Cuando Lucy le pasó los aretes a Margaret, inmediatamente recordó el interés y apoyo que su hermano Juan le daba cuando más ella lo necesitaba, pues recordó aquel día que la llevó al pueblo a comprarle los aretes que usaría el día de sus 15 años.

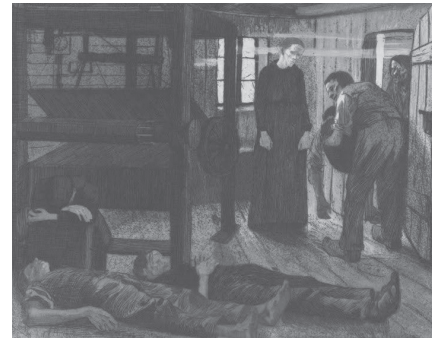
Luego, Lucy le llevó unas gafas a Margaret y recordó la vez que el tío Felipe se las obsequio al herma-

no Matías, sintiéndose ese día celosa y disgustada al no darle las gafas a ella. Luego, Lucy le pasa un cuadro a Margaret y recordó la alegría de aquel día que su abuelo Pedro le dijo a su madre que le iba a dar unas flores que nunca se marchitarían, mientras tallaba las flores en la madera y hacía un cuadro para la madre de Margaret. Entonces Lucy lleva a Margaret a la habitación y le enseña el piano, lo que le hace recordar los días en que su padre la aplaudía al alegrarse por sus llamativas canciones, papá le decía que su música producía armonía, y Margaret sentía gozo de la admiración y el afecto de su padre. Luego, Lucy prende una vela, la coloca en el pebetero y apaga la luz de la habitación. Margaret, al ver las figuras de humo que se salen del pebetero y se reflejan en la habitación, inmediatamente se pone a llorar y dice: «ya recuerdo, golpearon a mi madre y se llevaron a Juan, Matías, Diego y Pablo.» Margaret lloraba sin consolación, entonces Lucy abrazó a Margaret y juntas lloraron. Carlos y su madre escucharon el llanto y corrieron a la habitación y encontraron a Margaret y Lucy abrazadas. Margaret le dice a su madre que ya recordaba todo y que la perdonara por no haberla ayudado. Su madre le dice: «tranquila, gracias a Dios estás en familia, y gracias a Lucy tus recuerdos regresaron Todos te amamos y te queremos siempre con nosotros».



41 **KAROLYNE GUALDRÓN**
EDAD: 16 AÑOS

El relato nos recordó la pintura
The end de la artista Käthe
Kollwitz (1897).



Hace unos años en un pueblo del departamento del Huila vivía una familia muy cercana a la mía. Sin embargo, todo cambió el 12 de agosto del año 2000. La guerrilla llegó a su pueblo a dañar todo lo que habían construido, todos sus trabajos, su familia y su vida por completo. Ese día casi toda la familia falleció, los únicos que lograron escapar fueron María y Andrés, que se escondieron unas calles arriba de su casa, pero luego de unas horas de ya no escuchar nada decidieron volver a su casa, lo que encontraron fue lo peor que han podido ver en toda su vida. Encontraron a toda su familia tirada en el piso y toda la casa destruida, la masacre era lo único que lograban ver. Para María fue un impacto horrible y para Andrés, el más pequeño, fue mucho peor, quedó en shock y se desmayó al instante.

María estaba tan impactada que no sabía qué hacer, luego de un rato logró llevarlo al hospital, el médico lo atendió lo más rápido posible, pero nada de esto pudo cambiar la situación, después de un rato llegó el médico y le comentó a María que lo más probable era que Andrés perdiera total o parcialmente la memoria, ya que había tenido una insuficiencia de oxígeno en el cerebro y que eso pasó cuando el corazón se detuvo por unos segundos. María estaba tan desubicada que ya ni sentía ni reaccionaba a nada, sin embargo, luego de unos minutos llegó, como si fuera un ángel, su tío Thomas. Ella dijo que fue como una luz, un respiro, una tranquilidad en toda la tempestad que estaba viviendo, después de unos días lograron dar de alta a Andrés y se fueron a vivir donde su tío. El pequeño todavía no recordaba muchas cosas y lo que podía recordar eran momentos muy pequeños y borrosos.

Era todo muy confuso, pero al menos se tenían a los dos y era más fácil llevar las cosas. Después de unas semanas, María tomó la decisión más dura para ella, que era contarle a Andrés todo lo que había pasado con su familia, para eso María quiso ir a la casa de Vivian, para poder así contar mejor las cosas y que Andrés recordara un poco más. Cuando llegaron, lo primero que vio Andrés fue la foto de las reuniones familiares que habían tenido en esa casa, también la foto de sus abuelos paternos, la cual era la más importante y linda de la casa, debajo de esa foto estaba el ángel con el rosario y la vela de su mamá (claramente antes

de que ellos fueran a la casa tuvieron que arreglarla porque casi todo se encontraba destruido y tirado por toda la casa), después fueron a ver el cuarto de Andrés, en ese momento vinieron a él varios recuerdos en su habitación y luego muchos más cuando fueron a ver el árbol de mangos que quedaba en la parte de atrás de la casa, sobre el que mantenían casi todos los días trepados en sus intentos por bajar mangos para comer.

Después de eso, decidieron ir al parque donde quedaba la iglesia y, mientras estaban sentados, María empezó a mostrarle fotos a Andrés de cuando él era pequeño, de momentos de ellos dos juntos y de su papá con sus tíos en esa misma casa. Mientras Andrés lograba recordar mucho más, empezó a llorar por revivir la tragedia, el día en que sus vidas cambiaron por completo. Cuando se logró calmar quedó mirando a María y le dijo que todo lo que había pasado era muy fuerte pero que eso no los iba a derrotar, que los dos tenían que salir adelante por ellos y más por su familia y sus padres, porque ellos se sentirían orgullosos (en el lugar donde estuvieran), María no podía contener sus lágrimas y lo único que pudo decir fue que ellos lograron sobrevivir, que eso era por algo, que si Dios les dio una segunda oportunidad no tenían porque desaprovecharla y que fuera como fuera ellos iban a ser felices juntos.





La hora de recuperar los recuerdos

Desde hace más o menos cinco años me mudé a otro barrio, uno de los mejores de esta ciudad, con más comodidades, silencioso y tranquilo. Un barrio que se llama La Flora.

Durante esos cinco años tuve la oportunidad de hablar con la señora María, una mujer de 40 años, amable y humilde. Con ella disfrutaba las mejores historias de su niñez y adolescencia. Vivía en un hogar acogedor, junto a su esposo Darío —que había sido reclutado a la fuerza por la guerrilla— y su hija Sandra, de 15 años, con la que yo jugaba los fines de semana. Desde el momento en que me mudé no supe nada más de esta hermosa familia, pero hoy, cumplidos mis 18 años, recién graduada del bachillerato, tomé la decisión de regresar al barrio donde crecí.

Mientras caminaba entre los árboles de mango y me llegaba la brisa y el olor de la naturaleza, mojada por el invierno que se aproximaba, recordé con nostalgia momentos de mi niñez. Al llegar al barrio todo me parecía diferente: el pavimento destruido por los años, las casas remodeladas y nuevas generaciones de niños saltando de felicidad en los grandes charcos de barro. Durante este recorrido vi una casa blanca. Tenía ese color desvanecido por los largos años sin pintar y unas rejas de tan solo medio metro de altura. Esta casa se me hizo conocida al instante. Al tocar el timbre salió una viejita de cabello corto y blanco como un copo de nieve, tenía un vestido de flores que le llegaba casi a los talones. Le pregunté si era ella la señora María y me respondió, con voz quebradiza y tristeza en el rostro, que sí, que era ella. Al parecer la vida le arrebató la felicidad. Yo, con gran curiosidad, le pregunté: ¿sabes quién soy? y ella me respondió que no.

Intenté decirle de mil maneras que yo era la niña de 5 años a la que le contaba tan alegres, tristes y desequilibradas historias, pero le fue totalmente imposible recordar quién era. En ese instante salió una enfermera con un pequeño botiquín en su mano izquierda. Se dirigió a mí y me preguntó quién era yo. Le conté toda la historia. Luego le pregunté qué había sido de esta hermosa y sencilla familia y ella agachando su cabeza me respondió: «hace 10 años el esposo de María fue dado por muerto, fue una noticia trágica, pues se dice que don Darío fue reclutado por la guerrilla y obligado a combatir». Eran combates entre

las Farc y el ejército, en el páramo de Sumapaz, el más grande del mundo, donde por mucho tiempo estos combates eran el día a día. Don Darío fue atravesado por una bala justo en el corazón. Quedó en un coma indefinido y murió justo el día del cumpleaños de su hija Sandra. Desde ese entonces, el único motivo de vida de doña María era su hija. Pero Sandra se casó, tiene su hogar y una bella hija. La partida de Sandra para doña María fue un total desconsuelo y, sin embargo, eso no fue todo, doña María empezó a olvidar poco a poco cada cosa de su vida. No era de esperarse, pues era muy joven para sufrir amnesia, a tan corta edad, pero con tanto agobio y tristeza, su vida se desvaneció poco a poco.

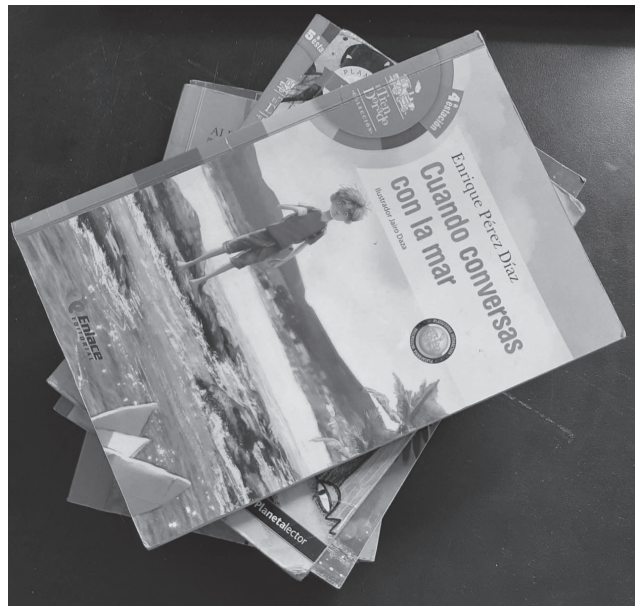
Un día, doña María se cayó al suelo y se dio un golpe muy fuerte en la cabeza. Estaba sola, y quedó inconsciente. Por fortuna, una vecina iba a llevarle ese mismo día una tarta de banano, una de sus favoritas. Al llegar, vio a doña María tirada en el suelo e inmediatamente llamó a los paramédicos. Llamaron a Sandra para decirle que su madre había perdido totalmente la memoria, y que era casi imposible recuperarla. Yo, suspirando, me preguntaba: ¿qué tan difícil puede ser recuperar la memoria de doña María?

Me puse en la tarea de recordar esas historias contadas por ella y empecé a preguntarle a su hija por los recuerdos de su madre. Durante esa búsqueda encontramos los elementos perfectos, los que harían que doña María recuperara la felicidad.

Uno de los primeros recuerdos fue su casa de nacimiento, en la que vivió la mayor parte de su vida. Luego, su primer medallón, el que ganó junto a sus compañeras de práctica en torneos escolares. Fue un orgullo para ella y un momento inolvidable. El puente, uno de los recuerdos que compartimos, donde tomábamos un descanso para reflexionar y mirar hacia arriba y ver la gran copa del árbol. Su libro favorito se lo dio su padre el día que cumplió 10 años, lo leía año tras año, y cada año le hallaba una nueva belleza. Otro elemento para recordar fue la perrita que le dio su esposo el día de San Valentín, fue un regalo que alegró su día, pues años atrás le había contado a su esposo sobre el gran deseo de tener un perrito.

Entonces, un día, sentada en el comedor junto a una gran tarta de banana, le empecé a en-

tregar cada uno de los elementos. Dio su primera cucharada al pastel, la saboreaba como si la comiera por primera y última vez, y miraba cada uno de los elementos. Vi caer de sus bellos ojos una lágrima, en la que se podía reflejar su rostro de felicidad. Me miró a los ojos y me dijo: «¡Gracias! Gracias por tomarte el tiempo de venir y recordar quién era yo en realidad, gracias porque puedo sentir de nuevo el calor de la compañía, y porque hoy por ti puedo decir que volví a nacer».



45 MADELEIN SEGOVIA

EDAD: 16 AÑOS

Que los perdone Dios. Me levanto cada mañana recordando mi casa, la historia que allí viví. En aquel entonces tenía 11 años, me despertaba con el aroma del café y el cantar del gallo y desayunaba con mis padres y mi hermano. Mi papá salía muy temprano a trabajar, lo despedíamos y luego ayudábamos a mi mamá con los animales. Era tan niña y tan feliz que no me imaginaba todo lo que pasaban mis padres, pues tenían un plazo de cinco días para despojar nuestra finca.

Un 20 de mayo nos encontrábamos cenando cuando escuchamos un fuerte golpe: venían a sacarnos de nuestra casa. Me acuerdo que mi papá se resistía y nos tranquilizaba diciendo: «de aquí no nos vamos». Después de eso lo amarraron a un árbol y, frente a nosotros, le dispararon.

Recuerdo ver a mi mamá empacando nuestras cosas al día siguiente, y llevándonos de madrugada a la ciudad. Ella se negaba a irse, incluso después de haber visto a mi papá morir frente ella. Recuerdo que en el camino vi cómo bajaron a todos los hombres. Fue la última vez que volví a ver a mi hermano. Hoy, 17 años después, vuelvo al lugar donde crecí, ahora llena de miedo y recuerdos. Todo está muy cambiado, se ve mucho comercio. Puede haber pasado mucho tiempo, pero aún continúa la violencia.



MARIANA VÉLEZ

EDAD: 17 AÑOS

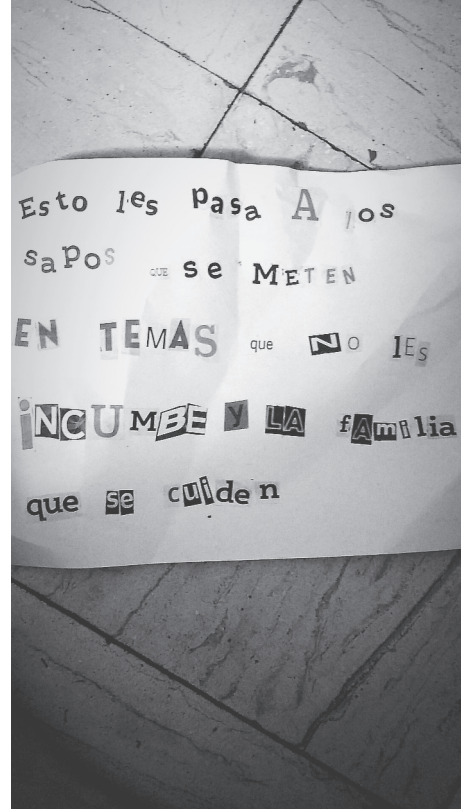
No estoy lista

Volver a casa luego de nueve años es difícil. El dolor inunda mis pensamientos, todo esto quedó atrás, nos fuimos para protegernos. Me sorprende pensar que hay gente tan mala que te hace abandonar todo lo que durante mucho tiempo construiste... Si me permiten, les contaré de qué estoy hablando.

Aquel cuatro de agosto era un día que parecía normal. Me levanto como de costumbre, mis ojos pesan pero la felicidad los inunda al mirar que a mi lado está mi amado esposo, el cual amo como si no hubiera un mañana. Entonces me baño y cambio para salir a prepararles el desayuno a mis tres hijas. Unos deliciosos huevos, café y tostadas nos acompañan. Luego mi esposo se marcha hacia la alcaldía, donde trabaja, mientras yo dejo a las niñas en el colegio, regreso a casa y el resto de la mañana me la paso hablando con la vecina. Mientras comparto algunas historias con ella, soy interrumpida por el teléfono de la casa. Atiendo y escucho la noticia que derrumba mi mundo, el tiempo se detiene cuando me informan que mi esposo acaba de ser hallado muerto en su oficina y, al lado de su cuerpo, reposa una nota, la nota que cambio nuestras vidas: «esto les pasa a los sapos que se meten en temas que no les incumben... y la familia que se cuiden».

Días después del funeral salimos del pueblo que nos vio crecer. Era necesario. Nuestra vida era linda, y la familia que teníamos ahora estaba destruida, con sueños por delante y nuestros corazones rotos decidimos partir de aquel lugar que juramos jamás abandonar.

Volver luego de tanto tiempo hace que mi corazón duela. Ver todo igual a como lo dejamos ese día, ver el almanaque con la fecha congelada, duele y mucho, el reloj parece detenido en la hora precisa en que sucedió aquella tragedia familiar. Miro hacia mi derecha y me encuentro con la Biblia que siempre permanecía abierta. Cada noche la oración no podía faltar. En aquella mesa también reposa una imagen, que al verla, me inunda los ojos con lágrimas. Es una foto donde mi papá está con mis hijas y mis sobrinos días antes de lo sucedido. Me adentro más en la casa, paso por el cuarto de mis hijas; allí me detengo y una foto me llena el corazón, mis pequeños remolinos están en ella. Por último, visito el cuarto donde las mañanas eran alegres... «¿qué nos pasó?» es lo primero me pregunto al ver la foto donde el amor



era enorme pero, más aún, nuestros sueños... «lo estoy logrando, mi amor, estoy logrando poco a poco aquellos sueños que un día juramos cumplir juntos, estás en un lugar donde la maldad que te arrebató la vida no existe y donde la felicidad es eterna... espero en algún momento poder volver a abrazarte», dije en voz alta. Siento que esto me está matando, no puedo más, salgo de aquella casa con el alma partida, queriendo regresar, pero los recuerdos inundan mi alma. Volveré cuando esté lista para enfrentar esta guerra que destruyó mi familia. Ahora no quiero buscar respuestas de aquella trágica partida. Mientras tanto, guardaré en mi memoria cada recuerdo en el que no pasen las horas y estar contigo y mi familia era lo único que mi corazón quería.

Aquella mujer que decidió ir a su casa luego de 9 años adquirió fortaleza, esa herida no estaba sanada pero ella aprendió a perdonar a quienes destruyeron su familia, a valorar cada instante de la vida porque puede ser el último, a amar como si el mañana no existiera, a no pensar en el futuro sino en el presente. Esa mujer aprendió que el futuro es una ciencia incierta, un camino oscuro en el que cada paso que das es importante. Así, sanó su corazón, se volvió como una plantita que, aunque estaba marchita, día a día regaba para crecer como persona. Aprendió también que avanzar no es sinónimo de olvidar y el estancarse no está en su vocabulario; ella salió de su casa consciente de que no es la única familia a la que le quitan un ser amado, pero con la cabeza baja, porque casi nadie la podía comprender.



El espejo del recuerdo

Había una vez un espejo del que todo el mundo hablaba. No por ser muy bonito ni muy feo, era un espejo común y corriente, solo que éste podía borrarles los malos recuerdos a las personas. Lo que las personas no sabían era que al reflejarse en el espejo se abría un portal a otra dimensión y de ahí salían «los haister» que eran los malos recuerdos de las personas. Los haister solo querían saber por qué las personas buscaban borrar esos malos recuerdos y encontrar la paz con su respectivo ser de la dimensión de los humanos. Por otro lado, alejémonos de este mundo extraño del espejo y fijémonos en un muchacho que vivió una guerra. Durante la Segunda Guerra Mundial las personas no entendían por qué el muchacho era tan distante a los demás niños. Los demás niños tenían padres y él no, ya que los perdió en esa guerra. Después de ese acontecimiento, el muchacho tuvo una rarísima enfermedad que consistía en **que si recordaba cómo había muerto su padre, le daría un paro cardíaco y moriría**. El chico no quería morir, por eso cuando se dio cuenta fue en busca del espejo extraño.

Estuvo toda la tarde buscando dicho espejo, pero no encontró nada. Hasta que de regreso a su casa, mientras jugaba con la pelota, rompió el espejo de su casa. La madre al darse cuenta fue a comprar un nuevo espejo. Como no tenía mucho dinero fue a buscar una venta de garaje, donde encontró el espejo extraño. Cuando lo llevó a casa y lo colocó en su puesto, el niño se observó y surgió de él un destello deslumbrante que hizo que el recuerdo de su papá desapareciera. En ese momento una mano lo succionó dentro del espejo y allí se encontró con su haister, y le preguntó sobre la muerte de su padre, el niño –al no recordar ese acontecimiento– le dijo que no recordaba nada sobre lo que le había pasado a su papá [...]

–Bueno hijo, eso fue lo que te pasó. ¿cierto?

–Sí.

–Bueno, entonces vamos a reponer el tiempo que no pude estar contigo.

–Pero papá, ¿cuándo podremos volver a ver a mamá?

–No sé, hijo, lo que sí sé es que hay que esperar a que ella muera para volver a reunirnos. Mientras tanto, vamos a estar pendientes hasta que llegue ese momento.

FIN

Cali, Agosto de 2020.
Queridas hijas.

Por primera vez en muchos años he tenido que alejarme de ustedes, de una vida a la cual estoy felizmente acostumbrada y que desde el primer momento en que partí empecé a extrañar. Fueron largas horas de viaje en las que me embargó el nerviosismo y la nostalgia, pues no podía evitar pensar en la realidad que encontraría al bajar del avión, una realidad de la que decidí apartarme cuando aún era una jovencita igual que ustedes.

A mis 17 años sentí que este no era el lugar para mí, que merecía conocer el mundo y me atreví a hacerlo usando los pocos ahorros que tenían mis padres con la excusa de que quería estudiar para luego volver a casa y poder devolverles todo lo que habían hecho para permitirme volar y ser libre. En el fondo de mi alma sabía que era muy poco probable volver y que eso me convertiría en una hija ingrata, poco merecedora de tanto amor.

Al llegar a la casa de mi madre sentí un delicado olor que me transportó años atrás, miré a mi alrededor y ahí estaba todavía el hermoso árbol de flores blancas con suaves manchas amarillas y rosadas, que según mi padre se llamaba Amancayo. Tras cerrar mis ojos por unos instantes y respirar profundamente, pude verme a mí misma y a mis amiguitas de la cuadra componer poemas a la luna mientras esperábamos que pasara, como cada día lo hacía, ella, la señorita Luna, a quien declamábamos con alegría nuestras poesías esperando que nos mirara de vuelta y fuera cómplice de nuestro amor ofreciéndonos su bella sonrisa. Abro los ojos en un intento desesperado por no sentirme culpable y me encuentro en frente de mi casa, realmente pareciera que no ha pasado el tiempo y puedo verme ahí parada junto a mis hermanas recibiendo la brisa de las tardes en Cali.

Volver después de casi 30 años es una labor de dimensiones titánicas. Cuando partí estaba completamente abrumada por la sensación de no futuro que producía en mí la realidad Colombiana. Mis padres habían tenido que dejar su tierra en un bello pueblito en el Cauca –al que mi madre regresó sin él años después para recoger el cuerpo de su hijo y darle cristiana sepultura–. Una guerra insensata los obligó a empacar lo que cupiera en dos maletas, coger a sus cuatro hijos y salir de ese lugar que pasó de ser una bella finca cafetera a convertirse en un campo de batalla entre la guerrilla y el ejército. Esta casa que me recibe hoy fue construida ladrillo a ladrillo por mi padre y continúa siendo, hasta hoy, el centro de encuentro de nuestra familia. Al adentrarme en ella sentí como si el tiempo se hubiera congelado pues los mismos cuadros adornaban sus paredes, aquel mueble que mi madre compró con su sueldo como modista seguía siendo un protagonista imponente de la sala, las paredes conservaban su color y la presencia del catolicismo se sentía fuerte en cada espacio, todo igual a cuando era una niña.

Mi mirada detalló cada lugar de la casa como quien busca rastros de su propia historia. En un rincón de la sala pude notar cómo, con imponencia, sobresalía del resto de cosas la máquina de escribir de mi padre y, encima de ella, había un retrato junto a mi madre en sus épocas de juventud. Él, después de probar suerte en varios trabajos, logró ubicarse como reportero en uno de los periódicos más representativos de la ciudad gracias a su talento innato con la escritura y a su ímpetu de investigador.

Recuerdo muy bien las noches en las que se encerraba en el cuarto que da a la calle, abría la ventana para mitigar un poco el calor y pasaba horas concentrado escribiendo. Sus reportajes gozaban de credibilidad, aspecto que le ayudó a situarse en un lugar privilegiado en el medio y ganar reconocimiento. Fue debido a su opinión severa y sin máscaras que tiempo después tuvo que retirarse por causa de una carta que amenazaba contra su vida si seguía metiéndose en asuntos locales de corrupción. Para ese momento yo ya estaba muy lejos de aquí y poco pude entender el enorme sufrimiento que padeció mi padre y que lo llevó a morir de cirrosis un par de años después.

Han pasado ya varios días desde mi llegada, cada instante ha sido para mí un reencuentro con mi pasado, una búsqueda incesante por hallar mi identidad, por volver al pasado, tratando de encontrar algún detalle que haga menos dolorosa la lejanía entre mi vida y la de mi familia. Ver el altar que mi madre puso para la memoria de mi hermano trae a mí el recuerdo de un hombre fuerte

y decidido, cuyo gran amor por la vida en el campo lo llevó a emprender la lucha por retomar las tierras que pertenecían a nuestra familia y que tan vilmente habían sido arrebatadas. Como resultado de su lucha quedó para mi madre otro sufrimiento, el dolor de perder a su único hijo varón a manos de los mismos asesinos de quienes había huido años atrás.

No haber estado para la muerte de mi padre y de mi hermano fue duro, pero no se compara con lo que siento al ver a mi madre postrada en una cama, viviendo sus últimos días en la inmovilidad y el silencio. Yo, sentada a su lado, le pido perdón por haberme marchado y no regresar hasta ahora; aprieto su delgada mano contra mi rostro mientras salen de mis ojos las lágrimas. El olor del café recién colado llega hasta mí para recordarme todas las mañanas en que, sigilosamente mi madre se levantaba para hacerme el desayuno y yo era feliz sabiendo que ella estaba ahí para mí, para brindarme su apoyo incondicional y demostrarme su amor.

Poco o nada he hablado con ustedes acerca de mi vida en Colombia, créanme que hoy me arrepiento de ello. Mientras observo el pasar de la tarde desde el patio de mi casa lleno de matas siento florecer mi corazón y me atrapa la nostalgia. Pronto llegará el día en que mi madre cierre para siempre sus ojos y en mí habite la inevitable culpa por mi ausencia.



Margarita María

Érase una vez una niña llamada Margarita María, con pelo de candela, pequeña como un piojito, pero traviesa como un mico. Se creía la niña más afortunada del mundo, que digo del mundo, ¡del universo! Le había tocado el mejor papá del mundo. Papá, palabra maravillosa, un ser inigualable, aunque muchos dicen que a la vuelta de la esquina se consigue uno; para mí esto es una gran mentira, porque tengo los mejores recuerdos de mi vida junto a mi padre. Sí, es lo que están pensando, esa niña soy yo.

Crecí en Guacarí, un pequeño pueblo en el corazón del departamento del Valle del Cauca, ubicado por la vía que conduce a Buga, el pueblo de la moneda de quinientos, el pueblo del samán, un grande, hermoso y majestuoso árbol que atraía turistas de todos lados del mundo. Él conoció mis travesuras de niña y mis picardías de adolescente. Recuerdo que eran hermosos los juegos que de niña jugaba, contemplando la tarde de una linda jornada, el columpio en el palo de mango, los paseos al río, el escondite americano...

En casa los domingos eran especiales, mi rutina empezaba madrugando para acompañar a mi papá a la galería; luego, disfrutar de un desayuno diferente a los del resto de la semana. En seguida, leer las historietas del periódico y resolver todos los juegos: sopas de letras, crucigramas, encontrar las diferencias, laberintos, etc. En casa nunca faltaba el periódico El Espectador del domingo, estaba incluido en la lista del mercado, pero recuerdo que una mañana de 1984 fue diferente: la portada de la revista, que venía a todo color, presentaba a Rodrigo Lara Bonilla, junto a su esposa y sus dos hijos; él acribillado en el norte de Bogotá por los sicarios de Pablo Escobar. Su pecado fue perseguir a los narcotraficantes del cartel de Medellín. Antes que ser el Ministro de Justicia durante el gobierno de Belisario Betancur, era padre de familia. A mis doce años no entendía por qué había hombres capaces de dejar a unos niños sin padre, no me cabía en la cabeza: ¿era posible vivir sin un papá en el hogar?

Según los periódicos Lara se convirtió en el mayor obstáculo del «narcotráfico», ese virus que llegó al país hace más de cuarenta años y que aún vive en medio de nosotros. Pablo Emilio Escobar Gaviria, narcotraficante, terrorista y

representante a la Cámara por Antioquia, era la cabeza del cartel de Medellín, y encontró en Lara a un gran enemigo para llevar a cabo sus planes, pues el Ministro logró expulsarlo del congreso y empezó a destapar sus negocios.

Tristemente, El Espectador también tuvo que registrar el asesinato de su director Guillermo Cano en 1986; del líder del Nuevo Liberalismo, Luís Carlos Galán en 1989, entre otros. Y así prosiguieron una serie de crímenes orquestados por el narcotráfico contra líderes, dirigentes políticos, jueces y periodistas partidarios de la extradición de colombianos a Estados Unidos.

El tiempo pasa, la vida pasa, pero aún tengo en mi mente y en mi corazón, su voz, la voz de mi padre, melancólica y conservadora, que me hizo grande y encantadora. Fui muchas veces atropellada y lastimada por las bicicletas, que al salir a su encuentro se me atravesaban. De ti, papá, todo lo mejor, nunca un mal ejemplo, nunca una mala palabra.

Dormí varias noches en aquel frío hospital, triste y desolador, y me preguntaba por qué un ser como tú se encontraba en un lugar así. Te abracé, te dije te quiero mucho, papá, y te me fuiste para nunca más volver.

A Dios le pido que esta guerra inútil y estúpida, que ha arrebatado a muchos hijos el derecho a crecer con un padre, pronto termine.





POSTAL



ALGUNAS IDEAS SOBRE ESTE EJERCICIO

Veremos que el asunto de la memoria (o las memorias) y la relación *tensa* con el relato histórico ha sido considerado y estudiado por teóricos desde hace varias décadas. De alguna manera, el tema de la memoria histórica está ligado, casi en su totalidad, a las guerras, a los rastros de las guerras. Se empieza a hablar de memoria cuando se empieza a volver imperiosa la necesidad de recordar los hechos violentos para no repetirlos, para *aprender* de las malas experiencias, y para hallarle un sentido (un cierto orden, un cierto juego de causas, razones) a lo que ocurrió.

Leamos, por lo pronto, un par de poemas del argentino Jorge Luis Borges.

Poseción del ayer (1985)

Sé que he perdido tantas cosas que no podría contarlas y que esas perdiciones, ahora, son lo que es mío. Sé que he perdido el amarillo y el negro y pienso en esos imposibles colores como no piensan los que ven.

Mi padre ha muerto y está siempre a mi lado.

Cuando quiero escandir versos de Swinburne, lo hago, me dicen, con su voz.

Sólo el que ha muerto es nuestro, sólo es nuestro lo que perdimos. Ilión fue, pero Ilión perdura en el hexámetro que la plañe.

Israel fue cuando era una antigua nostalgia.

Todo poema, con el tiempo, es una elegía.

Nuestras son las mujeres que nos dejaron, ya no sujeto a la víspera, que es zozobra, y a las alarmas y terrores de la esperanza.

No hay otros paraísos que los paraísos perdidos.

Yesterdays (1981)

De estirpe de pastores protestantes
y de soldados sudamericanos
que opusieron al godo y a las lanzas
del desierto su polvo incalculable,
soy y no soy. Mi verdadera estirpe
es la voz, que aún escucho, de mi padre,
conmemorando música de Swinburne,
y los grandes volúmenes que he ojeado,
hojeado y no leído, y que me bastan.
Soy lo que me contaron los filósofos.
El azar o el destino, esos dos nombres
de una secreta cosa que ignoramos,
me prodigaron patrias: Buenos Aires,
Nara, donde pasé una sola noche,
Ginebra, las dos Córdoba, Islandia...
Soy el cóncavo sueño solitario
en que me pierdo o trato de perderme,
la servidumbre de los dos crepúsculos,
las antiguas mañanas, la primera
vez que vi el mar o una ignorante luna,
sin su Virgilio y sin su Galileo.
Soy cada instante de mi largo tiempo,
cada noche de insomnio escrupuloso,
cada separación y cada víspera.
Soy la errónea memoria de un grabado
que hay en la habitación y que mis ojos,
hoy apagados, vieron claramente:
El Jinete, la Muerte y el Demonio.
Soy aquel otro que miró el desierto
y que en su eternidad sigue mirándolo.
Soy un espejo, un eco. El epitafo.

¿Qué hay en la memoria?

Esta pregunta nos sirve para dar los primeros pasos en nuestras indagaciones sobre los recuerdos y las imágenes que nos rodean. Normalmente, asociamos la memoria al acto de recordar. En ese ejercicio del recuerdo contamos con objetos, relatos, evidencias del pasado. De alguna manera, podríamos decir que el ejercicio de «hacer memoria» es un ejercicio nostálgico.

Al respecto, consideremos estos planteamientos del teórico colombo-español Jesús Martín Barbero:

1.
«Al referirse al pasado, a la historia, los medios lo hacen casi siempre descontextualizándola, reduciendo el pasado a una cita, y a una cita que en la mayoría de los casos no es más que un adorno con el colorear el presente siguiendo “las modas de la nostalgia”».

2.
«Las contradicciones movilizadas en las postdictaduras del “cono sur” trastornan los sentidos del olvidar y el recordar: el olvido es necesidad de sepultura, y el recuerdo exhumación de los cadáveres. Todo lo cual está exigiéndonos una nueva noción de tiempo, correlato de una memoria activa, activadora del pasado, que nos permita desplegar los tiempos amarrados, obturados, por la memoria oficial y nos posibilite hacer estallar el historicismo que sutura al pasado como único depositario de los valores y esencias de la identidad nacional».

(Tomados de «El futuro que habita la memoria». 2000. *Museo, Memoria y Nación*. Ministerio de Cultura. Museo Nacional de Colombia. p.33-64).

Así como la memoria nos permite traer al presente imágenes, datos, frases, sensaciones que producen algunas veces dolor y otras tranquilidad o bienestar, en este ejercicio se propuso que la memoria fuera cómplice para recordar lo que hicimos, lo que vivimos, lo que aprendimos de los otros y con los otros. Para esto compartimos con el grupo el texto de Emma Reyes *Memoria por correspondencia* (2012), que nos permitió pensar que la lectura de aquellas cartas escritas por la artista colombiana podría ser una fuga hacia el interior de cada uno y cada una; un recorrido narrativo y vital para imaginar la construcción de la postal, nuestro ejercicio final. Fue muy importante imaginar a quién queríamos dirigir esa postal: ¿quién podría leer mis palabras?, ¿quién podría ver lo que yo he visto?

Nos parece importante, en este sentido, contarles cómo a través de estos ejercicios reflexivos y creativos con las imágenes y los textos pudimos considerar el hecho histórico de la toma del Palacio de Justicia (Bogotá, 1985). La idea fue conversar sobre lo que dice la historia reciente de Colombia respecto a esta desgracia, pensar e imaginar sobre qué se escuchó en nuestras familias, qué se supo, qué se dijo, para reconocer que además de leer y aprender fechas históricas, tenemos que plantear preguntas, cuestionar, imaginar. Para muchos de nuestros estudiantes este hecho histórico fue una novedad: muy pocos habían escuchado o visto algo sobre lo que ocurrió en ese noviembre de 1985. Fue muy interesante poder ver un video sobre un hombre que alimenta a las palomas durante la toma del Palacio De Justicia (¡mientras los militares y los subversivos se mataban!). Esta referencia visual fue desconcertante y muy necesaria: se les propuso a los integrantes del grupo pensar en las posibles razones que habría tenido el hombre del video para actuar así, como si nada pasara: ¿quién sería ese hombre? ¿Por qué estaba ahí en ese preciso momento? ¿Por qué alimentaba las palomas mientras sucedía ese hecho violento? ¿no sintió miedo? ¿Por qué no sintió miedo? ¿Qué pasaba por su mente en esos momentos? Estas impresiones y reflexiones fueron consignadas en textos breves, que hacían parte del ejercicio de reflexión.

Después de buscar elementos claves para pensar en los procesos de memorias desde una clave sensible, y después de hacer un ejercicio analítico con los textos compartidos, fue necesario pensar en un derrotero de escritura que diera origen al texto de la postal, a partir de la estrategia de creación poética «La historia incompleta» (del Taller de poesía Melibea Garavito Carranza), que consistía en una composición de frases para completar, en una especie de formulario libre para recoger nuestras miradas sobre la guerra y sobre el lugar de los otros y las otras. Así, nos propusimos escribir sobre lo que significó este tiempo juntos, y conversar sobre las ideas, nociones y percepciones que hemos tenido sobre la guerra y el conflicto social colombiano: ¿qué tiene que ver conmigo, mi familia o mis antepasados? ¿Cómo la han vivido y entendido otras y otros?

ALEJANDRA MARTÍNEZ VARGAS

EDAD: 18 AÑOS

Dicen por ahí que la guerra en Colombia es desde siempre, a mí me parece que eso es cierto. Aunque cronológicamente no podemos referirnos a la palabra «siempre», la historia de violencia colombiana es una realidad tan dura y devastadora que ha parecido una eternidad, pero el debate no debe ser cuándo inició sino cuándo va terminar.

Si yo conociera en carne propia a alguien que ha vivido el dolor y el horror de la guerra, le diría que por difícil que parezca su situación lo mejor es aprender a perdonar, pues el dolor y la ira solo alimentan a este monstruo llamado guerra.



Detalle de una pintura del artista William Vargas Gómez, familiar de la estudiante.

ANDREA VÉLEZ

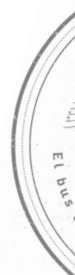
EDAD: 17 AÑOS

Cuando nos reunimos a hablar de la guerra me sentí más colombiana que nunca, no es porque no sienta mi bandera, sino porque lo común es que muchas veces hagamos oídos sordos frente a lo que pasa a nuestro alrededor y sintamos que si aquello no nos involucra de manera directa, no es algo de lo cual tengamos que hacernos cargo.

Cada tarde juntos sentí que podía conocer y ver más de cerca las situaciones que cada región afectada tenía y sigue teniendo a causa de la guerra; sentí más cercano el problema, así como la culpabilidad de hacer caso omiso a esta situación.

Hoy creo que con mis compañeros del taller aprendí a ponerme en los zapatos de la gente que día a día lucha por sobrevivir a un conflicto del cual nadie les preguntó si querían ser partícipes; aprendí también que no hay que estar involucrado directamente en él para ser parte de la solución.

Al final, me llevo de esta experiencia para mi vida y para compartir con otros, que ignorar la realidad de una guerra que ha dejado gente desplazada, personas desaparecidas e hijos sin padres, nos hace iguales o mucho peores que quienes cargan un puñal para perpetuar actos atroces que se quedan en la impunidad. Por ello, se siente tan bien hacer parte de un proceso de reflexión en compañía del bus de los sueños rodantes.



57 **JOSÉ DAVID RENTERÍA HURTADO**
EDAD: 18 AÑOS

Ahora, cuando escucho hablar de la guerra, puedo decir que ha afectado terriblemente a muchos territorios colombianos, quizás más a unos que a otros, pero todo el país entra en un conflicto cuando se le están vulnerando los derechos a una población por culpa de los desplazamientos o guerras que se forman en algún territorio, dado que mientras algunos están sufriendo una problemática por la guerra, otras personas se están manifestando pacíficamente por el bienestar de estas personas. Entonces podría decir que la guerra se presenta en un territorio determinado del país, pero nos golpea a todos y en este momento es donde nos debemos levantar como hermanos de nación o país que somos y apoyarnos, insistir constantemente al Estado el cuidado de estos territorios y la captura de diferentes grupos subversivos que lo único que hacen en el país es golpearlo y devolverlo a los años más tristes y dolorosos que se han vivido en nuestro territorio.



KAROL CARDONA
EDAD: 16 AÑOS

Este espacio es agradable y acogedor. He logrado entender, interactuar con mis compañeros con diferentes puntos de vista e ideas sobre un tema muy extenso, que algunos no comprendíamos muy bien, tal vez por ser muy «profundo»... el tema de la guerra. Seguro han escuchado sobre lo horroroso y terrorífico que acompaña la palabra «guerra», los hechos o sucesos han marcado la historia colombiana.

Tanto así que el ver fotos, noticias, lecturas, nos deja a muchos impactados, asombrados, y con un toque de impotencia, al notar tantas injusticias y no poder hacer nada para cambiarlo. Hoy puedo decir que valió la pena invertir tiempo, para conocer un poco más sobre nuestro país. Comprender la vida de los combatientes, personas que vivieron estos momentos atroces, difíciles de borrar que dejan recuerdos buenos y malos.

También logramos un pensamiento diferente de cómo ver el mundo y cómo diferenciar lo real de lo irreal... Este espacio fue valioso, adquirí muchos conocimientos ligados a nuestro entorno que no tenía muy presente y muchas reflexiones que podrán imaginar.

Buena suerte y hasta siempre, Karol Andrea C.



KAROLYNE GUALDRÓN

EDAD: 16 AÑOS

Cuando nos reunimos a hablar de la guerra yo me sentía impresionada y emocionada de saber mucho más de mi país y de lo que hemos tenido que pasar y de las enseñanzas que eso nos ha dejado. Cada tarde juntos trabajando sentí que podía ser yo misma y dar mis opiniones con libertad.

Creo que con mis compañeros del taller aprendí que en esta vida siempre hay cosas malas, pero que si luchamos y trabajamos duro podemos aprender de ellas. Hoy me llevo de esta experiencia para mi vida, el comprender que este es nuestro país, que esta es nuestra historia y que siempre va a estar ahí.

Dicen por ahí que la guerra en Colombia es «desde siempre» y a mí me parece que sí, que siempre hemos tenido disputas, diferencias y cosas que han hecho que esto suceda. Ahora, cuando escucho hablar de la guerra, pienso que es algo que pasó y sigue pasando, que es algo horrible y espantoso, que nos deja mucha enseñanza y nos deja pensando cosas. Si yo conociera a alguien que ha vivido en carne propia el dolor y el horror de la guerra podría decirle: sé que no fue fácil, sé que fueron momentos dolorosos, pero se puede seguir adelante y luchar por lo que en verdad se quiere, un lugar mucho mejor.

Bueno, gracias por leerme.



LINIBEC VÁSQUEZ

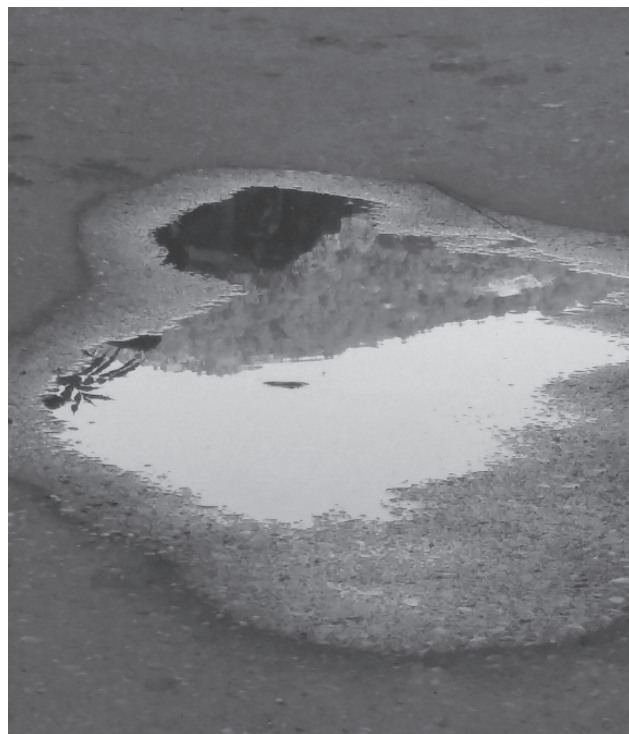
EDAD: 16 AÑOS

Hablamos sobre el tema de la guerra que lleva tiempo y paciencia conocerlo, el recorrer historias desconocidas y cosas que jamás nos imaginábamos que habían pasado. Sin embargo, con imágenes y palabras logramos describir lo que nos producía. Creábamos un tipo aventura, sin necesidad de salir de casa: imaginando.

Estos encuentros son de las cosas que me han gustado en el camino recorrido este año.

Gracias por la acogida en el gran mundo de los sueños.

Linibec.



59 MADELEIN SEGOVIA

EDAD: 16 AÑOS

Si yo conociera a alguien que ha vivido en carne propia el dolor y el horror de la guerra, yo podría decirle esto: no logro imaginarme lo que viviste, pero siento admiración por ti; lograr salir de un golpe tan doloroso no es nada fácil, espero que en algún momento logres ver un cambio como lo esperamos todos, me gustaría conocer más de ti, saber cómo eran tus tiempos, en dónde vivías o si recuerdas algún momento lindo que pasaste con tus familiares.



MARIANA VÉLEZ

EDAD: 17 AÑOS

Dicen por ahí que «la guerra es desde siempre», a mí me parece que ese «siempre» está sobrevalorado: nada es desde siempre y para siempre, somos nosotros mismos quienes nos hemos encargado de que aquel «siempre» exista.

Cuando escucho hablar de la guerra puedo decir que destruye sueños de personas inocentes a las que les toca luchar todos los días para no quedar salpicados del dolor que causa. Por otro lado, también creo que ha sido un camino para conseguir cosas que antes no se tenían, para ser escuchados y tenidos en cuenta; creo que a pesar de que genere muertes, ha contribuido a liberar a las personas de represiones en su contra...

Si yo conociera a alguien que ha vivido o ha sentido en carne propia el dolor por culpa de la guerra, le diría que tal vez la herida en su corazón nunca sane pero tiene que seguir adelante logrando sus sueños, superando lo que pasó sin olvidar a aquellos que por causa del conflicto se han ido.

Discutir, reflexionar y conversar sobre la guerra fue una experiencia que nunca había vivido y que me dejó enseñanzas nuevas, gracias a que pudimos hablar de este tema sin ningún tapujo. Al expresar con maestros y compañeros nuestros puntos de vista aprendí de los demás y pude compartir cada tema con mi familia, contándoles lo que aprendí en este proceso que llevó muchas horas y días de dedicación. Hoy me siento orgullosa de haber podido culminar el proyecto y compartir mi experiencia con todos aquellos que así lo deseen.



MIGUEL GUTIÉRREZ VEGA

EDAD: 13 AÑOS

Cuando nos reunimos a hablar de la guerra, yo sentí que iba a aprender un nuevo conocimiento. Hoy creo que con mis compañeros del taller aprendí a mejorar mi trabajo en equipo. Es una experiencia muy bonita para guardarla en el corazón y compartirla con otras personas.

Dicen por ahí que la guerra en Colombia es «desde siempre». A mí me parece que... Pero no es verdad, ya que Colombia no todo el tiempo ha estado en guerra. Yo estoy en desacuerdo con todo acto de guerra.

Si yo conociera a alguien que ha vivido en carne propia el dolor y el horror de la guerra, yo podría decirle que puede contar conmigo y así olvidar todo lo malo que ha vivido.



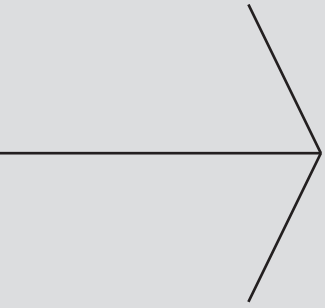
VIOLETA GUEVARA

DOCENTE

Yo descubrí que la guerra no me era lejana, que a pesar de no haberla vivido directamente su historia hacía parte de la mía. Cada tarde juntos, trabajando, sentí que podía reconocirme a mí misma en las historias que leía o escuchaba, así comprender un poco más no solo la crueldad de la guerra en mi país sino la tenacidad de su gente para seguir adelante con sus vidas. Me llevo de esta experiencia para mi vida y para compartir con otras personas la gratitud de haber podido abordar un tema tan complejo como la guerra en Colombia, desde un punto de vista sensible ante el dolor de los demás y con la esperanza de que conociendo su historia podremos evitar ser tan ingenuos al momento de repetirla. Ahora puedo decir que es necesario investigar, indagar en las diferentes versiones de la guerra que nos cuentan, contrastar esas versiones y, sobre todo, tener una actitud de duda respecto a todo aquello que se nos muestra como verdad absoluta.



EL PROBLEMA (NO SOLO) ES LA FOTOGRAFÍA



Esta frase, descontando el paréntesis, la tomamos de la filósofa norteamericana Susan Sontag. Será importante hablar sobre la resonancia que tiene en nuestro proyecto. Para empezar, vamos a pensar que la idea de *problema* la planteamos aquí en un sentido reflexivo: queremos analizar qué podemos hacer con las fotografías. Así como hablamos de problemas matemáticos (situaciones, dilemas, asuntos por resolver) también podemos hablar de problemas en un sentido filosófico, y en este caso vamos a pensar en la filosofía como un campo de nuestra cultura, de nuestra historia, que nos permite ejercer con plena libertad y con pasión el pensamiento. El filósofo checo Vilém Flusser plantea la siguiente cuestión (o problema) en un ensayo sobre la fotografía («Una filosofía de la fotografía». 1999): ¿con qué finalidad se hacen imágenes? Pensemos en esta pregunta. Pensemos en las fotografías que hemos visto a lo largo de este taller. Es muy probable que muchos digamos que estas fotografías sobre la guerra se hicieron con el propósito de conocer la realidad de nuestra sociedad o con el fin de *crear conciencia* frente al horror. Otros diremos que las fotografías, en general, se hacen para guardar recuerdos, para tener una memoria de la vida. Todo esto es válido y es discutible. Susan Sontag nos decía en su libro *Ante el dolor de los demás* (2003) que el asunto con las fotografías que nos muestran el horror de una guerra (el dolor, el sufrimiento) es cómo, cuándo y cuánto nos pueden impresionar. Esta posibilidad, la de impresionar, tiene cierta relación con lo que leímos acerca de la noción de estética que ha trabajado la filósofa Katya Mandoki, cuando se refería al *prendamiento estético*: «cada vez que un sujeto esté prendado sensiblemente de un objeto, sea artístico como un cuadro de caballete o una canción popular, natural como un paisaje rocoso o selvático, y cotidiano como una maceta de geranios o un buen vino al igual que la elocuencia o presencia de una persona, estamos hablando de una experiencia estética» (Mandoki, Revista Aisthesis N° 34. Año 2001). Pensar en la impresión que nos pueden generar ciertas fotografías, como dice Sontag, es pensar en la posibilidad de un *prendamiento estético*. Las

fotografías son un *problema* porque son obras, son creaciones de alguien, son intenciones y formas de mirar y contar. En este sentido, también son leídas y apreciadas como obras. Por eso nos hemos preguntado en este taller si el juicio sobre la belleza o la fealdad de una foto es importante a la hora de juzgar o valorar lo que la foto nos cuenta, la intención que reconocemos en la foto. La respuesta, ya lo sabemos, es que sí. Sí importa. Para Sontag, como veremos, el problema es qué hacemos con estas fotos, y aquí su reflexión se acerca a la reflexión de Todorov: ¿qué hacemos con las memorias? La respuesta podría ser muy práctica: hacemos lo que nos conviene. Los museos de las memorias o los procesos de memorias colectivas son cuestionables por esta razón: solemos recordar las fotografías porque las recordamos como objetos, como obras de arte, como piezas de museo. Luego viene el problema mayor: ¿qué pretenden los guiones de estos museos? ¿qué cuentan? ¿qué relato de sociedad, país, estado o nación arman y sugieren para las generaciones presentes y futuras?

Para Flusser, hacemos imágenes por una sola razón: las imágenes, en este caso las imágenes fotográficas, son la concreción de cualquier posibilidad. (1999. p. 164) Cuando creamos una imagen fotográfica estamos dándole realidad algo que solo era una posibilidad latente: el dispositivo por sí solo no produce las imágenes. Necesita que el fotógrafo lo haga funcionar. Y el fotógrafo por sí solo no produce fotografías; necesita que una motivación lo mueva, y esta motivación, personal o social, es la que hace que la posibilidad latente en él se realice. Hemos mirado fotografías, hemos visto en ellas situaciones distanciadas por algunos años y por las condiciones en las que fueron hechas. Es importante, por supuesto, reconocer el **qué** detrás de cada caso. Por supuesto, reconocer el **qué** nos permite pensar en el **quién** y en el **quiénes**: ¿quién hace la fotografía? y ¿quiénes aparecen en ella? Susan Sontag dice que las fotografías nos pueden conmover o conmocionar (es muy probable que entre más aterradoras, crudas, brutales, más nos impacten) pero no serían suficientes si lo que buscamos es la **comprensión**.

Este libro lo podemos pensar como un primer gesto, un primer paso para trabajar en esa tarea de la comprensión de las imágenes y del contexto histórico en el que son producidas. Y esta comprensión tiene un

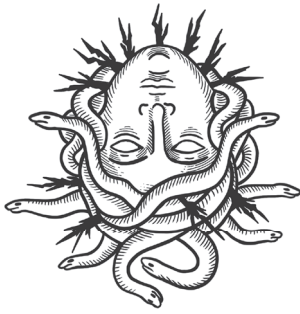
alcance que va más allá del aprendizaje técnico y del conocimiento académico: nos mueve hacia los otros; nos da el espacio para considerar el mundo, la vida, y las emociones a través de los ojos de otras personas. Este acto de consideración tiene una consecuencia afortunada: nos permite participar de una experiencia social en la que el acto de compartir es fundamental. Compartir las formas de ver el mundo es una práctica que se ve muchas veces interrumpida por las guerras, porque los lazos sociales se rompen, porque los pactos de confianza se deshacen, porque el dolor, la rabia, la soledad y todas las experiencias tormentosas nos aíslan, nos condenan a la soledad. Con este taller hemos podido hacer una especie de conjuro para recuperar la confianza, entre nosotros como personajes de la comunidad educativa, entre nosotros como familias, como amigos, como vecinos. Y hemos podido imaginar cómo se pueden sentir esas otras personas que han sufrido la guerra de manera directa: las víctimas, sus familiares; los combatientes, los soldados, los asesinos de civiles, los que han violado, los que han torturado —porque ser victimario, como lo vimos, es una infamia y es una tristeza descomunal—. Todas estas consideraciones, todos estos momentos de escucha y de diálogo, todas estas formas de imaginar y de componer imágenes nos ayudan a comprender lo que pasó y lo que aún sigue ocurriendo, y esa comprensión nos pone a salvo de la desolación, nos vigoriza, nos da herramientas prácticas y simbólicas para vivir la vida.

Por esto, ha sido muy grato contar con un espacio como el que hace unos años soñaron las profesoras: un oasis en medio del abatimiento y el aburrimiento escolar, un tesoro entre tantos escombros y tanta basura burocrática. Es un *sueño rodante* porque se mueve a través de las posibilidades de lo sensible, se mueve con la energía de las y los estudiantes, se mueve entre las imposiciones curriculares y las ausencias tan recurrentes (en lo presupuestal, en lo cultural, en lo cotidiano) en la vida escolar. Y se mueve porque la vida tiene esa característica esencial, entre lo quieto y lo abandonado. La vida se mueve.

MIGUEL TEJADA SÁNCHEZ

Abril de 2021





**SIC
SEMPER**
ediciones

sicsemper.co

En este libro se usaron las fuentes: **Acumin Pro** (Robert Slimbach - Adobe Originals), **Inpunt Mono** (David Jonathan Ross - DJR) y **Citizen OT** (Zuzana Licko - Emigre).